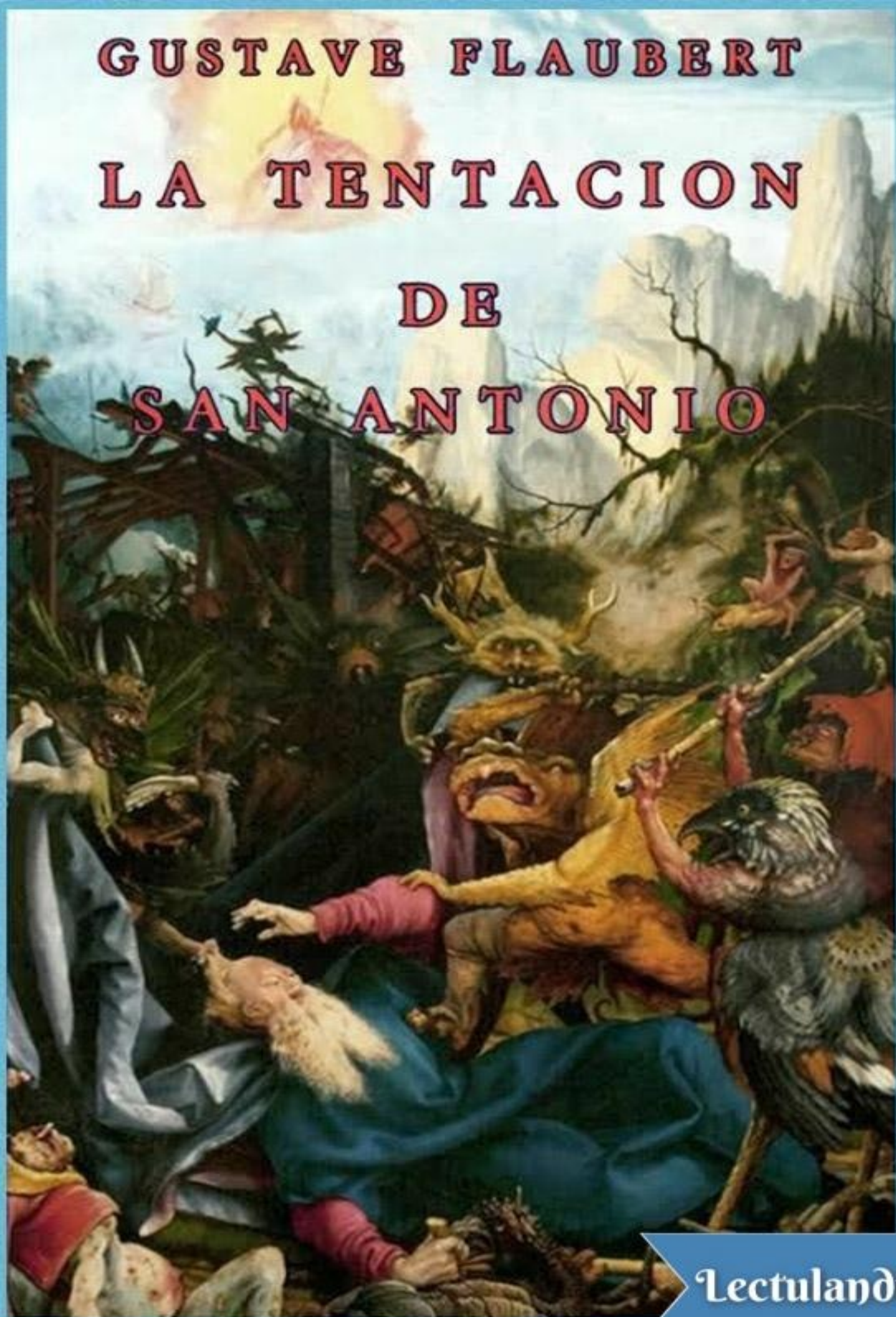


GUSTAVE FLAUBERT

LA TENTACION

DE

SAN ANTONIO



Lectulandia

Entre todos los libros de Flaubert, «*La tentación de San Antonio*» es el que mejor expresa la naturaleza profunda del escritor. Esta obra le acompañó toda su vida, pues hizo de ella tres versiones.

El tema de la prueba de fuerza con el Diablo le obsesionó desde su juventud, y concibió la idea de escribir este drama filosófico, poema fantástico de personaje único y de múltiples manifestaciones, en sus años de colegial en Rouen. Flaubert concibe en esta obra el mundo como un infierno y un vasto teatro, en el que se suceden las apariciones infernales. Igual que Dante, guiado por Virgilio, recorría los círculos del infierno, Antonio, llevado por el demonio, se desplaza en sueños por el espacio. Los nueve círculos del infierno dantesco aparecen aquí en forma de las tentaciones que se suceden, figuras demoníacas de los propios deseos del ermitaño, avivadas por la curiosidad intelectual.

Lectulandia

Gustave Flaubert

La tentación de San Antonio

El ojo sin párpado - 21

ePub r1.0

Titivillus 31.05.15

Título original: *La tentation de Saint Antoine*

Gustave Flaubert, 1874

Traducción: Elena del Amo

Diseño de cubierta: La tentación de San Antonio, fragmento del retablo de Issenheim (1512-1516), de Grünewald. Museo de Colmar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A LA MEMORIA DE MI AMIGO
ALFRED LE POITTEVIN,
FALLECIDO EL 3 DE ABRIL DE 1848.*

Introducción

LA BIBLIOTECA FANTÁSTICA

Tres veces, Flaubert ha escrito, reescrito, «La Tentación»: en 1849, antes de «Madame Bovary»; en 1856, antes de «Salammbó»; en 1872, en el momento de redactar «Bouvard et Pecuchet». En 1856 y en 1857, publicó fragmentos de la obra. San Antonio ha acompañado a Flaubert durante veinticinco o treinta años, tanto tiempo como el héroe de «La Educación».

Se lee a menudo «La Tentación» como el protocolo de un sueño liberado. Aburrimiento de los primeros lectores (o auditores) ante este desfile monótono de grotescos: «Escuchábamos lo que decían la Esfinge, la Quimera, la reina de Soba, el Mago...»; o también —continúa hablando Du Camp— «san Antonio aturdido, un poco bobalicón, me atrevería a decir un tanto simple, ve desfilar ante él las diferentes formas de la tentación». «Otros quedan hechizados por la riqueza de la visión» (Coppée), «de este bosque de sombras y de claridad» (Hugo), por el «mecanismo de la alucinación» (Taine). El propio Flaubert invoca locura y fantasma; siente que trabaja sobre los grandes árboles caídos del sueño: «Paso mis tardes con los postigos cerrados, las cortinas corridas, y sin camisa, en traje de carpintero. ¡Grito! ¡Sudo! ¡Es soberbio! Hay momentos en que ciertamente es algo superior al delirio». En el momento en que el trabajo está terminándose: «Me he arrojado con furia en el “San Antonio”, y he llegado a gozar de una exaltación horrorosa... Nunca tuve el canasto tan lleno».

Sin embargo, en relación con los sueños y delirios, se sabe ahora^[a] que «La Tentación» es un monumento de meticuloso saber. Para la escena de los heresiarcas, minucioso examen de las «Memorias eclesiásticas», de Tillemont, lectura de los cuatro volúmenes de Matter sobre la «Historia del gnosticismo», consulta de la «Historia de Maniqueo» por Beausobre, de la «Teología cristiana», de Reuss; a lo que hay que añadir san Agustín, claro está, y la «Patrología», de Migne (Atanasio, Jerónimo, Epifanio). Los dioses, Flaubert fue a descubrirlos en Burnouf Anquetil-Duperron, Herbelot y Hottinger, en los volúmenes del «Universo pintoresco», en los trabajos del inglés Layard, y, sobre todo, en la traducción de Creuzer, las «Religiones de la Antigüedad», las «Traducciones teratológicas», de Xivrey, el «Physiologus» que Cahier y Martin habían reeditado las «Historias

prodigiosas», de Boaisrau, el Duret consagrado a las plantas y a su «historia admirable» han proporcionado informaciones sobre los monstruos. Spinoza había inspirado la meditación metafísica sobre la sustancia difuminada. No es todo. Hay en el texto evocaciones que parecen totalmente repletas de onirismo: una gran Diana de Éfeso, por ejemplo, con leones en la espalda, frutas, flores y estrellas entrecruzándose sobre el pecho, racimos como senos, una faja que le ciñe la cintura y de donde saltan grifos y toros. Pero esta «fantasía» se encuentra palabra por palabra, línea tras línea, en el último volumen de Creuzer, en la lámina 88: basta seguir con el dedo los detalles del grabado para que surjan fielmente las propias palabras de Flaubert. A Cibeles y a Attys (con su postura lánguida, acodada contra un árbol, su flauta, su traje recortado en rombos), se les puede ver en persona en la lámina 58 de la misma obra; el retrato de Ormuz se encuentra en Layard, así como los medallones de Oraios, de Sabaoth, de Adonais, de Knufis se descubren fácilmente en Matter^[b]. Puede extrañar que tanta meticulosidad erudita deje tal impresión de fantasmagoría; más precisamente que el propio Flaubert haya sentido como vivacidad de una imaginación en delirio lo que de modo tan manifiesto pertenecía a la paciencia del saber.

A menos que quizá Flaubert haya realizado la experiencia de un fantástico singularmente moderno. Se trata de que el siglo XIX ha descubierto un espacio de imaginación cuyo poder sin duda alguna la edad precedente no había sospechado. Este nuevo lugar de fantasmas no es ya la noche, el sueño de la razón, el vado incierto abierto hacia el deseo: es, por el contrario, la vigilia, la atención sin desfallecimiento, el celo erudito, la atención al acecho. Un quimérico puede nacer de la superficie negra y blanca de los signos impresos, del volumen cerrado y polvoriento que se abre sobre un vuelo de palabras olvidadas; se despliega cuidadosamente en la biblioteca ensordecida, con sus columnas de libros, sus títulos alineados y sus anaqueles que la cierran por todas partes, pero se abren, por otra parte, sobre mundos imposibles. Lo imaginario se aposenta entre el libro y la lámpara. Ya no se transporta lo fantástico en el corazón; tampoco se lo espera en las incongruencias de la naturaleza; se lo toma en la exactitud del saber; su riqueza está esperando en el documento. Para soñar, no es preciso cerrar los ojos, basta con leer. La verdadera imagen es conocimiento. Son palabras ya dichas, recensiones exactas, masas de minúsculas informaciones, de ínfimas parcelas de monumentos y de reproducciones de reproducciones las que portan en tal experiencia los poderes de lo imposible. Ya sólo el rumor asiduo de la repetición puede transmitirnos lo que no tiene lugar más que una vez. Lo imaginario no se constituye contra lo real para negarlo o compensarlo; se extiende entre los signos, de libro en libro, en el intersticio de las citas y los comentarios; nace y se forma en el intermedio de los textos. Es un fenómeno

de biblioteca. De un modo completamente nuevo, el siglo XIX renueva con una forma de imaginación que el Renacimiento había sin duda previamente conocido, pero que había sido olvidada después.

Michelet en «La Bruja», Quinet en «Ahasvérus», han explorado igualmente estas formas del onirismo erudito. Pero «La Tentación» no es un saber que poco a poco se eleva hasta la grandeza de una obra. Es una obra que se constituye desde el comienzo en el espacio del saber: existe en una cierta relación fundamental respecto a los libros. Por este motivo quizá es más que un episodio en la historia de la imaginación occidental; tiene su origen en una literatura que no existe más que en y por la red de lo ya escrito: libro donde se juega la ficción de los libros. Se dirá que ya lo era «Don Quijote», y toda la obra de Sade... Pero es a través de la ironía como «Don Quijote» está ligado a los libros de caballerías, o «La Nueva Justina» a las novelas virtuosas del siglo XVIII; y, además, sólo eran libros... «La Tentación», por su parte, se relaciona de un modo serio con el inmenso campo de lo impreso; toma lugar en la institución reconocida de la escritura. No es tanto un libro nuevo, a situar al lado de los demás, cuanto una obra que se extiende sobre el espacio de los libros existentes. Los recubre, los oculta, los manifiesta, de un solo movimiento los hace brillar y desaparecer. No es solamente un libro que Flaubert ha soñado escribir durante largo tiempo; es el sueño de otros libros: todos los otros libros, soñadores, soñados —retomados, fragmentados, desplazados, combinados, puestos a distancia por el sueño; pero también acercados por él hasta la satisfacción imaginaria y centelleante del deseo. Después, «El Libro», Mallarmé será posible; más tarde, Joyce, Roussel, Kafka, Pound, Borges. La biblioteca en llamas.

Es muy posible que el «Desayuno en la hierba» y el «Olimpia» hayan sido las primeras pinturas «de museo»: por vez primera en el arte europeo han sido pintados cuadros, no exactamente para replicar a Giorgione, a Rafael y a Velázquez, sino para testimoniar, al abrigo de esta relación singular y visible, por encima de la referencia descifrable, una relación nueva de la pintura con uno mismo, para manifestar la existencia de los museos, y el modo de ser y de parentesco que adquieren en ellos los cuadros. En la misma época, ¿sería «La Tentación» la primera obra literaria que tiene en cuenta esas instituciones grises en donde los libros se acumulan, y donde crece dulcemente la lenta, la cierta vegetación de su saber? Flaubert es a la biblioteca lo que Manet es al museo. Escriben, pintan en una relación fundamental respecto a lo que fue pintado, a lo que fue escrito, o más precisamente a aquello que de la pintura o de la escritura permanece indefinidamente abierto. Su arte se edifica donde se forma el archivo. No tanto que señalen el carácter tristemente histórico —pérdida de juventud, ausencia de frescura, invierno de las invenciones— mediante el cual nos

gusta estigmatizar nuestra edad alejandrina; sino que sacan a la luz un hecho esencial de nuestra cultura: cada cuadro pertenece ya a la gran superficie cuadrículada de la pintura; cada obra literaria pertenece al murmullo indefinido de lo escrito. Flaubert y Manet han hecho existir, en el propio arte, los libros y los cuadros.

La presencia del libro está curiosamente manifestada y esquivada en «La Tentación». Desde el principio el texto es desmentido como libro. Apenas abierto, el volumen «contesta» los signos impresos de que está poblado y se entrega bajo la forma de una obra teatral: transcripción de una prosa que no estaría destinada a ser leída sino recitada y puesta en escena. Flaubert había soñado un instante en hacer de «La Tentación» algo similar a un gran drama, un «Fausto» que habría engullido todo el universo de las religiones y los dioses. Muy pronto Flaubert renunció; pero conservó en el interior del texto todo lo que puede señalar una eventual representación: fraccionamiento en diálogos y cuadros, descripción del lugar escénico, de los elementos del decorado y de su modificación, indicación del movimiento de los «actores» sobre la escena, y todo ello conforme a las disposiciones tipográficas tradicionales (tipos más pequeños y márgenes mayores para las acotaciones escénicas, nombre del personaje en mayúsculas sobre su parlamento, etc.). Mediante un desdoblamiento significativo, el primer decorado que se indica —el cual servirá de base para todas las modificaciones posteriores— tiene a su vez la forma de un teatro natural: el retiro del eremita ha sido situado «en lo alto de una montaña, sobre una superficie plana en forma de media luna, y es cerrado por grandes peñascos»; el libro se ocupa por tanto de describir un escenario que él mismo representa, una «superficie» dispuesta por la naturaleza y sobre la cual nuevas escenas vendrán a su vez a plantar su decorado. Pero estas indicaciones no enuncian la utilización futura del texto (son casi todas incompatibles con una representación escénica real); señalan únicamente su modo de ser: lo impreso sólo debe ser el soporte discreto de lo visible; un insidioso espectador vendrá a ocupar el lugar del lector, y el acto de leer se detendrá en otra mirada. El libro desaparece en la teatralidad que lleva consigo.

Pero para reaparecer inmediatamente en el interior del espacio escénico. Los primeros signos de la tentación no han apuntado todavía a través de las sombras que se alargan, las jetas inquietantes no han atravesado todavía la noche, cuando san Antonio para protegerse ha alumbrado la antorcha y abierto «un gran libro». Postura conforme con la tradición iconográfica: en el cuadro de Brueghel el Joven, que tanto había admirado Flaubert al visitar en Génova la colección Balbi, y que, si hemos de creerle, habría hecho nacer en él el deseo de escribir «La Tentación», el eremita, en la parte inferior, en la esquina derecha del cuadro, se encuentra arrodillado ante un inmenso

infolio, la cabeza un poco inclinada, con la vista dirigida hacia las líneas escritas. A su alrededor, mujeres desnudas abren los brazos, la lengua de la gula se tiende como un cuello de jirafa, los hombres-toneles ejecutan su alboroto, bestias sin nombre se entreddevoran, mientras que desfila todo lo grotesco de la tierra, obispos, reyes y poderosos; pero el santo no ve nada de todo esto porque está absorto en su lectura. No ve nada, salvo que perciba, en diagonal, la gran cencerrada. Salvo que el balbuceo que deletrean los signos escritos no sea el que evoquen todas esas pobres figuras informes, que no han recibido ningún vocablo en ninguna lengua, que ningún libro acoge jamás, y que se apelonan, innostradas, contra las pesadas hojas del volumen. Salvo también que sea del entreabrirse de las páginas y del propio intersticio de las letras de donde se escapan todas esas existencias que no pueden ser hijas de la naturaleza. Más fecundo que el sueño de la razón, el libro engendra quizá el infinito de los monstruos. Lejos de preparar un espacio protector, ha liberado un oscuro hormigueo, y toda una sombra dudosa en la que se mezclan la imagen y el saber. En todo caso, sea cual fuere la significación del «infolio» abierto en el cuadro de Brueghel, el san Antonio de Flaubert, para defenderse del mal que comienza a obsesionarle, coge su libro y lee al azar cinco páginas de los «Libros Santos». Pero a través del ardid del texto, he aquí que se elevan inmediatamente en el aire de la tarde el humo de la gula, el olor de la sangre y de la cólera, el incienso del orgullo, los aromas que valen más que su peso en oro, y los perfumes culpables de las reinas de Oriente. El libro es el lugar de la Tentación. Y no un libro cualquiera: si el primero de los textos leídos por el eremita pertenece a los Hechos de los Apóstoles, los cuatro últimos han sido extraídos del Antiguo Testamento^[c], del libro por excelencia.

En las dos primeras versiones de la obra, la lectura de los textos sagrados no jugaba ningún papel. Directamente asaltado por las figuras canónicas del mal, el eremita buscaba refugio en su oratorio; los Siete Pecados, excitados por Satanás, luchaban contra las Virtudes, y bajo la dirección del Orgullo hacían brecha tras brecha en el recinto protegido. Imaginería de frontispicio, puesta en escena de misterio que ha desaparecido de la versión publicada. En ésta, el mal no está encarnado en los personajes, está incorporado a las palabras. El libro que debe conducir el dintel de la salvación abre al mismo tiempo las puertas del Infierno. Toda la fantasmagoría que va a surgir ante los ojos del eremita —palacios orgiásticos, emperadores borrachos, heresiarcas desencadenados, formas destrozadas de dioses agonizantes, naturalezas aberrantes—, todo este espectáculo ha nacido del libro abierto por san Antonio, al igual que ha salido, de hecho, de las bibliotecas consultadas por Flaubert. Para conducir este baile no es extraño que las dos figuras simétricas e inversas de la Lógica y del cerdo hayan desaparecido del

texto definitivo, y que hayan sido reemplazadas por Hilarión, el discípulo sabio, iniciado por el propio Antonio en la lectura de los textos sagrados.

Esta presencia del libro, oculta inicialmente bajo la visión teatral, exaltada, posteriormente como lugar de un espectáculo que va a hacerla directamente imperceptible, constituye para «La Tentación» un espacio muy complejo. Aparentemente, nos encontramos frente a un friso de personajes abigarrados ante un decorado de cartón; en el límite de la escena, en un ángulo, la silueta encapuchada del santo inmóvil: algo que semeja una escena de marionetas. Flaubert niño había visto a menudo el «Misterio de san Antonio» que representaba el padre Legrain en su teatro de muñecos; más tarde llevó a verlo a George Sand. De este parentesco habían conservado signos evidentes las dos primeras versiones (el cerdo, ciertamente, pero también los personajes de los pecados, el asalto contra la capilla, la imagen de la virgen). En el texto definitivo, sólo la sucesión lineal de las visiones mantiene el efecto «marionetas»: ante el eremita casi mudo desfilan pecados, tentación, divinidades, monstruos, cada uno saliendo según su turno de un infierno en que están tendidos como en un cajón. Pero esto no es más que un efecto superficial que reposa sobre todo un andamiaje de profundidades.

En efecto, para soportar las visiones que se suceden y establecerlas en su realidad irreal, Flaubert ha dispuesto de un cierto número de relevos, que prolongan en la dimensión sagital la pura y simple lectura de las frases impresas. Se encuentra, en primer lugar, el lector 1 —el lector real que somos cuando leemos el texto de Flaubert— y el libro que tiene ante sus ojos 1 bis; este texto, desde las primeras líneas «(En la Tebaida... la cabaña del eremita ocupa el fondo)», invita al lector a convertirse en espectador 2 de un escenario de teatro cuyo decorado está cuidadosamente indicado 2 bis; se puede ver en él, en pleno centro del mismo, al viejo anacoreta 3 sentado con las piernas cruzadas, y que pronto va a levantarse y coger un libro 3 bis, del cual se escaparán poco a poco visiones inquietantes: ágapes, palacios, reina voluptuosa; y, finalmente, Hilarión, el insidioso discípulo 4; éste abre a su vez todo un espacio de visión para el santo 4 bis en el que aparecen las herejías, los dioses y la proliferación de una vida improbable 5. Pero esto no es todo: los herejes hablan, cuentan sus ritos sin vergüenza; los dioses evocan su mediodía radiante y recuerdan el culto que se les rendía; los monstruos proclaman su propio carácter salvaje: de este modo, imponiéndose por la fuerza de sus palabras o de su simple presencia, surge una nueva dimensión, visión interior a la que hace surgir el satánico discípulo 5 bis; aparecen de este modo el abyecto culto de los ofitas, los milagros de Apolonio, las tentaciones de Buda, el antiguo reino dichoso de Isis 6. A partir del lector real, se tienen, por lo tanto, cinco niveles diferentes, cinco «regímenes» de lenguaje, señalados por las cifras bis: libro, teatro, texto sagrado, visiones y

visiones de las visiones; se tienen también cinco series de personajes marcados por las cifras simples: el espectador invisible, san Antonio en su retiro, Hilarión, luego los herejes, los dioses y los monstruos, finalmente las sombras que nacen de sus discursos o de su memoria.

Esta disposición, de acuerdo con los recubrimientos sucesivos, es modificada, realmente confirmada y completada, por otras dos. La primera es la del recubrimiento retrógrado: las figuras del nivel 6 —visiones de visiones— deberían ser las más pálidas, las más inaccesibles a una percepción directa. Ahora bien, son, sobre el escenario, tan presentes, tan espesas y coloreadas, tan insistentes como las que las preceden, o que el propio san Antonio: como si los recuerdos brumosos, los deseos inconfesables que los hacen nacer del corazón de las primeras visiones hubieran podido actuar, sin intermediario, sobre el decorado donde han aparecido, sobre el paisaje donde el eremita y su discípulo despliegan su diálogo imaginario, sobre la puesta en escena que se supone el espectador ficticio tiene ante sus ojos mientras se desarrolla este casi misterio. De este modo las ficciones del último nivel se repliegan sobre ellas mismas, recubren las figuras que las han hecho nacer, desbordan pronto al discípulo y al anacoreta, y terminan inscribiéndose en la materialidad supuesta del teatro. Por este recubrimiento hacia atrás, las ficciones más lejanas se ofrecen a través del tipo de lenguaje más directo: en las indicaciones escénicas fijadas por Flaubert y que deben cernir, desde el exterior, a sus personajes.

Esta disposición permite entonces al lector 1 ver a san Antonio 3 por encima de la espalda del supuesto espectador 2, quien se supone que asiste al drama: y de este modo, el lector se identifica al espectador. El espectador, en cuanto a él, ve a Antonio sobre el escenario, pero, por encima de la espalda de Antonio, ve, tan reales como el eremita, las apariciones que se le presentan: Alejandría, Constantinopla, la reina de Saba, Hilarión: su mirada se funde en la mirada alucinada del solitario. Éste a su vez se asoma por encima de la espalda de Hilarión, ve con la misma mirada que él las figuras evocadas por el mal discípulo; e Hilarión, a través de las palabras de los heresiarcas, percibe el rostro de los dioses y el gruñido de los monstruos, contempla las imágenes que les obsesionan. De este modo, de figura en figura se enlaza y se desarrolla un friso que liga a los personajes más allá de las figuras de los intermediarios, de una a otra las identifica a unas u otras y funde sus miradas diferentes en un único deslumbramiento.

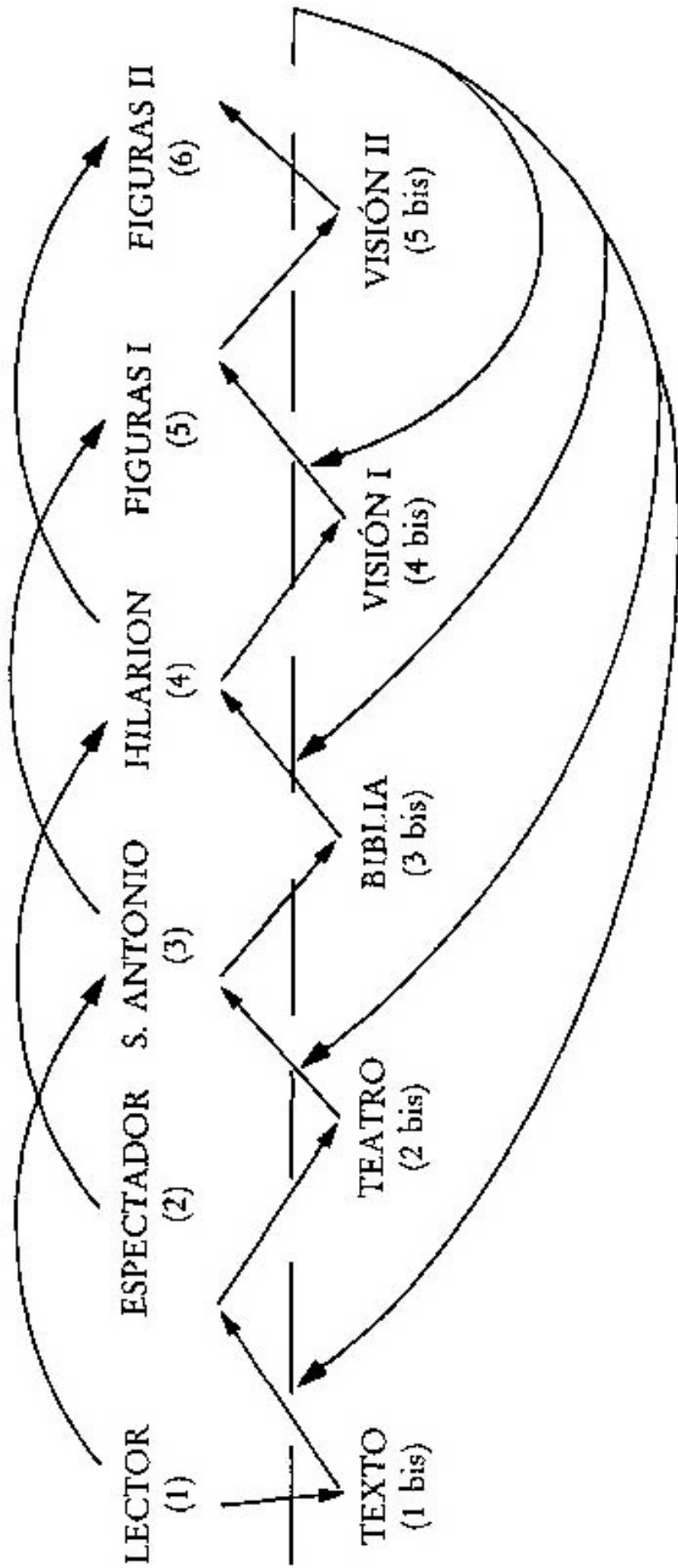
Entre el lector y las últimas visiones que fascinan las apariciones fantásticas, la distancia es inmensa; regímenes de lenguaje subordinados unos a otros, personajes-relevo mirando unos por encima de otros arrojan de sí, a lo más profundo de este «texto-representación», todo un pueblo repleto de quimeras. A ello se oponen dos movimientos: el primero, afectando a los

regímenes de lenguaje, hace aparecer en estilo directo la visibilidad de lo invisible; el segundo, afectando a las figuras, asimilando poco a poco su mirada y la luz que las ilumina, acerca, hasta hacerlas surgir al borde del escenario, las imágenes más lejanas. Es este doble movimiento el que hace que la visión sea propiamente hablando tentadora: lo que hay de más indirecto y más oculto en el espectáculo se da con todo el esplendor del primer plano; mientras que el visionario es atraído por lo que ve, se precipita en este lugar vacío y repleto a la vez, se identifica a esta figura de sombra y de luz, y se pone a ver a su vez con esos ojos que no son de carne. Las profundidades de las apariciones englosadas unas dentro de otras y el desfile ingenuamente sucesivo de las figuras no son en absoluto contradictorios. Sus ejes perpendiculares constituyen la forma paradójica y el espacio singular de «La Tentación». El friso de las marionetas, el sin-relieve violentamente coloreado de las figuras que se empujan unas a otras en la sombra de entre bastidores, todo eso no es un recuerdo infantil, resto de una fuerte impresión: es el efecto constituido por una visión que se desarrolla mediante planos sucesivos, cada vez más lejanos, y por una tentación que atrae al vidente al lugar de lo que ve, y le rodea de pronto de todo lo que se le aparece.

El orden del desfile es aparentemente simple: parece obedecer a las leyes de la semejanza y de la proximidad (los dioses llegan según familias y regiones), y seguir un principio de monstruosidad creciente. Comienza por los pecados y los espejismos que atormentan la imaginación del eremita y que se resumen todos en la reina de Saba (escenas I y II); luego vienen las herejías (III y IV), los dioses que proceden de Oriente (V); finalmente, en el mundo despoblado, Antonio, bajo la dirección de Saber-Satanás, ve pulular los monstruos (VI y VII). De hecho, este orden simple compone varias series que es posible sacar a la luz y que determinan el lugar de cada episodio conforme un sistema complejo.

1. «Serie cosmológica».— La tentación nace en el corazón del eremita; en duda, evoca los compañeros de retiro, las caravanas de paso; luego alcanza regiones más amplias: Alejandría superpoblada, el Oriente cristiano desgarrado por la teología, todo este Mediterráneo sobre el cual han reinado dioses llegados de Asia, y luego el universo sin límites, las estrellas en el fondo de la noche, la imperceptible célula donde se deposita lo viviente. Pero este último centelleo conduce al eremita al principio material de sus primeros deseos. El gran recorrido tentador ha podido alcanzar ciertamente los confines del mundo, vuelve a su punto de partida. En las dos primeras versiones del texto, el Diablo debía, explicar a Antonio «que los pecados estaban en su corazón y la desolación en su cabeza». Explicación inútil ahora: llevadas hasta las regiones más extremas del universo, las grandes

ondas de la tentación refluyen hasta lo más cercano: en el ínfimo organismo donde se despiertan los primeros deseos de la vida, Antonio encuentra nuevamente su viejo corazón, sus apetitos mal refrenados; tras haber contemplado el envés tapizado de fantasmas, tiene, ante sus ojos, la verdad material. Mira dulcemente como un punto minúsculo la larva del Deseo.



2. «Serie histórica».— Sentado ante el dintel de su cabaña, el eremita es un anciano a quien obsesionan sus recuerdos: previamente, el aislamiento era menos penoso, el trabajo menos fastidioso, el río menos alejado. Remontando aún más en el tiempo, había existido el momento de la juventud, de las muchachas junto a la fuente, el tiempo también del retiro y de los compañeros, el del discípulo favorito. Esta ligera oscilación del presente, a la hora en que llega la tarde, da lugar a la inversión general del tiempo: en primer lugar, las imágenes del crepúsculo de la ciudad que susurra antes de dormirse, el puerto, los ruidos de la calle, los tamboriles en las tabernas; luego, Alejandría en la época de las matanzas, Constantinopla con el Concilio, y pronto todos los herejes que han venido a insultar al día desde la llegada del cristianismo; tras ellos, las divinidades que han tenido sus templos y sus fieles desde lo más extremo de la India hasta los bordes del Mediterráneo; finalmente, las figuras que son tan viejas como el tiempo, las estrellas en el fondo del cielo, la materia sin memoria, la lujuria y la muerte, la Esfinge recostada, la Quimera, todo lo que hace nacer, de un solo movimiento, la vida y las ilusiones de la vida. Y aún más allá de la célula primera, más allá de este origen del mundo que es su propio nacimiento, Antonio desea el imposible regreso a la inmovilidad previa a la vida: toda su existencia, de este modo, volvería a entrar en el sueño, reencontraría su inocencia, pero se despertaría nuevamente en el susurro de las fuentes y de las bestias, en el centelleo de las estrellas. Ser otro, ser todos los otros y que todo recomience idénticamente, remontar al principio del tiempo para que se anule el círculo de los retornos, ésta es la cima de la tentación. La visión de Engadina no está lejos.

En este recorrido hacia las fuentes del tiempo cada etapa es enunciada por una figura ambigua, a la vez duración y eternidad, fin y nuevo comienzo. Las herejías son conducidas por Hilarión, pequeño como un niño, ajado como un anciano, tan joven como el conocimiento cuando se despierta, tan viejo como el saber cuando reflexiona. El que introduce a los dioses es Apolonio; conoce las metamorfosis sin fin de las divinidades, su nacimiento y su muerte, pero él mismo alcanza de un salto «lo Eterno, lo Absoluto y el Ser». La Lujuria y la Muerte conducen la ronda de los vivos, sin duda porque

figuran el fin y el nuevo comienzo, las formas que se deshacen y el origen de toda cosa. La larva-esqueleto, el Taumaturgo eterno y el viejo-niño funcionan según su turno en «La Tentación» como las «alternativas» de la duración; a través del tiempo de la Historia, del mito y finalmente del cosmos en su conjunto aseguran esta ascensión que conduce al viejo eremita al principio celular de su vida. Ha bastado con que el huso del mundo gire al revés para que la noche de «La Tentación» se abra sobre la novedad idéntica del día que nace.

3. «Serie profética».— Este reflujo del tiempo es igualmente visión de tiempos futuros. Adentrándose en sus recuerdos, Antonio había alcanzado la imaginación milenaria del Oriente: del fondo de esta memoria que ya no le pertenece, había visto surgir la figura en la que se había encarnado la tentación del más sabio de los reyes de Israel. Tras la reina de Saba, se perfila ese enano ambiguo en el que Antonio reconoce tanto al criado de la reina como a su propio discípulo. Hilarión pertenece, indisociablemente, al Deseo y a la Sabiduría; lleva consigo todos los sueños de Oriente, pero conoce exactamente la Escritura y el arte de interpretarlos. Es avidez y ciencia, ambición de saber, conocimiento condenable. Este gnomo no cesará de crecer a lo largo de la liturgia; en el último episodio, será inmenso, «bello como un arcángel, luminoso como un sol»; extenderá su reino a las dimensiones del Universo: será el diablo en el fulgor de la verdad. Es él quien sirve de corifeo al saber occidental: guía inicialmente a la teología, y sus infinitas discusiones; luego resucita las antiguas civilizaciones con sus divinidades pronto reducidas a cenizas; más tarde, instaura el conocimiento racional del mundo; demuestra el movimiento de los astros, y manifiesta el poder secreto de la vida. En el espacio de esta noche de Egipto que atormenta el pasado de Oriente, es toda la cultura de Europa lo que despliega: la Edad Media con su teología, el Renacimiento con su erudición, la Edad Moderna con su ciencia del mundo y de lo vivo. Como un sol nocturno, «La Tentación» va del Este al Oeste, del deseo al saber, de la imaginación a la verdad, de las más vivas nostalgias a las determinaciones de la ciencia moderna. El Egipto cristiano, y con él Alejandría y Antonio, aparecen en el punto cero entre Asia y Europa, y como en el pliegue del tiempo: allí donde la Antigüedad, asentada en la cima de su pasado, vacila y se desmorona sobre ella misma, dejando volver a la luz del día sus monstruos olvidados, y allí donde el mundo moderno encuentra su germen, con las promesas de un saber indefinido. Nos encontramos en el hueco de la historia.

La «tentación» de san Antonio es la doble fascinación del cristianismo por la fantasmagoría suntuosa de su pasado y las adquisiciones ilimitadas de su futuro. Ni el Dios de Abraham, ni la Virgen, ni las virtudes (que aparecen

en las primeras versiones del misterio) tienen lugar en el texto definitivo. Pero no es en absoluto para protegerles de la profanación; se trata de que se han disuelto en las figuras de las que eran imagen, en Buda, dios tentado, en Apolonio, el taumaturgo que se asemeja a Cristo, en Isis, madre de dolores. «La Tentación» no oculta la realidad bajo el centelleo de las imágenes; revela, en la verdad, la imagen de una imagen. El cristianismo, incluso en su pureza primitiva, no está formado más que de los últimos reflejos del mundo antiguo sobre la sombra todavía gris de un mundo a punto de nacer.

4. «Serie teológica».— En 1849 y en 1856, «La Tentación» se abría con una lucha contra los siete pecados capitales y las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad. En el texto publicado, toda esta imaginería tradicional de los misterios ha desaparecido. Los pecados sólo aparecen ya bajo la forma de espejismos. En cuanto a las virtudes, subsisten en secreto, como principios organizadores de las secuencias. Los juegos indefinidamente recomenzados de la herejía comprometen a la Fe por el todo poder del error; la agonía de los dioses, que les hace desaparecer como centelleos de la imaginación, hace inútil toda forma de la Esperanza; la necesidad inmóvil de la naturaleza, o el desencadenamiento salvaje de sus fuerzas, reducen la Caridad a una burla. Las tres grandes virtudes son vencidas. El santo se vuelve entonces del cielo, «se tumba de vientre, se apoya sobre sus codos, y reteniendo su aliento, mira... Los helechos reseco comienzan nuevamente a florecer». Ante el espectáculo de la pequeña célula que palpita, se transforma la Caridad en curiosidad deslumbrada («¡Oh, felicidad! ¡Felicidad! He visto nacer la vida, he visto comenzar el movimiento»), la Esperanza en deseo desmesurado de fundirse en la violencia del mundo («Tengo deseos de volar, de nadar, de ladrar, de mugir, de chillar»), la Fe en voluntad de identificarse con el mutismo de la naturaleza, con la triste y dulce estupidez de las cosas («Desearía introducirse en todas las formas, penetrar cada átomo, descender hasta el fondo de la materia, ser la materia»). Se puede por lo tanto leer «La Tentación» como la lucha y la derrota de las tres virtudes teologales.

En esta obra que en un primer vistazo se percibe como una sucesión un poco incoherente de fantasmas, el orden, se ha visto, está establecido con un cuidado meticuloso. Lo que pasa por fantasma no es quizá nada más que documentos escritos: dibujos o libros, figuras o textos. Pero la sucesión que los une está prescrita por una composición muy compleja, que al asignar un cierto lugar a cada uno de los elementos documentales, los hace figurar en varias series simultáneas. La línea visible a lo largo de la cual desfilan pecados, herejías, divinidades y monstruos no es más que la cresta superficial de toda una organización vertical. Esta sucesión de figuras, que se empujan

como en una farándula de marionetas, es al mismo tiempo: trinidad canónica de las virtudes; geodésica de la cultura naciente entre los sueños de Oriente, y acabándose en el saber occidental; ascensión a lo largo de la Historia hasta el origen de los tiempos y de las cosas; pulsación del espacio que se dilata hasta los confines del mundo y regresa de pronto al elemento simple de la vida. Cada elemento o cada figura tiene, por lo tanto, su lugar no solamente en un detalle visible, sino en el orden de las alegorías cristianas, en el movimiento de la cultura y del saber, en la cronología invertida del mundo, en las configuraciones espaciales del universo.

Si se añade que «La Tentación» se despliega en profundidad, que recubre las visiones unas en otras, y las escalona hacia lo lejano, se ve que tras el hilo del discurso y por encima de la línea de las sucesiones, es un volumen lo que se constituye: cada uno de los elementos (escenas, personajes, parlamentos, modificación del decorado) se encuentra ciertamente en un punto determinado de la serie lineal; pero tiene además su sistema de correspondencias verticales; está situado a una profundidad determinada en la ficción. Se comprende cómo «La Tentación» puede ser el libro de los libros: compone en un «volumen» una serie de elementos de lenguaje que han sido constituidos a partir de libros ya escritos, y que son, por su carácter rigurosamente documental, la reedición de lo ya dicho; la biblioteca es abierta, inventariada, despedazada, repetida y combinada en un espacio nuevo: y este «volumen» en el que Flaubert la hace entrar es a la vez el espesor de un libro que desarrolla el hilo necesariamente lineal de su texto, y un desfile de marionetas que se abre sobre toda una profundidad de visiones encajonadas unas en otras.

Hay en «san Antonio» algo que recuerda a «Bouvard», como es su sombra grotesca, su doble a la vez minúsculo y desmesurado. Inmediatamente después de haber concluido «La Tentación», Flaubert emprende la redacción de este último texto. Los mismos elementos: un libro hecho de libros, la enciclopedia erudita de una cultura; la tentación en medio del retiro; la larga serie de pruebas; los juegos de la quimera y de la creencia. Pero la configuración general ha cambiado. Y, en primer lugar, la relación del Libro con la serie indefinida de los libros: «La Tentación» esta compuesta por estallidos de lenguaje, sacados de invisibles volúmenes y transformados en puros fantasmas para la mirada; sólo la Biblia —el Libro por excelencia— manifestaba en el interior del texto, y en medio mismo de la escena, la presencia soberana de lo escrito; enumeraba de una vez para siempre el poder tentador del Libro. Bouvard y Pecuchet son tentados directamente por los libros, por su multiplicidad indefinida, por el aborregamiento de las obras en el espacio gris de la Biblioteca; ésta en Bouvard es visible, inventariada, nombrada y analizada. No necesita para ejercer sus fascinaciones estar

sacralizada en «un» libro, ni ser transformada en imágenes. Sus poderes los detiene por su propia existencia, por la proliferación indefinida del papel impreso.

La Biblia se ha transformado en libreta, la magia de las imágenes en apetito de lectura. Por lo mismo, la forma de la tentación ha cambiado. San Antonio se ha retirado a una soledad ociosa; toda presencia había sido dejada de lado: una tumba no hubiera bastado, ni una fortaleza amurallada. Todas las formas visibles habían sido conjuradas; pero habían vuelto con fuerza, poniendo a prueba al santo. Síntoma de su proximidad, pero también de su alejamiento: le rodeaban, le atacaban por todas partes y, en el momento en que les tendía la mano, desaparecían. De modo que, frente a ellas, el santo sólo podía ser pura pasividad: era suficiente que las hubiera dado lugar, a través del Libro, mediante la condescendencia de su memoria o de su imaginación. Todo gesto procedente de él, toda palabra de compasión, toda violencia disipada, el espejismo, indicándole que había sido tentado (que la irrealidad de la imagen sólo había existido en su corazón). Bouvard y Pecuchet, por el contrario, son peregrinos a los que nada fatiga: intentan todo, se aproximan a todo, tocan todo; ponen todo a prueba en su pequeña industria. Si se han retirado, como el monje de Egipto, es una retirada activa, un ocio emprendedor en el cual convocan, con gran apoyo de lecturas, a todo lo serio de la ciencia, con las verdades más gravemente impresas. Lo que han leído, quieren hacerlo, y si la promesa recula ante ellos, como las imágenes ante san Antonio, no es desde el primer gesto, sino al término de su trabajar con ahínco. Tentación a través del cielo.

Ocurre que, para ambas buenas gentes, ser tentado es creer. Creer en lo que leen, creer en lo que oyen decir, creer inmediatamente e indefinidamente en el murmullo del discurso. Toda su inocencia se precipita en el espacio abierto por el lenguaje ya dicho. Lo que es «leído y escuchado» se convierte inmediatamente en lo que hay que «hacer». Pero tan grande es la pureza de su empresa que su fracaso, si les muestra la incertidumbre de tal propuesta o de tal ciencia, no pone en cuestión nunca la solidez de su creencia en el saber en general. Los desastres permanecen exteriores a la soberanía de su fe: ésta permanece intacta. Cuando Bouvard y Pecuchet renuncian, no es a saber ni a creer en el saber, sino a hacer lo que saben. Se separan de las obras, pero conservan su fe en la fe. Son la imagen de Job en el mundo moderno: alcanzados no tanto en sus bienes como en su saber, abandonados no de Dios sino de la Ciencia, mantienen como él su fidelidad; son santos. Para san Antonio, por el contrario, ser tentado es ver aquello que no cree: es ver el error mezclado con la verdad, el espejismo de los falsos dioses en la imagen del único Dios, la naturaleza abandonada, sin providencia, a la inmensidad de su extensión o al carácter salvaje de sus fuerzas vivas. Y, de una manera

paradójica, cuando estas imágenes son reenviadas a la sombra de la que están hechas, llevan consigo un poco de esta creencia que san Antonio durante un instante les ha suministrado, un poco de esta creencia que suministraba el Dios de los cristianos. De tal modo que la desaparición de los fantasmas más contrarios a su fe, lejos de conformar al eremita en su religión, destruye ésta poco a poco, aniquilándola finalmente. Matándola entre sí, los herejes disipan la verdad; y los dioses moribundos encierran en su noche un fragmento de la imagen del auténtico Dios. La santidad de san Antonio es vencida por la derrota de aquello en lo que no cree; la de Bouvard y Pecuchet triunfa en la derrota de su fe. Los auténticos elegidos son ellos, han recibido la gracia de la que el santo ha sido privado.

La relación entre la santidad y la estupidez ha sido sin duda fundamental para Flaubert; es reconocible en Charles Bovary, es visible en «Un corazón sencillo», quizá en «La educación sentimental»; es constitutiva de «La Tentación» y de Bouvard. Pero aquí y allí, toma dos formas simétricas e inversas. Bouvard y Pecuchet relacionan la santidad con la estupidez a través del modo de querer-hacer: ellos, que se han soñado ricos, libres, renteros, propietarios, y han llegado a serlo, no son capaces de serlo pura y simplemente sin entrar en el ciclo de la infinita necesidad: los libros que deben acercarlos a lo que tienen que ser, les separan de ello prescribiéndoles lo que tienen que hacer, estupidez y virtud, santidad e imbecilidad, de aquellos que inician con celo hacer lo que ya son, transformar en actos las ideas que ya han recibido, y que se esfuerzan silenciosamente, a todo lo largo de su existencia, por alcanzar su naturaleza mediante un encarnizamiento ciego. San Antonio, por el contrario, enlaza estupidez y santidad en el modo del querer-ser: en la pura inercia de los sentidos, de la inteligencia y del corazón ha querido ser un santo, y fundirse, por intermedio del libro, en las imágenes que le eran dadas. Es por este camino por donde la tentación va poco a poco a cogerle: se niega a ser hereje, pero se compadece ya de los dioses, se reconoce en las tentaciones de Buda, siente sordamente los arrebatos de Cibeles, llora con Iris. Pero es ante la materia cuando triunfa en él el deseo de ser lo que ve: querría ser ciego, adormecido, glotón, estúpido como el catoblepas; desearía no poder levantar su cabeza más arriba que su propio vientre, y tener unos párpados tan pesados que ninguna luz llegara a sus ojos. Desearía ser «bestia», animal, planta, célula... Desearía ser materia. En este sueño del pensamiento, y en la inocencia de deseos que no serían más que movimiento, alcanzaría finalmente la estúpida santidad de las cosas.

En el momento en que esto se lleva a cabo, el día nace de nuevo, el rostro de Cristo resplandece en el sol, san Antonio se arrodilla y recomienza sus oraciones. ¿Acaso porque ha triunfado de las tentaciones, o, por el contrario,

porque ha sido vencido, y, para su castigo, recomienza indefinidamente el mismo ciclo? ¿O acaso ha encontrado la pureza a través del mutismo de la materia, se ha convertido realmente en santo, alcanzando a través del peligroso espacio del libro la palpación de las cosas sin pecado, pudiendo «hacer» ahora, mediante sus oraciones, sus genuflexiones y sus lecturas, esta santidad bruta en que se ha convertido? Bouvard y Pecuchet comienzan otra vez también: al final de las pruebas renuncian (o les obligan a renunciar) a «hacer» lo que habían emprendido para convertirse en lo que eran. Lo son pura y simplemente: hacen fabricar un gran pupitre, doble, para enlazar con lo que no habían dejado de ser, para ponerse a hacer nuevamente lo que habían hecho durante decenas de años, para copiar. ¿Copiar qué?: libros, sus libros, todos los libros, y ese libro, sin duda, que es «Bouvard y Pecuchet»: porque copiar es no «hacer» nada; es «ser» los libros que se copia, es ser esta ínfima distensión del lenguaje que se desdobra, es ser el pliegue del discurso sobre sí mismo, es ser esta existencia invisible que transforma la palabra pasajera en el infinito del rumor. San Antonio ha triunfado del Libro eterno convirtiéndose en el movimiento sin lenguaje de la materia; Bouvard y Pecuchet triunfan de todo lo que es extranjero al libro y se le resiste, convirtiéndose ellos mismos en el movimiento continuo del libro. El libro abierto por san Antonio y de donde han surgido todas las tentaciones, las dos buenas gentes lo prolongarán sin fin, sin quimera, sin gula, sin pecados, sin deseo.

Michel Foucault

I

(En Tebaida, en lo alto de una montaña, sobre una plataforma que parece una media luna, rodeada de grandes piedras.

La cabaña del Ermitaño ocupa el fondo. Es de barro y cañas, con el techo bajo, sin puerta. Se distingue en el interior un pan negro sobre un cántaro; en medio, sobre una estela de madera, un gran libro; en el suelo, aquí y allá, hilos de esparto, dos o tres esteras, una cesta, un cuchillo.

A diez pasos de la cabaña, hay una gran cruz plantada en la tierra; y, al otro extremo de la plataforma, una vieja palmera torcida se inclina sobre el abismo, porque la montaña está cortada a pico, y el Nilo parece formar un lago en el fondo del acantilado.

El paisaje se ve limitado a derecha e izquierda por un cerco de rocas. Pero del lado del desierto, como si se tratara de playas que se sucedieran, aparecen unas tras otras, subiendo siempre, inmensas ondulaciones paralelas de un amarillo ceniciento; más allá de la arena, a lo lejos, la cadena líbica forma un muro color yeso, ligeramente difuminado por vapores violetas. Enfrente, el sol va descendiendo. El cielo, en el norte, tiene una coloración gris perla, mientras que en el cénit las nubes de púrpura, dispuestas como los mechones de una melena gigantesca, se extienden por el espacio azul. Se oscurecen los rayos de fuego, las zonas azules adquieren una palidez nacarada; los matorrales, las piedras, la tierra, todo parece duro como de bronce; y en el espacio flota un polvo de oro tan menudo que se confunde con la vibración de la luz.)

SAN ANTONIO.—

(Que tiene una barba larga, largos cabellos, y túnica de piel de cabra, está sentado, con las piernas cruzadas, haciendo esteras. Cuando el sol desaparece, exhala un gran suspiro, y mirando al horizonte:)

¡Un día más! ¡Otro día ha pasado!

¡Sin embargo, antaño, yo no era tan miserable! Antes de que acabara la noche, empezaba mis oraciones; luego, bajaba al río a buscar agua, y volvía a subir por el áspero sendero con el odre al hombro, cantando himnos. Después, me divertía poniendo orden en mi cabaña. Cogía mis útiles; intentaba que las esteras fueran iguales y las cestas ligeras; entonces mis menores acciones me parecían deberes que no tenían nada de penoso.

A la hora precisa abandonaba mi labor; y rezando con los brazos extendidos sentía como si una fuente de misericordia viniera desde lo alto del cielo hasta mi corazón. Ahora ya no lo siento. ¿Por qué?...

(Anda entre las rocas, lentamente.)

Todos me censuraron cuando abandoné la casa. Mi madre se desplomó como si fuera a morir; mi hermana, de lejos, me hacía señas para que volviera; y Amonaría, la niña que encontraba cada tarde junto al pozo, cuando llevaba sus cántaros, lloraba. Corrió detrás de mí. Los anillos de sus pies brillaban en el polvo, y su túnica abierta por las caderas flotaba al viento. El viejo asceta que me llevaba la injurió. Nuestros dos camellos galopaban sin detenerse; y no he vuelto a ver a nadie.

Al principio escogí como vivienda la tumba de un faraón. Pero existe un misterio en esos palacios subterráneos, donde las tinieblas tienen el aire condensado por el humo antiguo de los aromas. Del fondo de los sarcófagos oí elevarse una voz doliente que me llamaba; o veía cómo revivían, de pronto, las cosas abominables pintadas en los muros; y huí hasta el borde del mar Rojo a una fortaleza en ruinas. Allí, tenía por compañía escorpiones que se arrastraban entre las piedras, y águilas sobre mi cabeza que continuamente daban vueltas en el cielo azul. Por la noche, estaba destrozado por las garras, mordido por los picos, rozado por las blandas alas; y demonios espantosos, aullando en mis oídos, me echaban al suelo. Una vez, las gentes de una caravana que iba hacia Alejandría me socorrieron, luego me llevaron con ellos.

Entonces, quise instruirme junto al anciano Dídimos^[1]. Aunque era ciego, nadie le igualaba en el conocimiento de las Escrituras. Cuando terminaba la lección, reclamaba mi brazo para pasear. Yo le conducía al Paneum^[2], desde donde se descubre el faro y la alta mar. Después volvíamos por el puerto, encontrando hombres de todas las naciones, incluso cimerios^[3], vestidos de piel de oso, y gimnosofistas del Ganges^[4] embadurnados de boñiga de vaca. Pero sin cesar había batallas en las calles, a causa de los judíos que se negaban a pagar los impuestos, o de los alborotadores que querían expulsar a los romanos. Por otra parte, la ciudad está llena de herejes, de sectarios de Manés, de Valentín, de Basílides, de Arrio^[5], todos intentando acapararos para discutir y convencer.

Sus discursos vuelven a veces a mi memoria. No hay que prestarles atención para no turbarse.

Me refugié en Colzim^[6]; y mi penitencia fue tan grande que dejé de temer a Dios. Algunos se reunieron a mi alrededor para convertirse en anacoretas. Les impuse una regla práctica, llevado por el odio a las extravagancias de la gnosis^[7] y a las aseveraciones de los filósofos. Me enviaban mensajes de todas partes. Venían a verme desde muy lejos.

Sin embargo, el pueblo torturaba a los confesores, y la sed de martirio me llevó a Alejandría. La persecución había cesado hacía tres días.

Cuando volvía, una muchedumbre de gente me detuvo ante el templo de Serapis^[8]. Se trataba, me dijeron, del último escarmiento que el gobernador quería imponer. En medio del pórtico, a pleno sol, una mujer desnuda estaba atada a una columna, y dos soldados la azotaban con correas; a cada golpe su cuerpo entero se retorció. Se volvió, con la boca abierta; y por encima de la gente, a través de sus

largos cabellos que le cubrían la cara, creí reconocer a Amonaríá...

Sin embargo..., ésta era más alta..., y ¡prodigiosamente bella!...

(Se pasa las manos por la frente.)

¡No!, ¡no!, ¡no quiero pensar en ello!

Otra vez, Atanasio^[9] me llamó para que le apoyara contra los arríanos. Todo se había limitado a injurias y burlas. Pero, después, fue calumniado, desposeído de su sede, y tuvo que huir. ¿Dónde está ahora?, ¡no lo sé! Se preocupan tan poco de darme noticias. ¡Todos mis discípulos me han abandonado, Hilarión^[10] y los demás!

Debía tener quince años cuando vino; y su inteligencia era tan curiosa que me hacía preguntas sin cesar. Luego, escuchaba con aire pensativo; y las cosas que yo necesitaba, me las traía en silencio, más ligero que una ardilla, contento además de hacer reír a los patriarcas. ¡Era como un hijo para mí!

(El cielo está rojo, la tierra completamente negra. Bajo las ráfagas de viento montones de arena se elevan como grandes mortajas, luego vuelven a caer. En un claro, de pronto, pasan unos pájaros formando un batallón triangular, parecido a un trozo de metal, y cuyos bordes se estremecen. ANTONIO los mira.)

¡Ah!, ¡cómo me gustaría seguirles!

¡Cuántas veces, también, he contemplado con envidia los grandes barcos cuyas velas parecen alas, y sobre todo cuando llevaban lejos a los que había recibido en mi casa! ¡Qué horas tan buenas habíamos pasado!, ¡qué esparcimiento! Nadie me interesó tanto como Ammón^[11]; me contaba su viaje a Roma, sobre las Catacumbas, el Coliseo, la piedad de las mujeres ilustres, ¡mil cosas más!... ¡y no quise marcharme con él! ¿De dónde viene mi obstinación en continuar una vida semejante? Hubiera hecho bien quedándome con los monjes de Nitrea^[12] ya que me lo suplicaban. Viven en celdas aisladas, y, sin embargo, se comunican entre ellos. El domingo, la trompeta les reúne en la iglesia, donde cuelgan tres látigos que sirven para castigar a los delincuentes, los ladrones y los intrusos, porque su disciplina es severa.

Tampoco les faltan cosas agradables. Los fieles les llevan huevos, fruta, incluso instrumentos propios para quitar las espinas de los pies. Hay viñedos alrededor de Pisperi, los de Pabena^[13] tienen una balsa para ir a buscar las provisiones.

Pero yo hubiera servido mejor a mis hermanos siendo simplemente un sacerdote. Se socorre a los pobres, se administran los sacramentos, se tiene autoridad en las familias.

Por otra parte, no todos los laicos están condenados, y yo podía haber sido..., por ejemplo..., gramático, filósofo. Tendría en mi habitación una esfera de cañas, tablillas en la mano, jóvenes a mi alrededor, y en mi puerta, como rótulo, suspendida una corona de laurel.

Pero hay demasiado orgullo en esos triunfos. Mejor ser soldado. Yo era robusto y valiente, ¡lo bastante como para tensar el cable de las máquinas, atravesar bosques sombríos, entrar con el casco en la cabeza en ciudades humeantes!... Nada me

impedía, tampoco, comprar con mi dinero un cargo de publicano en el peaje de algún puerto; y los viajeros me habrían contado historias, enseñándome sus equipajes llenos de objetos curiosos...

¡Los mercaderes de Alejandría navegan los días de fiesta por la ribera de Canope^[14], y beben vino en cálices de loto, bajo el ruido de los tamboriles que hacen temblar las tabernas a lo largo de la orilla! Más allá, árboles en forma de cono protegen contra el viento del sur las granjas tranquilas. El techo de la alta casa se apoya sobre finas columnas, dispuestas como los palos de una claraboya; y en los intervalos el amo, tumbado en un largo asiento, contempla sus campos, con los trabajadores entre los trigales, la prensa donde se vendimia, los bueyes que trillan. Sus hijos juegan en el suelo, su mujer se acerca para besarle.

(En la oscuridad blanquecina de la noche, aparecen aquí y allá hocicos puntiagudos, orejas tiesas y ojos brillantes. ANTONIO camina hacia ellos. La arena se mueve, las bestias huyen. Era una manada de chacales.

Sólo uno ha quedado, y se mantiene sobre dos patas, con el cuerpo en forma de medio círculo y la cabeza oblicua, en una postura llena de desconfianza.)

¡Qué bonito es!, me gustaría pasarle la mano por el lomo, dulcemente.

(ANTONIO silba para que se acerque. El chacal desaparece.)

¡Ah!, ¡va a reunirse con los demás! ¡Qué soledad! ¡Qué aburrimiento!

(Riendo amargamente.)

¡Qué existencia tan bella dedicada a retorcer al fuego ramas de palmera para hacer cayados, cestas, coser esteras, y luego cambiarlo todo con los nómadas por un pan que destroza los dientes! ¡Ah!, ¡mísero de mí!, ¡por qué no se acabará esto! ¡Preferiría la muerte! ¡No puedo más! ¡Ya es bastante!, ¡bastante!

(Da un golpe con el pie, y vuelve al centro de las rocas con paso rápido, luego se detiene sin aliento, estalla en sollozos y se tumba en el suelo, de costado.

La noche está tranquila; palpitan numerosas estrellas; sólo se oye el chasquido de las tarántulas.

Los dos brazos de la cruz forman una sombra en la arena; ANTONIO, que llora, la percibe.)

¡Qué débil soy, Dios mío! ¡Valor, levantémonos!

(Entra en su cabaña, descubre una brasa escondida, enciende una antorcha y la coloca en la estela de madera, de forma que ilumine el grueso libro.)

Vamos a ver... ¿los Hechos de los Apóstoles?... ¡sí!... ¡por cualquier parte!

*«Vio en el cielo abierto un gran mantel
suspendido por las cuatro puntas, en el que
había toda clase de animales terrestres y de
bestias salvajes, de reptiles y de pájaros;
y una voz le dijo: Pedro, ¡levántate!, ¡mata y come!»*

Entonces el Señor quería que su apóstol comiera de todo..., mientras que yo...
(ANTONIO *permanece con la barbilla en el pecho. El movimiento de las páginas, que el viento agita, le hace levantar la cabeza, y lee:*)

*«Los judíos mataron a todos sus enemigos con espadas,
e hicieron una gran carnicería, de forma
que dispusieron de los que odiaban.»*

Sigue el número de personas que mataron: setenta y cinco mil. ¡Habían sufrido tanto! Por otra parte, sus enemigos eran los enemigos del verdadero Dios. ¡Y cómo debían gozar vengándose, masacrando a los idólatras! ¡Sin duda, la ciudad rebosaba muertos! ¡Los había a la entrada de los jardines, en las escaleras, a una altura tal en las habitaciones que las puertas no podían girar!... ¡Y aquí estoy yo agobiado por pensamientos de muerte y de sangre!

(Abre el libro por otro sitio.)

*«Nabucodonosor se prosternó,
puso la cara contra el suelo y adoró a Daniel.»*

¡Ah!, ¡está bien! El Altísimo exalta a sus profetas por encima de los reyes; sin embargo, aquél vivía en medio de festines, borracho continuamente de delicias y de orgullo. Pero Dios, como castigo, le transformó en animal. ¡Andaba a cuatro patas!

(Antonio se echa a reír; y separando los brazos, con la punta de los dedos, pasa las hojas del libro. Sus ojos se fijan en esta frase:)

*«Ezequías tuvo una gran alegría cuando llegó,
le mostró sus perfumes, su oro y su plata,
todos sus aromas, sus aceites de olor,
sus vasos preciosos, y lo que tenía en sus
tesoros.»*

Me imagino... que, amontonados hasta el techo, se veían piedras finas, diamantes, dáricos^[15]. Un hombre que posee un tesoro tan grande no se parece a los demás. Al tocarlos piensa que tiene el resultado de una cantidad innumerable de esfuerzos, algo así como la vida de los pueblos que hubiera absorbido y que ahora puede derramar. Es una precaución útil a los reyes. Ni al más sabio de todos le resulta ociosa. Sus flotas le llevaban marfil, monos... ¿Dónde está?

(Pasa hojas con viveza.)

¡Ah!, aquí está:

«La reina de Saba, conociendo la gloria de Salomón,
fue a tentarle proponiéndole enigmas.»

¿Cómo esperaba tentarle? ¡El Diablo quiso tentar a Jesús! Pero Jesús triunfó porque era Dios, y Salomón, gracias quizá a su ciencia mágica. ¡Qué sublime es esa ciencia! Porque el mundo —como un filósofo me explicó— forma un conjunto en el que todas las partes influyen unas en otras, como los órganos de un solo cuerpo. Se trata de conocer los amores y las repulsiones naturales de las cosas, y luego hacerlos actuar... ¿Se podría entonces modificar lo que parece ser el orden inmutable?

(Las dos sombras dibujadas tras él por los brazos de la cruz se proyectan hacia delante. Forman como dos grandes cuernos; ANTONIO grita:)

¡Socorro, Dios mío!

(La sombra vuelve a su sitio.)

¡Ah!..., ¡era una ilusión!, ¡y no otra cosa!

¡Es inútil que me atormente! ¡No tengo nada que hacer!..., ¡absolutamente nada que hacer!

(Se sienta y se cruza de brazos.)

Sin embargo..., he creído sentir la proximidad... ¿Pero por qué iba a venir *Él*? Además, ¿acaso no conozco sus artificios? He rechazado al monstruoso anacoreta que me ofrecía, riendo, panecillos calientes, al centauro que intentaba llevarme a su grupa, y al niño negro aparecido en medio de las arenas, que era muy bello, y que me dijo llamarse «el espíritu de la fornicación».

(ANTONIO anda de derecha a izquierda, rápidamente.)

Por orden mía se construyó gran cantidad de refugios santos, llenos de monjes que llevan cilicios bajo sus pieles de cabra, ¡y tan numerosos que se podía formar con ellos un ejército! He curado enfermos a distancia; he ahuyentado demonios; he pasado el río en medio de los cocodrilos; el emperador Constantino me ha escrito tres cartas; Balacius^[16], que había escupido sobre las mías, fue desgarrado por sus caballos; el pueblo de Alejandría, cuando aparecí, se peleaba por verme, y Atanasio me condujo de nuevo a mi camino. ¡Pero qué obras! ¡Hace treinta años que estoy en el desierto gimiendo sin cesar! Traje sobre mis riñones ochenta libros de bronce como Eusebio^[17], expuse mi cuerpo a la picadura de los insectos como Macario^[18], me quedé cincuenta y tres noches sin cerrar los ojos como Pacomio^[19]; y los que son decapitados, torturados o quemados tienen menos mérito, sin duda, ¡porque mi vida es un continuo martirio!

(ANTONIO se detiene.)

¡Ciertamente nadie tiene una angustia tan profunda! Los corazones caritativos disminuyen. Nadie me da nada. Mi manto está viejo. ¡No tengo sandalias, ni siquiera una escudilla!, porque distribuí entre los pobres y mi familia todos mis bienes, sin retener ni un óbolo. Quizá para tener los útiles que necesito en mi trabajo, me haría

falta un poco de dinero. ¡Oh!, ¡no mucho!, ¡una pequeña suma!... yo la administraría.

¡Los Padres de Nicea^[20], con trajes de púrpura, parecían magos, sobre tronos a lo largo de la pared; y les obsequiaron con un banquete, colmándoles de honores, sobre todo a Pafnucio^[21], porque es tuerto y cojo desde la persecución de Diocleciano! El Emperador le besó varias veces en su ojo vacío; ¡qué tontería! ¡Además, el Concilio tenía miembros tan infames! ¡Un obispo de Scitia, Teófilo; otro de Persia, Juan; un porquero, Espiridión^[22]! Alejandro era demasiado viejo. ¡Atanasio debió mostrar más indulgencia a los arríanos, para obtener de ellos concesiones!

¡Acaso lo hubieran hecho! ¡No quisieron escucharme! El que hablaba contra mí —un hombre alto y joven con barba rizada—, me lanzaba, con aspecto tranquilo, objeciones capciosas; y, mientras yo buscaba mis palabras, me miraban con caras perversas, aullando como hienas. ¡Ah!, ¡que no pueda conseguir que el Emperador les mande a todos al exilio, o por lo menos ver que les maltrata, que sufren! ¡Pero soy yo el que sufre!

(Se apoya desfallecido contra su cabaña.)

¡Es por haber ayunado demasiado!, mis fuerzas se agotan. Si comiera... solamente una vez, un trozo de carne.

(Cierra los ojos, con languidez.)

¡Ah!, ¡carne roja... un racimo de uvas para morder!..., ¡leche cuajada que tiembla en el plato!... ¿Pero qué tengo?... ¿Qué tengo?...

Siento que mi corazón se agranda como el mar, cuando se inflama antes de la tempestad. Una infinita suavidad me envuelve, y me parece que el aire caliente esparce el perfume de unos cabellos. ¿Habrá llegado alguna mujer?...

(Se vuelve hacia el sendero entre las rocas.)

Por ahí llegan, balanceadas en sus literas por los brazos negros de los eunucos. Descienden, y juntando sus manos cargadas de anillos, se arrodillan. Me cuentan sus inquietudes. La necesidad de una voluptuosidad sobrehumana las tortura; les gustaría morir, han visto en sus sueños dioses que las llamaban; y el borde de sus vestidos cae sobre mis pies. Las rechazo. «¡Oh!, no —dicen—, todavía no. ¡Qué debo hacer!» Cualquier penitencia sería buena. Ellas piden las más severas, compartir la mía, vivir conmigo.

¡Hace mucho tiempo que no lo veo! ¿Quizá va a venir?, ¿por qué no? Si de pronto... oyera el tintineo de las campanillas del mulo en la montaña. Me parece...

(ANTONIO se encarama a una roca, a la entrada del sendero; y se inclina, dirigiendo sus ojos a las tinieblas.)

¡Sí!, allí, al fondo, un bulto que se mueve, como gente que busca su camino. ¡Ella está ahí! Se equivocan.

(Llamando:)

¡Por este lado!, ¡ven!, ¡ven!

(El eco repite: «¡Ven!, ¡ven!» Deja caer los brazos, estupefacto.)

¡Qué vergüenza! ¡Ah!, ¡pobre Antonio!

(Y, en seguida, oye cuchichear: «¡Pobre Antonio!»)

¿Hay alguien?, ¿responde!

(El viento que pasa entre las rocas hace modulaciones; y en su sonoridad confusa, distingue VOCES como si el aire hablara. Son bajas e insinuantes, silbantes.)

LA PRIMERA.—¿Quieres mujeres?

LA SEGUNDA.—¡Dinero en grandes cantidades, quizá!

LA TERCERA.—¿Una espada reluciente?

LAS DEMÁS.—El Pueblo entero te admira.

—¡Duérmete!

—¡Tú las degollarás, tú las degollarás!

(Al mismo tiempo, los objetos se transforman. Al borde del acantilado, la vieja palmera, con su espesura de hojas amarillas, se convierte en el torso de una mujer inclinada sobre el abismo, cuyos largos cabellos se balancean.)

ANTONIO.—

(Se vuelve hacia su cabaña; y la banqueta que sostiene el grueso libro, con las páginas cargadas de letras negras, le parece un arbusto cubierto de golondrinas.)

Es la antorcha, sin duda, que provoca un juego de luz... ¡Apaguémosla!

(La apaga, la oscuridad es profunda.)

(Y, de pronto, cruzan el aire, primero un charco de agua, después una prostituta, la esquina de un templo, la cara de un soldado, un carro con dos caballos blancos, que se encabritan.

Las imágenes llegan bruscamente, a sacudidas, destacándose en la noche como pinturas de escarlata sobre el ébano.

Su movimiento se acelera. Desfilan de forma vertiginosa. Otras veces, se detienen y palidecen gradualmente, se funden; o bien desaparecen, e inmediatamente llegan otras.

ANTONIO cierra los párpados.

Las visiones se multiplican, le rodean, le asedian. Le invade un horror indecible; y sólo siente una contracción ardiente en el epigastrio. A pesar del estrépito que bulle en su cabeza, advierte un silencio enorme que le separa del mundo. Intenta hablar; ¡imposible! Es como si el vínculo general de su ser se disolviera; y, no resistiendo más, ANTONIO cae sobre la estera.)

II

(Entonces una gran sombra, más sutil que una sombra natural, y ala que otras sombras acompañan, aparece en la tierra.

Es el Diablo, apoyado contra el techo de la cabaña que lleva bajo sus dos alas — como un murciélago gigantesco que amamantara a sus pequeños— los Siete Pecados Capitales, cuyas cabezas gesticulantes se dejan entrever confusamente.

ANTONIO, con los ojos todavía cerrados, disfruta de su inercia; distiende sus miembros sobre la estera.

Cada vez le parece más suave —aunque se hincha, se eleva, se convierte en una cama, la cama en una, lancha; el agua chapotea contra sus flancos.

A derecha e izquierda, se elevan dos lenguas de tierra negra con campos cultivados, y un sicomoro, de cuando en cuando. Un ruido de cascabeles, de tambores y de cantores suena a lo lejos. Son gentes que van a Canope a dormir en el templo de Serapis para poder soñar. ANTONIO lo sabe; y se desliza, empujado por el viento, entre las dos orillas del canal. Las hojas de papiro y las flores rojas de los nenúfares, más altas que un hombre, se inclinan sobre él. Está tumbado en el fondo de la barca; un remo, en la parte de atrás, se desliza en el agua. De vez en cuando llega un soplo tibio, y las finas cañas se entrechocan. El murmullo de las olas disminuye. Le invade un gran sopor. Sueña que es un solitario de Egipto.

Entonces se levanta como sobresaltado.)

¿He soñado?... era tan claro que lo dudo. ¡Me arde la lengua! ¡Tengo sed!

(Entra en su cabaña, y tantea al azar, por todas partes.)

¡El suelo está húmedo!... ¿Acaso ha llovido? ¿Qué es esto? ¡Pedazos!, ¡mi cántaro roto!... ¿y el otro?

(Lo encuentra.)

¡Vacío!, ¡completamente vacío!

Para bajar hasta el río, necesitaría tres horas por lo menos, y la noche es tan profunda que no vería para llegar hasta él. Mis entrañas se retuercen. ¿Dónde está el pan?

(Después de haber buscado durante mucho tiempo, encuentra una corteza más pequeña que un huevo.)

¿Cómo? ¿Lo habrán cogido los chacales? ¡Ah, maldición!

(Y, de rabia, tira el pan al suelo.)

(Apenas hecho el gesto aparece una mesa, cubierta de manjares.

El mantel de biso, estriado como las molduras de las esfinges, produce ondulaciones luminosas. Hay encima enormes pedazos de carnes rojas, de grandes pescados, de pájaros con sus plumas, de cuadrúpedos con sus pelos, de frutas de una

coloración casi humana; y el fuego se refleja en espejos blancos y jarros de cristal violeta. ANTONIO descubre en medio de la mesa un jabalí humeando por todos sus poros, con las patas bajo el vientre, los ojos medio cerrados; y la idea de poder comer esa bestia formidable le llena de gozo. Además, son cosas que nunca había visto, picadillos negros, gelatinas color de oro, guisados donde flotan champiñones como si fueran nenúfares en estanques, espumas tan ligeras que parecen nubes.

Y el aroma de todo ello le trae el olor salado del Océano, la frescura de las fuentes, el gran perfume de los bosques. Dilata su nariz todo lo que puede; se le hace la boca agua; piensa que con eso tiene para un año, para diez años, ¡para su vida entera!

Mientras pasea por los manjares sus ojos desencajados, otros se acumulan, formando una pirámide cuyos ángulos se desploman. Los vinos empiezan a derramarse, los pescados a palpitar, la sangre hierve en los platos, la pulpa de los frutos avanza como labios enamorados; y la mesa sube hasta su pecho, hasta su barbilla, llevando un solo plato y un solo pan, que se encuentran justo ante su cara.

Va a coger el pan. Otros panes aparecen.)

¡Para mí!... ¡todos!, pero...

(ANTONIO retrocede.)

¡En lugar de uno, muchos!... ¡Es un milagro, el mismo que hizo el Señor!...

¿Con qué fin? ¡Lo demás no es menos incomprensible! ¡Ah!, demonio, ¡vete!, ¡vete!

(Da una patada a la mesa. Desaparece.)

¿Nada más?, ¡no!

(Respira largamente.)

¡Ah!, la tentación era fuerte. ¡Pero cómo me he librado de ella!

(Levanta la cabeza y tropieza con un objeto sonoro.)

¡Qué será esto!

(ANTONIO se agacha.)

¡Una copa! Alguien, que viajaba, la habrá perdido. No es nada extraordinario...

(Moja su dedo, y frota.)

¡Reluce!, ¡es de metal! Sin embargo, no distingo...

(Enciende su antorcha y examina la copa.)

Es de plata, adornada con óvulos en el borde, tiene una medalla al fondo.

(Hace saltar la medalla con la uña.)

Es una moneda que vale... de siete a ocho dracmas; ¡no más! ¡No importa! Podría, con esto, procurarme una piel de oveja.

(Un reflejo de la antorcha ilumina la copa.)

¡No es posible!, ¡de oro!, ¡sí!... ¡toda de oro!

(Hay otra moneda, más grande, en el fondo. Bajo ella, descubre muchas más.)

¡Pero si esto es una fortuna... lo bastante grande como para tener tres bueyes..., un pequeño campo!

(La copa está llena ahora de monedas de oro.)

Se pueden comprar cien esclavos, soldados, una muchedumbre...

(Al despegarse las granulaciones del borde, forman un collar de perlas.)

¡Con esta joya se podría ganar hasta a la mujer del Emperador!

(ANTONIO se pone el collar en la muñeca. Mantiene la copa en la mano izquierda, y con el otro brazo levanta la antorcha para iluminarla mejor. Como el agua que fluye de una fuente, derrama a puñados —hasta hacer un montículo en la arena— diamantes, carbúnculos y zafiros mezclados con grandes monedas de oro, que llevan efigies de reyes.)

¿Cómo? ¿Cómo?, ¡staters, ciclos, dáricos, ariándicos^[23]! ¡Alejandro, Demetrio, los Tolomeos, César!, ¡cada uno de ellos no tenía tanto! ¡Ya nada es imposible!, ¡se acabó el sufrimiento!, ¡y estos rayos que me deslumbran! ¡Ah!, ¡mi corazón se desborda! ¡Qué maravilla!, ¡sí!..., ¡sí!..., ¡todavía más!, ¡nunca es bastante! Aunque lo tirara al mar continuamente, me quedaría mucho. ¿Por qué perderlo? Lo guardaré todo, sin decírselo a nadie; mandaré cavar en la roca una estancia tapizada con láminas de bronce e iré a ella, para sentir cómo los montones de oro se hunden bajo mis talones; hundiré mis brazos en ellos como si fueran sacos de grano. ¡Quiero frotarme la cara con el oro, acostarme encima!

(Suelta la antorcha para abrazar el montón; y da con el pecho en el suelo.

Se levanta. El lugar está totalmente vado.)

¿Qué he hecho?

Si hubiera muerto en ese momento, ¡me esperaba el infierno!, ¡el infierno irrevocable!

(Tiemblan todos sus miembros.)

¿Estoy maldito? ¡No!, ¡es culpa mía! ¡Caigo en todas las trampas! No quiero volver a ser ni un imbécil ni un infame. ¡Me gustaría golpearme, o más bien arrancarme de mi cuerpo! ¡Hace tanto tiempo que me contengo! ¡Necesito vengarme, azotar, matar!, es como si tuviera en el alma una manada de bestias feroces. Quisiera, a hachazos, en medio de una muchedumbre... ¡Ah!, ¡un puñal!...

(Al descubrir su cuchillo, se lanza sobre él. El cuchillo se le escurre de la mano y ANTONIO se queda apoyado contra la pared de su cabaña, con la boca abierta, inmóvil, cataléptico.

Todo lo que le rodeaba ha desaparecido.

Se cree en Alejandría, sobre el Paneum, montaña artificial rodeada por una escalera de caracol yalzada en el centro de la ciudad.

Frente a él se extiende el lago Mareotis^[24], a la derecha el mar, a la izquierda el campo, e inmediatamente bajo sus ojos, una confusión de tejados lisos, atravesada de sur a norte y de este a oeste por dos calles que se entrecruzan y forman, en toda su longitud, una hilera de pórticos con capiteles corintios. Las casas, inclinadas sobre la doble columnata, tienen ventanas con cristales de colores. Algunas tienen en el exterior enormes cáveas de madera, por donde entra el aire de fuera.

Monumentos de diferente arquitectura se amontonan unos junto a otros. Los pilones egipcios dominan los templos griegos. Los obeliscos aparecen como lanzas entre las almenas de ladrillos rojos. En medio de las plazas, hay Hermes con orejas puntiagudas y Anubis con cabeza de perro. ANTONIO ve mosaicos en los patios, y en las vigas de los techos tapices colgados.

Abarca, de una sola ojeada, los dos puertos (el Gran Puerto y el Eunosto^[25]), ambos redondos como dos circos, y separados por un muelle que une Alejandría con el islote escarpado sobre el que se eleva la torre del faro, cuadrangular, de quinientos codos de altura y nueve pisos, con un montón de carbones negros humeando en la cúspide.

Pequeños puertos interiores dividen los puertos principales. El muelle, en cada extremo, termina en un puente sobre columnas de mármol que se introducen en el mar. Los barcos de vela pasan por debajo; y pesadas gabarras rebosantes de mercancías, barcos talámicos con incrustaciones de marfil, góndolas cubiertas por un toldo, trirremes y birremes, toda clase de barcos, circulan o se estacionan en los muelles.

Alrededor del Gran Puerto, hay una serie ininterrumpida de construcciones reales: el Palacio de los Tolomeos^[26], el Museum, el Posidium, el Cesareum, el Timonium donde se refugió Marco Antonio, el Soma donde se encuentra la tumba de Alejandro; mientras que en el otro extremo de la ciudad, más allá del Eunosto, pueden verse a lo lejos fábricas de vidrio, de perfumes y de papiros.

Vendedores ambulantes, cargadores, borriqueros, corren, se tropiezan. Aquí y allá, un sacerdote de Osiris con una piel de pantera al hombro, un soldado romano con casco de bronce, muchos negros. En el umbral de las tiendas, las mujeres se detienen, los artesanos trabajan; y el chirrido de los carros espanta a los pájaros que comen del suelo los residuos de carne y los restos de pescado.

Sobre la uniformidad de las casas blancas, el dibujo de las calles forma como una red negra. Los mercados llenos de hierbas rebosan de ramilletes verdes, las tiendas de los tintoreros de planchas de colores, los ornamentos de oro en el frontón de los templos de puntos luminosos, todo eso comprendido en el recinto ovalado de las paredes grisáceas, bajo la bóveda del cielo azul, junto al mar inmóvil.

Pero la muchedumbre se detiene, y mira hacia el occidente, desde donde avanzan enormes torbellinos de polvo.

Son los monjes de Tebaida, vestidos de pieles de cabra, armados de garrotes, y que gritan un cántico de guerra y de religión con este estribillo: «¿Dónde están?, ¿dónde están?»

ANTONIO comprende que vienen a matar a los arríanos.

De pronto las calles se vacían y sólo se ve gente corriendo.

Los solitarios están ahora en la ciudad. Sus formidables palos, llenos de clavos, se mueven como soles de acero. Se oye un estrépito de cosas rotas dentro de las casas. Hay intervalos de silencio. Luego se elevan enormes gritos.

De un extremo a otro de las calles, hay un remolino continuo de gente despavorida.

Muchos tienen picas. A veces, dos grupos se encuentran y en seguida forman sólo uno; y esta masa se mueve en el pavimento, se separa, se desploma. Pero siempre reaparecen los hombres de largos cabellos.

Hilos de humo se escapan por las esquinas de los edificios. Saltan las hojas de las puertas. Las paredes se desploman. Los arquivitrabes caen.

ANTONIO descubre a todos sus enemigos uno tras otro. Reconoce que les había olvidado; antes de matarles, les ultraja, saca las entrañas, degüella, apalea, arrastra a los viejos por la barba, aplasta a los niños, azota a los heridos. Y se vengan del lujo; los que no saben leer destrozan los libros; otros rompen, destruyen las estatuas, las pinturas, los muebles, los cofres, mil delicadezas cuyo uso ignoran y que, por eso, les exasperan. De vez en cuando se paran para cobrar aliento, luego vuelven a empezar.

Los habitantes, refugiados en los patios, gimen. Las mujeres elevan al cielo sus ojos llenos de lágrimas y sus brazos desnudos. Para conmovér a los solitarios, se abrazan a sus rodillas; ellos las rechazan; y la sangre salta hasta el techo, vuelve a caer a chorros a lo largo de las paredes, mana del tronco de los cadáveres decapitados, llena los acueductos, forma en la tierra grandes charcos rojos.

A ANTONIO le llega hasta las rodillas. Anda sobre ella; absorbe las gotitas que tiene en los labios, y se estremece de alegría al sentirla contra sus miembros, bajo su túnica de piel, que está empapada.

Llega la noche. El inmenso clamor se apacigua.

Los solitarios han desaparecido.

De pronto, en las galerías exteriores que bordean los nueve pisos del faro, ANTONIO distingue gruesas líneas negras, como si fueran cuervos detenidos. Corre hacia allá, y se encuentra en la cúspide.

Un gran espejo de cobre, vuelto hacia alta mar, refleja los barcos que están a lo lejos.

ANTONIO se entretiene mirándolos, y, a medida que los mira, su número aumenta.)

(Están agrupados en un golfo con forma de media luna. Detrás, en un promontorio, se extiende una ciudad nueva de arquitectura romana, con cúpulas de piedra, techos cónicos, mármoles rosas y azules, y una profusión de bronce en las volutas de los capiteles, en los muros de las casas, en los ángulos de las cornisas. Un bosque de cipreses la domina. El color del mar es más verde, el aire más frío. Hay nieve en las montañas del horizonte.

ANTONIO busca el camino, cuando un hombre le aborda y le dice: «¡Ven!, ¡te esperan!»

Atraviesa un foro, entra en un patio, se agacha al pasar por una puerta; y llega ante la fachada del palacio, decorado con un grupo escultórico en cera que

representa al emperador Constantino venciendo a un dragón. Una fuente de p^or^ofido lleva hasta su centro una caracola de oro llena de pistachos. Su guía le dice que puede cogerlos. Los coge.

Luego anda como perdido en una sucesión de habitaciones.

Se ven, a lo largo de los muros de mosaico, generales que ofrecen al Emperador en la palma de la mano las ciudades conquistadas. Y por todas partes hay columnas de basalto, rejas con filigranas de plata, asientos de marfil, tapicerías bordadas con perlas. La luz viene de las bóvedas, ANTONIO sigue andando. Circulan tibias exhalaciones; a veces, oye el crujido discreto de una sandalia. Apostados en las antesalas, los guardianes —que parecen autómatas— mantienen sobre sus hombros palos bermejós.

Por fin, llegan a una sala en cuyo fondo hay cortinas de jacinto. Se separan, y descubren al EMPERADOR, sentado en un trono, con túnica violeta y calzado con borceguíes rojos de franjas negras.

Una diadema de perlas rodea su cabellera dispuesta en rodillos simétricos. Tiene los párpados caídos, la nariz recta, aspecto torpe y burlón. En las esquinas del dosel extendido sobre su cabeza están posadas cuatro palomas de oro, y al pie del trono hay dos leones de esmalte sentados. Las palomas se ponen a cantar, los leones a rugir, el EMPERADOR mueve los ojos, ANTONIO avanza; y en seguida, sin preámbulo, se cuentan los acontecimientos. En las ciudades de Antioquía, Efeso y Alejandría, han saqueado los templos y hecho con las estatuas dioses, jarros y marmitas; el EMPERADOR se ríe mucho ANTONIO le reprocha su tolerancia con los novacianos^[27].. Pero el EMPERADOR se enfada; novacianos, arrianos, melecianos^[28], todos le aburren. Sin embargo admira al episcopado, porque dependiendo los cristianos de los obispos, que a su vez dependen de cinco o seis personajes, lo importante es ganarlos para atraer a todos los demás. Además no ha dejado de suministrarles considerables sumas. Pero detesta a los padres del Concilio de Nicea. «¡Vamos a verles!» ANTONIO le sigue.

Y aparecen, en el mismo piso, en una terraza.

La terraza domina un hipódromo lleno de gente y rodeado de pórticos por donde el resto de la multitud se pasea. En el centro del hipódromo hay una plataforma estrecha, que sostiene un pequeño templo de Mercurio, la estatua de Constantino, tres serpientes de bronce entrelazadas, en un extremo unos gruesos huevos de madera, y en el otro siete delfines con la cola al viento.

Detrás del pabellón imperial, los prefectos de las cámaras, los condes y los patricios se escalonan hasta el primer piso de una iglesia, cuyas ventanas están llenas de mujeres. A la derecha se encuentra la tribuna de la facción azul, a la izquierda la de la verde, abajo un piquete de soldados, y al nivel de la arena una fila de arcos corintios, que sirven de entrada a los espectadores.

Las carreras van a empezar, los caballos se alinean. Altos penachos, colocados

entre sus orejas, se balancean al viento como si fueran árboles; mueven, con sus saltos, carros en forma de concha, conducidos por cocheros revestidos de una especie de coraza multicolor, con mangas estrechas en las muñecas y anchas en los brazos, las piernas desnudas, la barba larga, el pelo rapado a la moda de los hunos.

ANTONIO se siente al principio aturdido por el oleaje de las voces. De arriba abajo sólo ve caras pintadas, trajes abigarrados, placas de orfebrería; y la arena, muy blanca, brilla como un espejo.

El EMPERADOR habla con él. Le confía cosas importantes, secretos, le cuenta el asesinato de su hijo Crispus^[29], incluso le pide consejos para su salud.

Entre tanto ANTONIO descubre unos esclavos al fondo. Son los Padres del Concilio de Nicea, cubiertos de harapos, abyectos. El mártir Pafnució cepilla las crines de un caballo, Teófilo lava las patas de otro, Juan pinta los cascos de un tercero, Alejandro mete estiércol en una cesta.

ANTONIO pasa entre ellos. Forman un círculo, le ruegan que interceda, le besan las manos. La muchedumbre entera le silba; y él goza de su degradación, desmesuradamente. ¡Porque se ha convertido en uno de los grandes de la corte, confidente del EMPERADOR, primer ministro! Constantino le pone su diadema en la frente. ANTONIO la mantiene, pensando que es un honor completamente natural.

Y de pronto descubre que está en las tinieblas de una sala inmensa, iluminada por candelabros de oro.

Unas columnas, medio perdidas en la sombra, tan altas son, van alineándose a ambos lados de las mesas que se prolongan hasta el horizonte —donde aparecen, en medio de un vapor luminoso, superposiciones de escaleras, series de arcos, colosos, torres, y, por detrás, una parte difuminada del palacio oculta por los cedros, que parecen masas negras en la oscuridad.

Los invitados coronados de violetas, se apoyan de codos en camas muy bajas. A lo largo de las dos filas hay ánforas que se inclinan para servir el vino, y completamente al fondo, solo, con la tiara en la cabeza y cubierto de carbúnculos, come y bebe el rey Nabucodonosor.

A su derecha y a su izquierda, dos teorías de sacerdotes con bonetes puntiagudos balancean incensarios. En el suelo, debajo de él, se arrastran los reyes cautivos, sin pies ni manos, a los que lanza huesos para que los roan; más abajo se encuentran sus hermanos, con una venda en los ojos —están todos ciegos.

Un quejido continuo asciende desde el fondo de las ergástulas. Los sonidos suaves y lentos de un órgano hidráulico alternan con las voces; y se siente como que alrededor de la sala hay una ciudad desmesurada, un océano de hombres cuyas olas golpean los muros.

Los esclavos corren, llevando fuentes. Circulan mujeres, ofreciendo vino, las cestas crujen bajo el peso de los panes y un dromedario, cargado de odres agujereados, pasa y vuelve, dejando caer verbena para refrescar las losas.

Los beluarios traen a los leones. Las bailarinas, con el pelo sujeto por una malla, giran sobre las manos echando fuego por la nariz; los saltimbanquis hacen juegos malabares, unos niños desnudos se lanzan bolas de nieve, que se rompen al caer contra los relucientes vasos de plata. El clamor es tan inmenso que parece una tempestad, y una nube flota sobre el festín, producida por las carnes y la respiración. A veces, una chispa de las grandes antorchas, arrancada por el viento, atraviesa la noche como una estrella fugaz.

El Rey enjuga con el brazo los perfumes de su rostro. Bebe en los vasos sagrados, luego los rompe; y enumera interiormente sus flotas, sus ejércitos, sus pueblos. Después, por capricho, quemará el palacio con todos sus invitados. Desea volver a construir la torre de Babel y destronar a Dios.

ANTONIO lee, desde lejos, en su frente, todos sus pensamientos. Le penetran, y se convierte en Nabucodonosor.

Inmediatamente se harta de libertinaje y de exterminio, y le invade el deseo de revolcarse en la vileza. Además, la degradación de lo que espanta a los hombres es un ultraje a su espíritu, una forma más de embrutecerlos; y como no hay nada más vil que una bestia bruta, ANTONIO se pone a cuatro patas sobre la mesa y muge como un toro.

Siente un dolor en la mano —una piedra, por casualidad, le ha herido—, y se encuentra de nuevo ante su cabaña.

El cerco de rocas está vacío. Las estrellas brillan. Todo está en silencio.)

¡Me he equivocado una vez más! ¿Por qué me suceden estas cosas? Son producidas por debilidades de la carne. ¡Ah!, ¡miserable!

(Se mete en su cabaña, coge un manojo de cuerdas, que termina en pinchos metálicos, se desnuda hasta la cintura, y levantando la cabeza hacia el cielo dice:)

¡Acepta mi penitencia, oh Dios mío!, no la rechaces por su debilidad. ¡Haz que sea penetrante, prolongada, excesiva! ¡Ya es hora!, ¡a ello!

(Se azota vigorosamente.)

¡Ay! ¡No!, ¡no!, ¡sin piedad!

(Vuelve a empezar.)

¡Oh!, ¡oh!, ¡oh! Cada golpe me desgarrar la piel, me rompe los miembros. ¡Me quema horriblemente!

¡Pero no es tan terrible!, se puede hacer. Me parece incluso...

(ANTONIO se detiene.)

¡Vamos, fuerte!, ¡fuerte! ¡Así!, ¡así!, ¡en los brazos, en la espalda, en el pecho, en el vientre, por todas partes! ¡Silbad, correas, mordedme, desgarradme! ¡Quisiera que las gotas de mi sangre saltaran hasta las estrellas, que mis huesos se rompieran, descubrir mis músculos! ¡Tenazas, tijeras, plomo fundido! ¡Los mártires sufrieron más!, ¿no es cierto, Amonaria?

(Reaparece la sombra de los cuernos del Diablo.)

Yo hubiera podido ser atado a una columna cerca de la tuya, cara a cara, frente a

tus ojos, respondiendo a tus gritos con mis suspiros; y nuestros dolores se habrían confundido, y mezclado nuestras almas.

(Se flagela con furia.)

¡Toma, toma!, ¡por tí!, ¡otra vez!... Un cosquilleo me recorre. ¡Qué suplicio!, ¡qué delicia!, son como besos. ¡Mi médula se funde!, ¡muero!

(Y ve frente a él a tres jinetes montados sobre onagros, vestidos con trajes verdes, que llevan lirios en las manos y se parecen entre sí.

ANTONIO se vuelve, y ve otros tres jinetes semejantes, sobre parecidos onagros, en la misma actitud.

Retrocede. Entonces los onagros, todos a la vez, dan un paso y frotan el morro contra él, intentando morder su vestimenta. Unas voces gritan: «¡Por aquí, por aquí, ahí está!» Y aparecen unos estandartes por entre las montañas —las cabezas de camello en jáquima de seda roja—, mulos cargados de equipajes y mujeres cubiertas de velos amarillos, subidas a horcajadas sobre caballos píos.

Las bestias jadeantes se tumban, los esclavos se precipitan sobre los bultos, desenrollan tapices abigarrados, extienden por el suelo objetos que brillan.

Un elefante blanco, engualdrapado con una red de oro, acude, moviendo el penacho de plumas de avestruz que lleva en su frente. En su lomo, entre cojines de lana azul, con las piernas cruzadas, los párpados semicerrados y moviendo la cabeza, hay una mujer tan espléndidamente vestida que despide rayos a su alrededor. La muchedumbre se postra, el elefante se arrodilla y La REINA DE SABA, dejándose caer a lo largo de su cuerpo, desciende sobre los tapices y avanza hacia SAN ANTONIO. Su vestido de brocado de oro, dividido regularmente por falbalás de perlas, de azabache y de zafiros, ciñe su talle con un cinturón estrecho, realzado con aplicaciones de color, que representan los doce signos del Zodiaco. Lleva zapatillas muy altas, una negra y sembrada de estrellas de plata, con una media luna, y la otra, blanca, está cubierta de gotitas de oro con un sol en medio. Sus anchas mangas, adornadas con esmeraldas y plumas de pájaro, dejan ver claramente su bracito redondo, con un brazalete de ébano en la muñeca, y sus manos cargadas de anillos terminan en uñas tan puntiagudas que los extremos de sus dedos casi parecen agujas. Una cadena plana de oro, que le pasa bajo la barbilla, sube por sus mejillas, se enrolla en espiral alrededor de su peinado, espolvoreado con polvo azul, luego, al caer, le roza ligeramente los hombros y acaba atándose en su pecho a un escorpión de diamante, que saca la lengua entre sus senos. Dos gruesas perlas amarillas cuelgan de sus orejas. El borde de sus párpados está pintado de negro. Tiene sobre el pómulo izquierdo un lunar natural; y respira abriendo la boca, como si el corsé la molestara.

Mueve, al andar, un parasol verde con mango de marfil, rodeado de campanillas bermejas —y doce negritos de pelo rizado llevan la larga cola de su vestido, cuyo extremo sostiene y de vez en cuando levanta un mono.

Dice:)

¡Ah!, ¡bello ermitaño!, ¡bello ermitaño!, ¡mi corazón desfallece!

¡A fuerza de caminar de un lado a otro con impaciencia me han salido callos en los talones, y me he roto una de las uñas! Envié pastores que permanecían en las montañas con la mano ante los ojos, y cazadores que gritaban tu nombre en los bosques, y espías que recorrían todos los caminos preguntando a todo el que pasaba: «¿Le habéis visto?» Por la noche, lloraba, con la cara vuelta hacia la muralla. Mis lágrimas han hecho dos pequeños agujeros en el mosaico, como los charcos que hace el agua del mar entre las rocas, porque ¡te amo! ¡Sí!, ¡mucho!

(Le coge de la barba.)

¡Ríe, bello ermitaño!, ¡ríe! Estoy muy contenta. Toco la lira, bailo como una abeja, y sé contar un montón de historias, unas más divertidas que otras.

No puedes imaginar el largo camino que hemos hecho. ¡Mira cómo los onagros de los verdes mensajeros están muertos de cansancio!

(Los onagros están tendidos en el suelo, sin moverse.)

Desde hace tres grandes lunas, han corrido a gran velocidad, con una piedra entre los dientes para cortar el viento, la cola siempre derecha, siempre doblando las patas, y siempre galopando. ¡No volveré a encontrar otros semejantes! Me venían de mi abuelo materno, el emperador Saharil, hijo de Iakhschab, hijo de Iaarab, hijo de Kastan. ¡Ah!, ¡si vivieran todavía, los engancharíamos a una litera para que nos llevaran deprisa a casa! Pero... ¿cómo?... ¿en qué piensas?

(Le examina.)

Cuando seas mi marido, te vestiré, te perfumaré, te cortaré el pelo.

(ANTONIO se queda inmóvil, más tieso que una estaca, pálido como un muerto.)

Tienes aspecto triste; ¿es por abandonar tu cabaña? Yo lo he abandonado todo por ti, hasta al rey Salomón, que posee una gran sabiduría, veinte mil carros de guerra, ¡y una hermosa barba! Te he traído mis regalos de bodas. Escoge.

(Pasea entre las mercancías y las hileras de esclavos.)

Aquí hay bálsamo de Genezaret, incienso del cabo Gardefan, ládano, cinamomo, silfium, bueno para ponerlo en las salsas. Ahí dentro hay bordados de Assur, marfiles del Ganges, púrpura de Elisa^[30]; y esta caja de nieve contiene un odre de chalibon^[31], vino reservado para los reyes de Asiría, y que se bebe puro en el cuerno de un unicornio. Allí hay collares, broches, hilados, parasoles, polvo de oro de Baasa^[32], casitéridos de Tartessos, madera azul de Pandio, pieles blancas de Isedonia^[33], carbúnculos de la isla Palaesimonde^[34], mondadientes hechos con pelo de tachas^[35], animal perdido que se encuentra bajo tierra. Esos cojines son de Emath^[36] y los flecos del manto de Palmira. Sobre este tapiz de Babilonia, hay..., pero ¡ven aquí! ¡Ven!

(Tira a SAN ANTONIO de la manga. Él se resiste. Ella sigue:)

Esta tela fina, que cruje bajo los dedos con un ruido como de chispas, es la famosa tela amarilla traída por los mercaderes de la Bactriana^[37]. Necesitan cuarenta

y tres intérpretes para su viaje. Mandaré que te hagan trajes, que te pondrás en casa. ¡Quitad los ganchos del estuche de sicomoro, y dadme la cajita de marfil que está en la cruz de mi elefante!

(Sacan de una caja algo redondo cubierto por un velo, y le acercan un pequeño cofre cargado de cinceladuras.)

¿Quieres el escudo de Dgian-ben-Dgian^[38], el que construyó las Pirámides?, ¡aquí lo tienes!, está hecho de siete pieles de dragón superpuestas, unidas por tornillos de diamante, y que han sido curtidas con bilis de parricida. Representa, por un lado, todas las guerras que han tenido lugar desde la invención de las armas, y, por el otro, todas las guerras que tendrán lugar hasta el fin del mundo. El rayo rebota sobre él, como una pelota de corcho. Voy a ponerlo en tu brazo y lo llevarás a la caza.

¡Pero si supieras lo que tengo en mi cajita! ¡Cógela, intenta abrirla! Nadie lo conseguirá; bésame; te lo diré.

(Coge a SAN ANTONIO por las mejillas; él la rechaza extendiendo los brazos.)

En una sola noche el rey Salomón perdió la cabeza. Por fin todo quedó decidido. Se levantó y saliendo con paso de lobo...

(Hace una pirueta.)

¡Ah!, ¡ah!, ¡bello ermitaño!, no lo sabrás, ¡no lo sabrás!

(Mueve su parasol y todas las campanillas tintinean.)

¡Y tengo muchas cosas más! Tengo tesoros encerrados en galerías donde es tan fácil perderse como en un bosque. Tengo palacios de verano con enrejados de caña, y palacios de invierno de mármol negro. En el centro de lagos inmensos como mares, tengo islas redondas como monedas de plata, todas cubiertas de nácar, y en cuyas riberas nace como una música, con el batir de las olas tibias que se rompen en la arena. Los esclavos de mis cocinas cogen los pájaros en mis pajareras, y pescan los peces en mis viveros. Tengo cinceladores continuamente dedicados a grabar mi retrato en piedras duras, fundidores anhelantes que cuelan el metal de mis estatuas, perfumistas que mezclan con vinagre el jugo de las plantas y baten la masa. Tengo costureras que cortan mis telas, orfebres que trabajan mis joyas, peinadoras que me cambian de peinado, y pintores atentos, que vierten en los frisos resinas hirviendo, que luego enfrían con abanicos. Tengo doncellas como para formar un harén, eunucos como para formar un ejército. ¡Tengo ejércitos, tengo pueblos! Tengo en mi vestíbulo una guardia de enanos que llevan a la espalda trompetas de marfil.

(ANTONIO suspira.)

Tengo tiros de gacelas, cuadrigas de elefantes, reatas de camellos por centenares, y yeguas con crines tan largas que se las pisan cuando galopan, y rebaños de cabras con cuernos tan grandes que abaten los bosques cuando pastan. Tengo jirafas que pasean por mis jardines, y cuya cabeza avanza hacia el borde de mi tejado, cuando tomo el aire después de cenar.

Sentada en una concha, y arrastrada por los delfines, me paseo por las grutas, escuchando cómo cae el agua de las estalactitas. Voy al país de los diamantes, donde

mis amigos los magos me dejan escoger los más bellos; luego subo otra vez a tierra, y vuelvo a casa.

(Ella lanza un silbido agudo; y un gran pájaro, que desciende del cielo, se coloca en lo alto de sus cabellos, en los que deja caer polvo azul.

Su plumaje, de color naranja, parece de escamas metálicas. Su cabeza pequeña, provista de una cresta de plata, representa una cara humana. Tiene cuatro alas, patas de buitre, y una inmensa cola de pavo real, que despliega tras él.

Agarra con su pico el parasol de la Reina, vacila un poco antes de cobrar su aplomo, luego eriza todas sus plumas, y permanece inmóvil.) ¡Gracias, bello Simorganka^[39]!, ¡tú me enseñaste dónde se escondía el amado! ¡Gracias!, ¡gracias!, ¡mensajero de mi corazón!

Vuela como el deseo. Da la vuelta al mundo en un día. Por la noche, vuelve; se posa a los pies de mi cama; me cuenta lo que ha visto, los mares que han pasado bajo él, los peces y los barcos, los grandes desiertos vacíos que ha contemplado desde lo alto de los cielos, y todas las cosechas que se mecían en el campo, y las plantas que crecían en los muros de las ciudades abandonadas.

(Deja caer los brazos, lánguidamente.)

¡Oh!, ¡si tú quisieras, si tú quisieras!... Tengo un pabellón en un promontorio en medio de un istmo, entre dos océanos. Está revestido de placas de vidrio, ensamblado de conchas de tortuga, y se abre a los cuatro vientos del cielo. Desde lo alto, veo llegar mis flotas y las multitudes que suben la colina con fardos al hombro. ¡Dormiríamos en colchones más mullidos que nubes, beberíamos bebidas frías en cortezas de frutas y miraríamos el sol a través de las esmeraldas! ¡Ven!...

(ANTONIO retrocede. Ella se acerca; y en tono irritado:)

¿Cómo?, ¿ni rica, ni coqueta, ni enamorada? No es eso lo que necesitas, ¿eh?, sino más bien lasciva, gorda, con una voz ronca, cabellos color de fuego y carnes abultadas. ¿Acaso prefieres un cuerpo frío como la piel de las serpientes, o grandes ojos negros, más oscuros que las cavernas místicas?, ¡mira mis ojos!

(ANTONIO, a pesar suyo, los mira.)

¡A todas las que has encontrado, desde la muchacha de la calle que canta bajo un farol hasta la patricia que deshoja rosas en lo alto de su litera, a todas las formas pensadas, a todas las imaginaciones de tu deseo, pregúntales! Yo no soy una mujer, soy un mundo. ¡Sólo tengo que dejar caer mis vestidos, y descubrirás en mi persona una sucesión de misterios!

(A ANTONIO le castañetean los dientes.)

Si pusieras tu dedo en mi hombro, sentirías como un reguero de fuego por tus venas. La posesión de la parte más pequeña de mi cuerpo te colmará de una alegría más vehemente que la conquista de un imperio. ¡Acerca tus labios!, ¡mis besos tienen el gusto de un fruto que se fundiera en tu corazón! ¡Ah!, cómo vas a perderte entre mis cabellos, olfatear mi pecho, embeberte en mis miembros, y abrasado por mis pupilas, entre mis brazos, en un torbellino...

(ANTONIO hace la señal de la cruz.)

¡Me rechazas!, ¡adiós!

(Se aleja llorando, luego se vuelve:)

¿Seguro?, ¡una mujer tan bella!

(Se ríe, y el mono que sujeta el bajo de su vestido lo levanta.)

¡Te arrepentirás, bello ermitaño, gemirás!, ¡te aburrirás!, ¡pero me da igual!, ¡la!, ¡la!, ¡la!, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!

(Se va con la cara entre las manos, dando saltitos.)

Desfilan ante SAN ANTONIO los esclavos, los caballos, los dromedarios, el elefante, las doncellas, los mulos que han vuelto a cargar, los negritos, el mono, los mensajeros verdes, con su lirio quebrado en la mano; y La REINA DE SABA se aleja, lanzando una especie de hipo convulsivo, que parece un sollozo o una risa.)

III

(Cuando ella ha desaparecido, ANTONIO descubre a un niño en el umbral de su cabaña.)

Es uno de los servidores de la Reina.

(Piensa.)

(El niño es pequeño como un enano, y, sin embargo, rechoncho como un Cabiro^[40], deformado, de aspecto miserable. Blancos cabellos cubren su cabeza prodigiosamente grande; y tirita bajo una harapienta túnica, sujetando en la mano un rollo de papiro.

La luz de la luna, que una nube atraviesa, cae sobre él.)

ANTONIO.—

(Le observa desde lejos y tiene miedo.)

¿Quién eres?

EL NIÑO.—

(Contesta:)

¡Tu antiguo discípulo Hilarión!

ANTONIO.—Mientes. Hilarión vive desde hace muchos años en Palestina.

Hilarión.—¡He vuelto!, ¡soy yo!

ANTONIO.—

(Se acerca y le examina.)

Sin embargo, su cara era brillante como la aurora, cándida, feliz. Ésta es sombría y vieja.

HILARIÓN.—¡Intensos trabajos me han fatigado!

ANTONIO.—La voz es también diferente. Tiene un timbre gélido.

HILARIÓN.—¡Es porque me alimento de cosas amargas!

ANTONIO.—¿Y esos cabellos blancos?

HILARIÓN.—¡He sufrido tanto!

ANTONIO

(Aparte.)

¿Será posible?...

HILARIÓN.—Yo no estaba tan lejos como supones. El ermitaño Pablo^[41] te visitó este año durante el mes de Schebar^[42]. Hace exactamente veinte días que los nómadas te trajeron pan. Dijiste, anteayer, a un marinero que te trajera tres punzones.

ANTONIO.—¡Lo sabe todo!

HILARIÓN.—Debes saber también que yo nunca te he abandonado. Pero pasas

largos períodos sin verme.

ANTONIO.—¿Cómo es eso? ¡Es cierto que tengo la cabeza muy turbada! Esta noche especialmente...

HILARIÓN.—Todos los Pecados Capitales han venido. ¡Pero sus mezquinas asechanzas se hacen pedazos contra un santo como tú!

ANTONIO.—¡Oh!, ¡no!..., ¡no! ¡A cada momento, desfallezco! No soy ya uno de esos cuya alma está siempre alerta y tiene el espíritu firme —como el gran Atanasio, por ejemplo.

HILARIÓN.—Fue ordenado ilegalmente por siete obispos.

ANTONIO.—¡Qué importa!, si su virtud...

HILARIÓN.—¡Vamos!, un hombre orgulloso, cruel, siempre intrigando, y finalmente desterrado por acaparador.

ANTONIO.—¡Calumnia!

HILARIÓN.—¿No negarás que quiso corromper a Eustato^[43], el tesorero de larguezas?

ANTONIO.—Eso afirman; es cierto.

HILARIÓN.—¡Quemó, por venganza, la casa de Arsenio^[44]!

ANTONIO.—¡Ay de mí!

HILARIÓN.—En el Concilio de Nicea, dijo hablando de Jesús: «El hombre del Señor».

ANTONIO.—¡Ah!, ¡eso es una blasfemia!

HILARIÓN.—Tiene una inteligencia tan limitada que confiesa, además, no comprender nada de la naturaleza del Verbo.

ANTONIO.—

(Sonriendo de placer.)

En efecto, no tiene una inteligencia muy... elevada.

HILARIÓN.—Si te hubieran puesto en su lugar, hubiera sido una gran alegría tanto para tus hermanos como para ti. Esta vida alejada de los demás no es buena.

ANTONIO.—¡Al contrario! El hombre, que es espíritu, debe retirarse de las cosas mortales. Cualquier acción le degrada. ¡No quisiera pisar la tierra, ni siquiera con la planta de los pies!

HILARIÓN.—¡Hipócrita que se hunde en la soledad para entregarse mejor al desenfreno de su concupiscencia! ¡Te privas de carnes, de vino, de calor, de esclavos y de honores; pero cómo dejas que tu imaginación te ofrezca banquetes, perfumes, mujeres desnudas y multitudes aclamándote! ¡Tu castidad no es más que una corrupción más sutil, y ese desprecio del mundo, la impotencia de tu odio contra él! Eso es lo que hace a tus semejantes tan lúgubres, o es quizá porque dudan. La posesión de la verdad proporciona felicidad. ¿Acaso Jesús era triste? Siempre estaba rodeado de amigos, descansaba a la sombra del olivo, entraba en casa del publicano,

multiplicaba el vino, perdonaba a la pecadora, curaba todos los dolores. Tú sólo tienes piedad para tu miseria. Es como un remordimiento que te envuelve y una demencia huraña, que te hace hasta rechazar la caricia de un perro o la sonrisa de un niño.

ANTONIO.—

(Estalla en sollozos.)

¡Basta!, ¡basta!, ¡conmueves demasiado mi corazón!

HILARIÓN.—¡Sacude la miseria de tus harapos! ¡Sal de tu inmundicia! ¡Tu Dios no es un Moloch que pide carne como sacrificio!

ANTONIO.—Sin embargo, el sufrimiento es bendecido. Los querubines se inclinan para recibir la sangre de los confesores.

HILARIÓN.—¡Admira entonces a los montañistas^[45]! Superan a todos los demás.

ANTONIO.—¡Pero la verdad de la doctrina hace al mártir!

HILARIÓN.—¿Cómo puede probar su excelencia, si sirve de testimonio del error?

ANTONIO.—¡Cállate, víbora!

HILARIÓN.—Eso no puede ser tan difícil. Las exhortaciones de los amigos, el placer de insultar al pueblo, el juramento que han hecho, un cierto vértigo, mil circunstancias les ayudan.

(ANTONIO se aleja de Hilarión. Éste le sigue.)

Por otra parte, esa forma de morir acarrea grandes desórdenes. Dionisio, Cipriano y Gregorio^[46] se libraron de ella. Pedro de Alejandría^[47] la condenó, y el concilio de Elvira^[48]...

ANTONIO.—

(Se tapa los oídos.)

¡No escucho más!

HILARIÓN.—

(Elevando la voz.)

Ya vuelves a caer en tu pecado de costumbre, la pereza. La ignorancia es la escoria del orgullo. Basta con decir: «Tengo mi convicción, ¿por qué discutir?», y se desprecia a los doctores, a los filósofos, a la tradición, y hasta el texto de la Ley que se ignora. ¿Crees tener la sabiduría en tu mano?

ANTONIO.—¡Sigo oyéndole! Sus clamorosas palabras llenan mi cabeza.

HILARIÓN.—Los esfuerzos para comprender a Dios son superiores a tus mortificaciones para conmoverle. Sólo tenemos mérito por nuestra sed de Verdad. La Religión sola no explica todo; y la solución de los problemas que desconoces puede hacerla más inatacable y más alta. Entonces lo que hace falta, para su salud, es comunicarse entre los hermanos —o, si no, la Iglesia, la asamblea de fieles, sólo sería una palabra—, y escuchar todas las razones, no rechazar nada, ni a nadie. El hechicero Balaam^[49], el poeta Esquilo y su sibila de Cumas habían anunciado al Salvador. Dionisio el Alejandrino recibió del Cielo la orden de leer todos los libros.

San Clemente^[50] nos ordena el cultivo de las letras griegas. Hermas^[51] fue convertido por la ilusión de una mujer que había amado.

ANTONIO.—¡Qué aire de autoridad! Parece como si crecieras...

(En efecto, la estatura de HILARIÓN se ha elevado progresivamente; y ANTONIO, para no verle más, cierra los ojos.)

HILARIÓN.—¡Tranquilízate, buen ermitaño!

Sentémonos allí, en esa gran piedra, como antes, cuando en la primera claridad del día te saludaba, y te llamaba «clara estrella de la mañana»: y empezabas en seguida a darme instrucciones. No han acabado. La luna nos ilumina suficientemente. Te escucho.

(Ha sacado un cálamo de la cintura; y, en el suelo, con las piernas cruzadas, con su rollo de papiro en la mano, levanta la cabeza hacia SAN ANTONIO, que, sentado junto a él, permanece con la frente inclinada.)

Tras un momento de silencio, HILARIÓN sigue hablando:)

La palabra de Dios, ¿no es cierto?, nos es confirmada a través de los milagros. Sin embargo, los hechiceros del Faraón los hacen; otros impostores pueden también hacerlos; nos engañamos. ¿Qué es entonces un milagro? Un acontecimiento que nos parece fuera de la naturaleza. ¿Pero conocemos toda su fuerza? Y una cosa que ordinariamente no nos extraña, ¿quiere decir que la comprendemos?

ANTONIO.—¡No importa!, ¡hay que creer en la Escritura!

HILARIÓN.—San Pablo, Orígenes^[52] y muchos otros no la entendían literalmente; pero si se explica por medio de alegorías, se convierte en provecho de unos pocos y la evidencia de la verdad desaparece. ¿Qué hacer?

ANTONIO.—¡Remitirse a la Iglesia!

HILARIÓN.—¿Entonces la Escritura es inútil?

ANTONIO.—¡En absoluto!, aunque el Antiguo Testamento, lo reconozco, tenga... ciertas oscuridades... El Nuevo resplandece con una luz pura.

HILARIÓN.—Sin embargo, el ángel anunciador, en Mateo se aparece a José, mientras que, en Lucas, a María. La unción de Jesús por una mujer ocurre, según el primer Evangelio, al comienzo de su vida pública, y, según los otros tres, pocos días antes de su muerte. El brebaje que le ofrecen en la cruz, es, en Mateo, de vinagre y hiel, en Marcos, de vino y mirra. Según Lucas y Mateo, los apóstoles no deben llevar dinero ni bolsa, ni siquiera sandalias y báculo; en Marcos, al contrario, Jesús sólo les permite llevar sandalias y báculo. ¡Yo me pierdo!

ANTONIO.—

(Como embobado:)

En efecto..., en efecto...

HILARIÓN.—Al contacto de la hemorroisa, Jesús se volvió diciendo: «¿Quién me ha tocado?» ¿Acaso no sabía quién le tocaba? Eso contradice la omnisciencia de Jesús. Si la tumba estaba vigilada por guardianes, las mujeres podían contar con su

ayuda para levantar la piedra de la tumba. Pero no había guardianes o bien las santas mujeres no estaban allí. En Emaús, come con sus discípulos y les hace tocar sus llagas. Es un cuerpo humano, un objeto material, ponderable, y, sin embargo, que atraviesa las murallas. ¿Cómo es posible?

ANTONIO.—¡Necesitaría mucho tiempo para contestarte!

HILARIÓN.—¿Por qué recibió al Espíritu Santo siendo el Hijo? ¡Qué necesidad tenía de bautismo, si era el Verbo? ¿Cómo podía tentarle el Diablo a él, que era Dios? ¿Es que nunca has tenido estos pensamientos?

ANTONIO.—¡Sí!..., ¡a menudo! Adormecidos o vehementes, siempre están en mi conciencia. Los destruyo, renacen, me ahogan; y a veces creo que estoy maldito.

HILARIÓN.—¿Entonces te basta con servir a Dios?

ANTONIO.—¡Siempre necesito adorarlo!

(Después de un largo silencio,)

HILARIÓN.—

(continúa:)

Pero fuera del dogma, toda libertad de búsqueda nos está permitida. ¿Deseas conocer la jerarquía de los ángeles, la virtud de los Números, la razón de los gérmenes y de las metamorfosis?

ANTONIO.—¡Sí!, ¡sí!, mi pensamiento se debate por salir de su prisión. Me parece que si reúno fuerzas lo conseguiré. Algunas veces, mientras dura un relámpago, me encuentro como suspendido; ¡luego vuelvo a caer!

HILARIÓN.—El secreto que quisieras poseer lo guardan unos sabios. Viven en un país lejano, sentados bajo árboles gigantescos, vestidos de blanco y tranquilos como dioses. Un aire caliente les alimenta. A su alrededor los leopardos caminan por el césped. El murmullo de las fuentes y el relincho de los unicornios se mezclan con sus voces. Los escucharás: ¡y el rostro del Desconocido se descubrirá!

ANTONIO.—

(Suspirando:)

¡El camino es largo, y soy viejo!

HILARIÓN.—¡Oh! ¡Oh!, ¡los hombres sabios abundan! ¡Están incluso muy cerca de ti!; ¡aquí! ¡Entremos!

IV

(Y ANTONIO ve ante él una basílica inmensa.

La luz se proyecta desde el fondo, maravillosa como si fuera un sol multicolor. Ilumina las innumerables cabezas de la multitud que llena la nave y refluye entre las columnas, hacia las naves laterales, donde se distinguen, en compartimientos de madera, altares, lechos, engarces de piedras azules y constelaciones pintadas en las paredes.

En medio de la muchedumbre, algunos grupos, aquí y allá, se detienen. Unos hombres, de pie sobre escabeles, arengan, con el dedo levantado; otros rezan, con los brazos en cruz, están tumbados en el suelo, cantan himnos o beben vino; en torno a una mesa, los fieles celebran el ágape; los mártires descubren sus miembros para enseñar sus heridas; los viejos, apoyados en báculos, cuentan sus viajes.

Los hay del país de los Germanos, de la Tracia y de las Galias, de Escitia y de las Indias, con nieve en la barba, plumas en el cabello, espinas en los flecos de su vestido, las sandalias negras de polvo, la piel quemada por el sol. Todos los trajes se confunden, los mantos de púrpura y los hábitos de lino, las dalmáticas bordadas, los sayos de piel, los gorros de los marinos, las mitras de los obispos. Sus ojos fulguran extraordinariamente. Tienen aspecto de verdugos o de eunucos.

HILARIÓN se acerca a ellos. Todos le saludan. ANTONIO, pegado a él, les observa. Descubre muchas mujeres. Algunas están vestidas como hombres, con el pelo rapado; tiene miedo.)

HILARIÓN.—Son cristianas que han convertido a sus maridos. Las mujeres siempre son partidarias de Jesús, incluso las idólatras, como Prócula, la esposa de Pilatos^[53], y Popea, la concubina de Nerón^[54]. ¡No tiembles!, ¡avanza!

(Y llegan otros, continuamente.

Se multiplican, se despliegan, ligeros como sombras, formando un gran clamor en el que se mezclan alaridos de delirio, gritos de amor, cánticos y reproches.)

ANTONIO.—

(En voz baja:)

¿Qué quieren?

HILARIÓN.—El Señor ha dicho: «Todavía tengo que hablaros de muchas cosas». Ellos poseen esas cosas.

(Y le empuja hacia un trono de oro con cinco peldaños donde, rodeado de noventa y cinco discípulos, embadurnados de aceite, delgados y muy pálidos, está sentado el profeta MANES —bello como un arcángel, inmóvil como una estatua, lleva un traje de tela indiana, carbúnculos en sus cabellos trenzados, en su mano izquierda un libro con imágenes pintadas, y bajo su derecha un globo—. Las imágenes

representan las criaturas que languidecían en el caos. ANTONIO se inclina para verlas. Luego,)

MANES.—

(hace girar su globo; y acompañando sus palabras con una lira de la que se escapan sonidos cristalinos:)

La tierra celestial está en el extremo superior, la tierra mortal en el extremo inferior. Está sostenida por dos ángeles, el Splenditenens y el Omóforo de seis caras^[55].

En la cima más alta del cielo está la Divinidad impasible; debajo, frente a frente, están el Hijo de Dios y el Príncipe de las Tinieblas.

Como las tinieblas avanzaban hacia su reino, Dios sacó de su esencia una virtud que produjo al primer hombre; y le rodeó de los cinco elementos. Pero los demonios de las tinieblas le quitaron una parte, y esa parte es el alma.

Sólo hay un alma, universalmente esparcida, como el agua de un río dividido en varios brazos. Es ella la que suspira en el viento, chirría cuando sierran el mármol, grita con la voz del mar; y llora lágrimas de leche cuando arrancan las hojas de la higuera.

Las almas que salen de este mundo emigran hacia los astros, que son seres animados.

ANTONIO —

(Se echa a reír.)

¡Ja!, ¡ja!, ¡qué absurda imaginación!

UN HOMBRE.—

(Sin barba y de apariencia austera:)

¿En qué?

(ANTONIO va a contestar. Pero HILARIÓN le dice en voz baja que ese hombre es el inmenso Orígenes; y)

MANES.—

(continúa:)

Primero se detienen en la luna, donde se purifican.

Después suben al sol.

ANTONIO.—

(lentamente:)

No conozco nada... que nos impida... creerlo.

MANES.—El fin de toda criatura es la liberación del rayo celeste encerrado en la materia. Se escapa más fácilmente por los perfumes, las especias, el aroma del vino cocido, las cosas ligeras que parecen pensamientos. Pero los actos de la vida lo retienen. El asesino renacerá en el cuerpo de un ciervo, el que mata a un animal se convertirá en ese animal; si plantas una viña, serás enlazado por sus ramas. La alimentación absorbe. ¡Privaos de ella!, ¡ayunad!

HILARIÓN.—¡Son sobrios, como ves!

MANES.—Hay mucho en las carnes, menos en las hierbas. Además los puros, gracias a sus méritos, despojan a los vegetales de esa parte luminosa y la hacen volver a su fuego. Los animales, a través de la generación, la aprisionan en la carne. ¡Huid, pues, de las mujeres!

HILARIÓN.—¡Admira su castidad!

MANES.—O más bien, haced lo posible para que no sean fecundas. ¡Es mejor para el alma caer en la tierra que languidecer en trabas carnales!

ANTONIO.—¡Qué abominación!

HILARIÓN.—¿Qué importa la jerarquía de las ignominias? ¡La Iglesia ha hecho un sacramento del matrimonio! Saturnino^[56].—

(en traje de Siria:)

¡Propaga un orden de cosas funestas! El Padre, para castigar a los ángeles rebeldes, les ordenó crear el mundo. Cristo ha venido, con el fin de que el Dios de los Judíos, que era uno de esos ángeles...

ANTONIO.—¿Un ángel?, ¡Él!, ¡el Creador!

CERDÓN^[57].—¿No quiso matar a Moisés, engañar a sus profetas, no ha corrompido a los pueblos, extendido la mentira y la idolatría?

MARCIÓN^[58].—¡Ciertamente, el Creador no es el verdadero Dios!

SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.—¡La materia es eterna!

BARDESANES^[59].—

(vestido de mago de Babilonia.)

Fue formada por los Siete Espíritus planetarios.

Los HERMIANOS^[60].—¡Los ángeles han hecho las almas!

LOS PRISCILIANISTAS^[61].—¡Fue el Diablo quien hizo el mundo!

ANTONIO.—

(se echa hacia atrás:)

¡Horror!

HILARIÓN—

(sosteniéndole:)

¡Te desesperas demasiado deprisa!, ¡no comprendes su doctrina! Aquí hay uno que recibió la suya de Teodas^[62], el amigo de san Pablo. ¡Escúchale!

(Y, a una señal de HILARIÓN,)

VALENTÍN^[63].—

(con túnica de tela de plata, la voz silbante y el cráneo puntiagudo:)

El mundo es la obra de un Dios delirante.

ANTONIO.—

(baja la cabeza.)

¡La obra dé un Dios delirante!...

(Después de un largo silencio:)

¿Cómo es eso?

VALENTÍN.—El más perfecto de los seres, de los Eones^[64], el Abismo, reposaba en el seno de la Profundidad junto al Pensamiento. De su unión nació la Inteligencia, que tuvo por compañía a la Verdad.

La Inteligencia y la Verdad engendraron el Verbo y la Vida, quienes, a su vez, engendraron al Hombre y la Iglesia; ¡y eso hace ocho Eones!

(Cuenta con los dedos.)

El Verbo y la Verdad produjeron otros diez Eones, es decir, cinco parejas. El Hombre y la Iglesia habían producido otros doce, entre ellos el Paráclito y la Fe, la Esperanza y la Caridad, la Perfección y la Sabiduría, Sofía. El conjunto de los treinta Eones constituye el Pleroma, o Universalidad de Dios. De esa forma, como los ecos de una voz que se aleja, como los efluvios de un perfume que se evapora, como los reflejos del sol que se pone, las Potencias emanadas del Príncipe van siempre debilitándose. Pero Sofía, deseosa de conocer al Padre, se lanzó fuera del Pleroma y el Verbo formó entonces otra pareja, Cristo y el Espíritu Santo, que había unido entre sí a todos los Eones; y todos juntos formaron a Jesús, la flor del Pleroma.

Sin embargo, el esfuerzo de Sofía por huir había dejado en el vacío una imagen suya, una sustancia mala, Acharamoth^[65]. El Salvador tuvo piedad de ella, la liberó de las pasiones; y de la sonrisa liberada de Acharamoth nació la luz; sus lágrimas formaron las aguas, su tristeza engendró la materia negra.

De Acharamoth salió el Demiurgo, forjador de los mundos, de los cielos y del Diablo. Vive mucho más abajo que el Pleroma, sin ni siquiera saberlo, de tal forma que se cree el verdadero Dios, y repite por boca de sus profetas: «¡No hay otro Dios que yo!». Luego hizo al hombre, y le puso en el alma la simiente inmaterial, que era la Iglesia, reflejo de la otra Iglesia situada en el Pleroma.

Acharamoth, un día, cuando llegue a la región más alta, se reunirá con el Salvador; ¡el fuego escondido en el mundo aniquilará la materia, se devorará a sí mismo, y los hombres, convertidos en espíritus puros, se casarán con los ángeles!

ORÍGENES.—¡Entonces el Demonio será vencido, y empezará el reino de Dios!

(ANTONIO reprime un grito; y en seguida,)

BASÍLIDES.—

(cogiéndole por el codo:)

El Ser supremo con las emanaciones infinitas se llama Abraxas, y el Salvador con todas sus virtudes Kaulakau^[66], dicho de otro modo, línea-sobre-línea, rectitud-sobre-rectitud.

Se obtiene la fuerza de Kaulakau con la ayuda de ciertas palabras, inscritas en esta calcedonia para facilitar la memoria.

(Y muestra en su cuello una piedrecita donde están grabadas líneas extrañas.)

¡Entonces serás transportado a lo Invisible; y superior a la ley, lo despreciarás

todo, incluso la virtud!

Nosotros, los Puros, debemos huir del dolor, siguiendo el ejemplo de Kaulakau.

ANTONIO.—¡Cómo!, ¿y la cruz?

LOS ELKESAÍSTAS —

(en traje de jacinto, le contestan:)

¡La tristeza, la bajeza, la condenación y la opresión de mis padres han desaparecido, gracias a la misión que ha llegado!

Se puede renegar del Cristo inferior, del hombre-Jesús; pero hay que adorar al otro Cristo, nacido bajo el ala de la Paloma.

¡Honrad el matrimonio! ¡El Espíritu Santo es femenino!

(HILARIÓN ha desaparecido; y ANTONIO, empujado por la multitud, llega ante)

LOS CARPOCRATIANOS^[67]

(tumbados junto a sus mujeres sobre cojines de escarlata:)

Antes de entrar en lo Único, pasarás por una serie de condiciones y de acciones. ¡Para salvarte de las tinieblas, realiza, desde ahora, sus obras! El esposo va a decir a la esposa: «Compadécete de tu hermano», y ella te besará.

LOS NICOLAÍSTAS^[68]

(reunidos en torno a un manjar humeante:)

Es la carne que se ofrece a los ídolos; ¡cógela! La apostasía está permitida cuando el corazón es puro. Sacia tu carne de lo que te pida. ¡Trata de exterminarla a fuerza de orgías! Prunikos^[69], la madre del cielo, se revolcó en la ignominia.

LOS MARCOSITAS^[70].—

(con anillos de oro y embadurnados de bálsamo:)

¡Entra en nuestra casa para unirse al Espíritu! ¡Entra en nuestra casa para beber la inmortalidad!

(Y uno de ellos le enseña, tras un tapiz, el cuerpo de un hombre con cabeza de asno. Representa a Sabaoth, padre del Diablo. Como señal de odio, le escupe.

Otro descubre una cama muy baja, con flores esparcidas, diciendo que)

Las bodas espirituales van a cumplirse.

(Un tercero tiene una copa de cristal, en ella hace una invocación; aparece sangre:)

¡Ah, miradla, miradla!, ¡aquí está!, ¡la sangre de Cristo!

(ANTONIO se aleja. Pero es salpicado por el agua que salta de una cuba.)

LOS HELVIDIANOS^[71].—

(bajan la cabeza, murmurando:)

¡El hombre regenerado por el bautismo no puede pecar!

(Luego pasa junto a un gran fuego, donde se calientan los adamitas^[72], completamente desnudos para imitar la pureza del paraíso; y se tropieza con)

LOS MESALIANOS^[73].—

(revolcándose en las losas, medio dormidos, estúpidos:)

¡Oh!, ¡aplástanos si quieres, no nos moveremos! ¡El trabajo es un pecado, cualquier ocupación es mala!

(Detrás de ellos, los abyectos)

PATERNIANOS^[74].—

(Hombres, mujeres y niños, en desorden sobre un montón de basura, levantan sus caras monstruosas chorreando vino:)

Las partes inferiores del cuerpo que ha hecho el Diablo le pertenecen. ¡Bebamos, comamos, forniquemos!

AECIO.—¡Los crímenes nacen de la necesidad a los ojos de Dios!

(Pero de pronto)

UN HOMBRE.—

(con manto cartaginés aparece entre ellos, con un látigo en la mano; y azotándolo al azar de derecha a izquierda, violentamente:)

¡Ah!, ¡impostores, bandidos, simoniacos, herejes y demonios!, ¡miseria de las escuelas, escoria del infierno! ¡Éste, Marción, es un marino de Sinope excomulgado por incesto; desterraron a Carpócrates por mago; Aecio robó a su concubina, Nicolás prostituyó a su mujer; y Manes, que se hace llamar el Buda y que se llama Cubricus, fue desollado vivo con la punta de una caña, aunque su piel curtida se balancea a las puertas de Ctesifonte!

ANTONIO.—

(ha reconocido a Tertuliano, y avanza para reunirse con él:)

¡Maestro!, ¡a mí!, ¡a mí!

TERTULIANO^[75].—

(continuando:)

¡Destruid las imágenes!, ¡cubrid las vírgenes! ¡Rezad, ayunad, llorad, mortificaos! ¡Sin filosofía!, ¡sin libros!, ¡después de Jesús, la ciencia es inútil!

(Todos han huido; y ANTONIO ve, en el sitio de Tertuliano, a una mujer sentada en un banco de piedra.

Está sollozando, con la cabeza apoyada contra una columna, los cabellos lacios, el cuerpo abatido en una larga túnica negra.

Luego, se encuentran uno junto a otro, lejos de la multitud; y se ha hecho un silencio, una calma extraordinaria, como en los bosques, cuando el viento se detiene y las hojas, de pronto, dejan de moverse.

La mujer es muy bella, aunque está como ajada y posee una palidez de sepulcro. Se miran; y sus ojos se envían como una oleada de pensamientos, mil cosas antiguas, confusas y profundas. Por fin,)

PRISCILA^[76].—

(empieza a decir:)

Yo estaba en la última sala de baños, y me dormí con el murmullo de las calles.

De pronto oí clamores. Gritaban: «¡Es un mago!, ¡es el Diablo!» Y la

muchedumbre se detuvo ante nuestra casa, frente al templo de Esculapio. Me alcé apoyándome en las muñecas hasta la altura del tragaluz.

En el peristilo del templo, había un hombre que llevaba una argolla en el cuello. Cogía carbones de un brasero, y se los pasaba por el pecho, llamando «¡Jesús, Jesús!» El pueblo decía: «¡Eso no está permitido!, ¡apedreémosle!» Él continuaba. Eran cosas inauditas, que sobrepasaban. Flores grandes como el sol daban vueltas ante mis ojos, y oía en los espacios vibrar un arpa de oro. El día cayó. Mis brazos soltaron los barrotos, mi cuerpo se desvaneció, y cuando me hubo llevado a su casa...

ANTONIO.—¿De quién hablas?

PRISCILA.—¡De Montano!

ANTONIO.—Montano ha muerto.

PRISCILA.—¡No es verdad!

UNA VOZ.—¡No, Montano no ha muerto!

(Antonio se vuelve; y junto a él, al otro lado, en el banco, está sentada una segunda mujer, ésta es rubia, y todavía más pálida, con los párpados hinchados como si hubiera llorado mucho. Sin que él la interroque, ella dice:)

MAXIMILA^[77].—Volvíamos de Tarso por las montañas, cuando en una vuelta del camino vimos a un hombre bajo una higuera.

Gritó: «¡Deteneos!», y se precipitó hacia nosotros injuriándonos. Acudieron los esclavos. Él se echó a reír. Los caballos se encabritaron. Los molosos ladraban.

Estaba de pie. El sudor corría por su cara. El viento hacía crujir su manto.

Llamándonos por nuestros nombres, nos reprochaba la vanidad de nuestras obras, la infamia de nuestros cuerpos; y levantaba el puño hacia los dromedarios, a causa de las campanillas de plata que llevan bajo la quijada.

Su furor hizo que el espanto se me fijara en las entrañas; sin embargo, una voluptuosidad me mecía, me embriagaba.

Al principio, los esclavos se acercaron. «Maestro —dijeron—, nuestras bestias están cansadas»; luego se acercaron las mujeres: «Tenemos miedo», y los esclavos se fueron. Los niños se echaron a llorar: «¡Tenemos hambre!» Y como no había contestado a las mujeres, desaparecieron.

Hablaba. Yo sentí a alguien cerca de mí. Era el esposo; yo escuchaba al otro. Se arrastró entre las piedras gritando: «¿Me abandonas?», y yo contesté: «Sí, vete», para poder acompañar a Montano.

ANTONIO.—¡Un eunuco!

PRISCILA.—¡Ah!, ¡te sorprende, grosero corazón! Sin embargo, Magdalena, Juana, Marta y Susana no se introducían en el lecho del Salvador. Las almas, mejor que los cuerpos, pueden abrazarse con delirio. Para conservar impunemente a Eustolia, el obispo Leoncio^[78] se mutiló, porque amaba más su amor que su virilidad. Y además, no es culpa mía; me encadena un espíritu; Sotas^[79] no ha podido curarme. ¡Sin embargo, es cruel! ¡Qué importa! Soy la última de las profetisas; y después de mí,

llegará el fin del mundo.

MAXIMILA.—Me ha colmado de dones. ¡Además, ninguna le ama tanto, ni es tan amada!

PRISCILA.—¡Mientes!, ¡soy yo!

MAXIMILA.—¡No, soy yo!

(Se pelean.

Entre sus hombros aparece la cabeza de un negro.)

MONTANO.—

(Cubierto de un manto negro, atado con dos huesos de muerto:)

¡Apaciguaos, palomas mías! Incapaces de felicidad terrestre, estamos por esta unión en la plenitud espiritual. Después de la edad del Padre, la edad del Hijo; y yo inauguro la tercera, la del Paráclito. Su luz me ha llegado durante las cuarenta noches que la Jerusalén celestial brilló en el firmamento, sobre mi casa, en Pepuza^[80].

¡Ah!, ¡cómo gritáis de angustia cuando las correas os flagelan!, ¡cómo vuestros miembros doloridos se ofrecen a mis ardores!, ¡cómo languidecéis sobre mi pecho, por un irrealizable amor! Es tan fuerte que os ha descubierto mundos, y ahora podéis ver las almas con vuestros ojos.

(ANTONIO hace un gesto de sorpresa.)

TERTULIANO.—

(que ha vuelto junto a MONTANO:)

Sin duda, puesto que el alma tiene un cuerpo, lo que no tiene cuerpo no existe.

MONTANO.—Para hacerla más sutil, he instituido numerosas mortificaciones, tres cuaresmas al año, y cada noche oraciones con la boca cerrada, por temor a que el aliento al salir empañe el pensamiento. ¡Es preciso abstenerse de segundas nupcias, o más bien de todo matrimonio! Los ángeles pecaron con las mujeres.

LOS ARCÓNTICOS^[81].—

(con cilicios de crines:)

El Salvador ha dicho: «He venido a destruir la obra de la Mujer».

LOS TATIANIANOS^[82].—

(con cilicios de juncos:)

¡Es ella el árbol del mal! Los vestidos de piel son nuestro cuerpo.

(Y, avanzando siempre por el mismo lado, ANTONIO encuentra a)

LOS VALESIANOS.—

(tumbados en el suelo, con manchas rojas en el vientre, bajo su túnica. Le enseñan un cuchillo.)

¡Haz como Orígenes y como nosotros! ¿Es el dolor lo que temes, cobarde? ¿Es el amor de tu carne lo que te retiene, hipócrita?

(Y, mientras les ve debatirse, tendidos de espaldas en los mares de su propia sangre,)

LOS CAINITAS^[83].—

(con los cabellos enlazados por una víbora, pasan junto a él vociferándole al oído:)

¡Gloria a Caín!, ¡gloria a Sodoma!, ¡gloria a Judas! Caín hizo la raza de los fuertes. Sodoma atemorizó a la tierra con su castigo; ¡y a través de Judas Dios salvó al mundo! ¡Sí, Judas!, ¡sin él no hubiera habido ni muerte ni redención!

(Desaparecen bajo la horda de

LOS CIRCONCELIONES^[84].—

(vestidos con pieles de lobo, coronados de espinas y con mazas de hierro:)

¡Triturad el fruto!, ¡enturbiad las fuentes!, ¡ahogad al niño! ¡Robad al rico que se siente feliz, que come mucho! Maltratad al pobre que envidia la gualdrapa del asno, la comida del perro, el nido del pájaro, y que se desespera porque los demás no son tan miserables como él.

¡Nosotros, los Santos, para adelantar el fin del mundo, envenenamos, quemamos, masacramos! La salvación sólo está en el martirio. Nosotros nos damos el martirio. ¡Levantamos con tenazas la piel de nuestras cabezas, exponemos nuestros miembros a los carros, nos lanzamos a la boca de los hornos!

¡Infame bautismo!, ¡infame eucaristía!, ¡infame matrimonio!, ¡condenación universal!

(Entonces, en toda la basílica, hay un recrudecimiento del furor.

Los audianos^[85] tiran flechas contra el Diablo; los coliridianos^[86] lanzan al techo velos azules; los ascitas^[87] se prosternan ante un odre; los marcionistas bautizan a un muerto con aceite. Cerca de Apeles^[88], una mujer, para explicar mejor su idea, enseña un pan redondo en una botella; otra, en medio de los sampseanos^[89], distribuye como una hostia el polvo de sus sandalias. En el lecho de los marcosianos cubierto de rosas, dos amantes se abrazan. Los circonceliones se degüellan unos a otros, los valesianos agonizan, Bardesanes canta, Carpócrates baila, Maximila y Priscila emiten sonoros gemidos; y la falsa profetisa de Capadocia^[90], completamente desnuda, apoyada en un león y moviendo tres antorchas, grita la Invocación Terrible.

Las columnas se balancean como troncos de árboles, los amuletos en los cuellos de los heresiarcas entrecruzan líneas de fuego, las constelaciones se agitan en las capillas, y los muros retroceden por el vaivén de la multitud, en la que cada cabeza es una ola que salta y ruge.

Sin embargo, desde el fondo del clamor, se eleva una canción mezclada con carcajadas, y aparece el nombre de Jesús.

Es gente de la plebe, todos aplaudiendo para indicar la cadencia. En medio de ellos está)

ARRIO.—

(con hábito de diácono.)

Los locos que claman contra mí pretenden explicar el absurdo; y para perderles

completamente, he compuesto unos poemas breves tan graciosos, que los saben de memoria en los molinos, las tabernas y los puertos.

¡Mil veces no!, ¡el Hijo no es eterno como el Padre, ni de la misma sustancia! De otra forma no hubiera dicho: «¡Padre, aparta de mí este cáliz! ¿Por qué me llamáis bueno? ¡Sólo Dios es bueno! ¡Voy a mi Dios, a vuestro Dios!» y otras palabras que atestiguan su calidad de criatura. Lo demuestran, además, todos sus nombres: ¡cordero, pastor, fuente, sabiduría, hijo del hombre, profeta, buen camino, piedra angular!

SABELIO^[91].—Yo sostengo que ambos son idénticos.

ARRIO.—El concilio de Antioquía^[92] ha decidido lo contrario.

ANTONIO.—¿Qué es entonces el Verbo?... ¡Quién era Jussé?

LOS VALENTINIANOS.—¡Era el esposo de Acharamoth cuando se arrepintió!

LOS SETIANOS^[93].—¡Era Sem, el hijo de Noé!

LOS TEODOSIANOS^[94].—¡Era Melquisedec!

LOS MERINTIANOS^[95].—¡Sólo era un hombre!

LOS APOLINARISTAS^[96].—¡Tomó su apariencia!, simuló la Pasión.

MARCELO DE ANCIRA^[97].—¡Es un despliegue del Padre!

EL PAPA CALIXTO^[98].—¡Padre e Hijo son las dos formas de un solo Dios!

METODIO^[99].—Estuvo primero en Adán, luego en el hombre.

CERINTO.—¡Y resucitará!

VALENTÍN.—¡Imposible, su cuerpo es celestial!

PABLO DE SAMOSATA.—¡Sólo es Dios desde su bautismo!

HERMÓGENES^[100].—¡Vive en el sol!

(Y todos los heresiarcas forman un círculo alrededor de ANTONIO, que llora, con la cabeza entre las manos.)

UN JUDÍO.—

(de barba roja, y la piel cubierta de lepra, se acerca mucho a él, y riendo espantosamente:)

¡Su alma era el alma de Esaú! Sufría de la enfermedad belerofontiana^[101]; y su madre, la perfumista, se entregó a Pantero, un soldado romano, sobre haces de maíz, en una tarde de cosecha.

ANTONIO.—

(vivamente, levanta la cabeza, les mira sin hablar; luego, abriéndose paso entre ellos:)

Doctores, magos, obispos y diáconos, hombres y fantasmas, ¡atrás!, ¡atrás! ¡Sois unos mentirosos!

LOS HERESIARCAS.—Tenemos mártires más mártires que los tuyos, oraciones más difíciles, impulsos de amor superiores, éxtasis tan largos como los tuyos.

ANTONIO.—¡Pero sin revelación!, ¡sin pruebas!

(Entonces todos empiezan a enarbolar rollos de papiro, tablillas de madera, trozos de cuero, bandas de tela; y empujándose unos a otros:)

LOS CERINTIANOS.—¡Éste es el Evangelio de los hebreos!

LOS MARCIONISTAS.—¡El Evangelio del Señor!

LOS MARCOSITAS.—¡El Evangelio de Eva!

LOS ENCRATITAS^[102].—¡El Evangelio de Tomás!

LOS CAINITAS.—¡El Evangelio de Judas!

BASÍLIDES.—¡El tratado del alma advenida!

MANES.—¡La profecía de Barcouf^[103]!

(ANTONIO se defiende, se escapa; y descubre en un rincón sombrío a)

LOS VIEJOS EBIONITAS^[104].—

(disecados como momias, la mirada apagada, las cejas blancas.

Dicen, con voz temblorosa:)

¡Nosotros le conocimos, nosotros, nosotros conocimos al hijo del carpintero! Eramos de su edad, vivíamos en su calle. Se divertía modelando pajaritos de barro, ayudaba a su padre en su trabajo, o hacía para su madre ovillos de lana teñida. Luego, hizo un viaje a Egipto, de donde trajo grandes secretos. Estábamos en Jericó, cuando fue a buscar al que se alimentaba de langostas. Hablaron en voz baja sin que nadie pudiera oírles. Pero fue a partir de ese momento cuando empezó a ser conocido en Galilea y cuando contaron de él muchas fábulas.

(Repiten, temblando:)

¡Nosotros le conocimos, nosotros!, ¡nosotros le conocimos!

ANTONIO.—¡Ah!, ¡hablad más!, ¡hablad! ¿Cómo era su cara?

TERTULIANO.—De aspecto huraño y repugnante; porque había cargado con todos los crímenes, todos los dolores y todas las deformidades del mundo.

ANTONIO.—¡Oh!, ¡no!, ¡no! Yo me imagino, por el contrario, que toda su persona tenía una belleza sobrehumana.

EUSEBIO DE CESAREA^[105].—Existe en Paneades^[106], contra una vieja casucha, en un montón de hierbas, una estatua de piedra, erigida, según dicen, por la hemorroisa. Pero el tiempo le ha desgastado el rostro, y las lluvias han borrado la inscripción.

(Una mujer sale del grupo de los carpocratianos.)

MARCELINA^[107].—Antaño, yo era diaconisa en Roma en una pequeña iglesia, donde enseñaba a los fieles las imágenes de plata de san Pablo, de Homero, de Pitágoras y de Jesucristo.

Sólo conservé la suya.

(Entreabre su manto.)

¿La quieres?

UNA VOZ.—¡Aparece cuando le llamamos!, ¡es la hora! ¡Ven!

(Y ANTONIO siente en su brazo una mano brutal, que le arrastra.)

(Sube por una escalera completamente oscura; y después de muchos escalones, llega ante una puerta. Entonces, el que le lleva —¿es Hilarión?, no lo sabe— dice al oído de otro: «El Señor va a venir» —y son introducidos en una habitación, baja de techo, sin muebles.

Lo que le sorprende al principio, es que frente a él hay una larga crisálida color de sangre, con una cabeza de hombre que despide rayos, y la palabra «Knouphis» escrita en griego a su alrededor. Está colocada en una caña de columna en medio de un pedestal. En las demás paredes de la habitación, medallones de hierro pulido representan cabezas de animales: de buey, de león, de águila, de perro, y la cabeza de asno, ¡como siempre!

Las lámparas de arcilla, suspendidas en la parte inferior de las imágenes, proyectan una luz vacilante. ANTONIO, por un agujero de la muralla, distingue la luna que brilla a lo lejos sobre las olas, e incluso advierte su pequeño chapoteo regular, y el ruido sordo de una carena de barco que golpea contra las piedras de un muelle.

Unos hombres acurrucados, con la cara bajo sus mantos, lanzan, a intervalos, como un grito ahogado. Algunas mujeres dormitan, con la frente sobre ambos brazos que sostienen las rodillas, tan perdidas en sus velos que parecen montones de ropa a lo largo de la pared. Junto a ellas, niños medio desnudos, devorados por los piojos, miran como atontados cómo arden las lámparas —y nadie hace nada; esperan algo.

Hablan en voz baja de sus familias o se comunican remedios para sus enfermedades. Muchos van a embarcarse al amanecer, porque la persecución se ha hecho muy fuerte. Sin embargo, los paganos son fáciles de engañar. «¡Los muy necios creen que adoramos a Knouphis!»

Pero uno de los hermanos, súbitamente inspirado, se sitúa ante la columna, donde han puesto un pan sobre una cesta llena de plantas aromáticas y de aristoloquias.

Los otros han ocupado sus sitios, formando de pie tres líneas paralelas.)

EL INSPIRADO.—

(desenrolla un cartel lleno de cilindros entremezclados, luego empieza:)

En las tinieblas, el rayo del Verbo descendió y se escapó un grito violento, que parecía la voz de la luz.

TODOS.—

(contestan, balanceando sus cuerpos:)

¡Kyrie eleison!

EL INSPIRADO.—El hombre, a continuación, fue creado por el infame Dios de Israel, con la ayuda de éstos:

(señalando los medallones:)

¡Astofaios, Oraios, Sabaoth, Adonai, Elohim, Iao^[108]!

Y le arrojó al fango, horrendo, débil, deforme, sin pensamiento.

TODOS.—

(en tono plañidero:)

¡Kyrie eleison!

EL INSPIRADO.—Pero Sofía^[109], compasiva, le vivificó con una partícula de su alma.

Entonces, viendo al hombre tan bello, Dios montó en cólera. Le encerró en su reino, prohibiéndole el árbol de la ciencia.

¡La otra, una vez más, le socorrió! Envió a la serpiente, quien, con muchos rodeos, le hizo desobedecer esa ley de odio.

Y el hombre, cuando adquirió la ciencia, comprendió las cosas celestiales.

TODOS.—

(con fuerza)

¡Kyrie eleison!

EL INSPIRADO.—¡Pero Iabdalaoth^[110], para vengarse, precipitó al hombre en la materia, y a la serpiente con él!

TODOS.—

(muy bajo)

¡Kyrie eleison!

(Cierran la boca, se callan.)

Los olores del puerto se mezclan en el aire caliente con el humo de las lámparas. Las mechas, que crepitan, parece que van a apagarse; los mosquitos revolotean. Y ANTONIO desfallece de angustia; es como el sentimiento de una monstruosidad que flota a su alrededor, el horror de un crimen a punto de cumplirse.

Pero)

EL INSPIRADO.—

(golpeando con el talón, haciendo crujir los dedos, moviendo la cabeza, salmodia en un ritmo furioso, al son de los címbalos y de una flauta aguda:)

¡Ven!, ¡ven!, ¡ven!, ¡sal de tu caverna!

¡Tan veloz que corres sin pies, tan acaparador que agarras sin manos!

¡Sinuoso como los ríos, orbicular como el sol, negro con manchas de oro, como el firmamento sembrado de estrellas! ¡Parecido a los nudos de la viña y a las circunvoluciones de las entrañas! ¡Inengendrado!, ¡comedor de tierra!, ¡siempre joven!, ¡perspicaz!, ¡honrado por Epidauro! ¡Bueno para los hombres!, ¡que curaste al rey Ptolomeo, a los soldados de Moisés y a Glauco, hijo de Minos!

¡Ven!, ¡ven!, ¡ven!, ¡sal de tu caverna!

TODOS.—

(repiten:)

¡Ven!, ¡ven!, ¡ven!, ¡sal de tu caverna!

(Sin embargo, nadie aparece.)

¿Por qué?, ¿qué le pasa?

(Buscan un acuerdo, proponen algún medio.)

Un viejo ofrece un montón de hierba. Entonces todo se conmueve dentro de la cesta. La hierba se agita, las flores caen, y aparece la cabeza de una pitón.

Pasa lentamente por el borde del pan, como un círculo que diera vueltas en torno a un disco inmóvil, luego se despliega, se extiende; es enorme y de un peso considerable. Para impedir que roce la tierra, los hombres la aprietan contra su pecho, las mujeres se la ponen en la cabeza, los niños la sujetan con los brazos; y su cola, que sale por el agujero de la muralla, se va indefinidamente hasta el fondo del mar. Sus anillos se estiran, llenan la habitación; encierran a ANTONIO).

LOS FIELES.—

(poniendo la boca contra su piel, se disputan el pan que ha mordido.)

¡Eres tú!, ¡eres tú!

Alzada primero por Moisés, quebrantada por Ezequías^[111], restablecida por el Mesías. Te bebió en las ondas del bautismo; pero tú le abandonaste en el huerto de los Olivos, y entonces sintió toda su debilidad.

Enroscado en la madera de la cruz, y más alto que su cabeza, babeando sobre la corona de espinas, le viste morir. Porque tú no eres Jesús, ¡tú eres el Verbo!, ¡tú eres Cristo!

(ANTONIO se desvanece de terror, y cae ante su cabaña sobre la leña, donde arde suavemente la antorcha que ha deslizado de su mano.

La conmoción le hace entreabrir los ojos; y distingue el Nilo, sinuoso y claro bajo la blancura de la luna, como una gran serpiente en medio de las arenas; aunque, como la alucinación le sigue apresando, no ha dejado a los ofitas^[112]; le rodean, le llaman, acarrear equipajes, descienden hacia el puerto. Se embarca con ellos.

Transcurre un tiempo inapreciable.)

(Luego, le rodea la bóveda de una prisión. Los barrotes, ante él, forman líneas negras sobre un fondo azul, y a su lado, en la sombra, hay gentes llorando y rezando, rodeadas de otras que les exhortan y les consuelan.

Fuera, se oye el murmullo de una muchedumbre, y el esplendor de un día de verano.

Voces agudas gritan anunciando sandías, ofreciendo agua, bebidas frías, cojines de hierbas para sentarse. De cuando en cuando, estallan unos aplausos. Oye que andan por encima de su cabeza.

De pronto, suena un largo rugido, fuerte y cavernoso como el ruido del agua en un acueducto.

Y descubre enfrente, tras los barrotes de otra celda, un león que se pasea —luego una línea de sandalias, de piernas desnudas y de franjas de púrpura. Más allá, coronas humanas escalonadas simétricamente van ensanchándose desde la más baja, que rodea la arena, hasta la más alta, donde se alzan mástiles para sostener un velo de jacinto, tendido en el aire, sujeto por cuerdas. Escaleras que se dirigen hacia el

centro cortan, a intervalos iguales, grandes círculos de piedra. Sus gradas desaparecen bajo un pueblo sentado, caballeros, senadores, soldados, plebeyos, vestales y cortesanas, con capuchas de lana, manípulos de seda, túnicas vistosas, con piochas de pedrería, penachos de plumas, manojos de lictores; y todo eso, agitándose, gritando, tumultuoso y furioso, le aturde, como si fuera una enorme cuba hirviendo. En medio de la arena, en un altar, humea un jarro de incienso.

Los que le rodean son cristianos condenados a las fieras. Los hombres llevan el manto rojo de los pontífices de Saturno, las mujeres las cintas de Ceres. Sus amigos se reparten los restos de sus vestidos, los anillos. Para introducirse en la prisión, ha habido, dicen, que dar mucho dinero. ¡Qué importa!, se quedarán hasta el final.

Entre los consoladores, ANTONIO se fija en un hombre calvo, con túnica negra, cuyo rostro ha visto ya en alguna parte; les habla del vacío del mundo y de la felicidad de los elegidos. ANTONIO se siente transportado de amor. Desea tener la ocasión de dar su vida por el Salvador, aunque no sabe si él es uno de los mártires.

Pero, salvo un frigio de largos cabellos, que tiene los brazos en alto, todos parecen tristes. Un viejo solloza en un banco, y un joven sueña, de pie, con la cabeza baja.)

EL VIEJO.—

(no quiso pagar, en la esquina de una plaza, ante una estatua de Minerva; y observa a sus compañeros con una mirada que significa:)

¡Debisteis socorrerme! A veces las comunidades se unen para que las dejen tranquilas. Muchos de entre vosotros incluso han obtenido cartas que declaraban en falso que hicieron sacrificios a los ídolos.

(Pregunta:)

¿No es Pedro de Alejandría el que dijo lo que se debe hacer cuando se ha llegado al límite en los tormentos?

(Luego, hablando para sí:)

¡Ah!, ¡es muy duro a mi edad!, ¡mis enfermedades me han dejado tan débil! ¡Sin embargo, todavía hubiera podido vivir hasta el próximo invierno!

(El recuerdo de su jardín le entenece; y mira hacia el lado del altar.)

EL JOVEN.—

(que interrumpió, violentamente, una fiesta de Apolo, murmura:)

¡Hubiera podido, sin embargo, huir a las montañas!

—Te hubieran cogido los soldados

(dice uno de los hermanos.)

—¡Oh!, hubiera hecho como Cipriano; habría vuelto; y la segunda vez hubiera tenido más fuerza, ¡seguro!

(Luego, piensa en los innumerables días que podría, haber vivido, en todas las alegrías que no podrá conocer; y mira hacia el lado del altar.

Pero)

EL HOMBRE DE LA TÚNICA NEGRA.—

(corre hacia él:)

¡Qué escándalo! ¿Cómo dices eso si eres una víctima elegida? ¡Piensa en las mujeres que te están mirando! Y además, Dios, a veces, hace un milagro. Pionio^[113] paralizó la mano de sus verdugos, la sangre de Policarpo^[114] apagó las llamas de su hoguera.

(Se vuelve hacia el viejo:)

¡Padre, padre!, tienes que edificarnos con tu muerte. Retrasándola, cometerías sin duda una acción mala que estropearía el fruto de las buenas. Además el poder de Dios es infinito. Quizá tu ejemplo convierta al pueblo entero.

(Y en la celda vecina, los leones pasan y vuelven a pasar sin detenerse, con un movimiento continuo, rápido.)

De pronto el más grande mira a ANTONIO, se pone a rugir y un vapor sale de su boca. Las mujeres se aprietan contra los hombres.)

EL CONSOLADOR.—

(va de uno a otro.)

¡Qué diríais, qué dirías tú, si te quemaran con placas de hierro, si los caballos te descuartizaran, si tu cuerpo embadurnado de miel fuera devorado por las moscas! Tendrías la muerte de un cazador sorprendido en un bosque.

(ANTONIO preferiría eso a las horribles bestias feroces; cree sentir sus dientes, sus garras, oír cómo sus huesos se rompen en sus mandíbulas.)

Un beluario entra en el calabozo; los mártires tiemblan.

Sólo uno permanece impasible, el frigio, que rezaba aparte. Ha quemado tres templos; y avanza con los brazos en alto, la boca abierta, la cabeza hacia el cielo, sin ver nada, como un sonámbulo.)

EL CONSOLADOR.—

(grita:)

¡Atrás!, ¡atrás! El espíritu de Montano se apoderará de vosotros.

TODOS.—

(retroceden, vociferando:)

¡Condenación al montañista!

(Le injurian, le escupen, quisieran golpearle.)

Los leones alborotados se muerden la melena. El pueblo aúlla: «¡A las fieras!, ¡a las fieras!»

Los mártires estallan en sollozos y se abrazan. Les ofrecen una copa de vino narcótico. Se la pasan de mano en mano, vivamente.

En la puerta de la celda, otro beluario espera la señal. Se abre; sale un león.

Atraviesa la arena con grandes pasos oblicuos. Tras él, en fila, aparecen más leones, luego un oso, tres panteras, leopardos. Se dispersan como un rebaño en una pradera.

Suena el chasquido de un látigo. Los cristianos vacilan, y, para acabar de una

vez, sus hermanos les empujan. ANTONIO cierra los ojos.)

(Los abre. Pero las tinieblas le envuelven.)

(En seguida se iluminan; y distingue una llanura árida y llena de protuberancias, como las que se ven alrededor de las canteras abandonadas.

Aquí y allá, aparecen arbustos entre las losas a ras del suelo; y unas formas blancas, más indecisas que las nubes, se inclinan sobre ellas.

Llegan otras, suavemente. Unos ojos brillan en la abertura de largos velos. En la indolencia de sus pasos y en los perfumes que exhalan, ANTONIO reconoce a las patricias. Hay hombres también, pero de condición inferior, porque sus caras son a la vez ingenuas y groseras.)

UNA DE ELLAS.—

(respirando profundamente:)

¡Ah!, ¡qué agradable es el aire frío de la noche, en medio de los sepulcros! ¡Estoy tan cansada de la blandura de las camas, del fragor de los días, de la pesadez del sol!

(Su sirvienta saca de una talega una antorcha que enciende. Los fieles encienden más antorchas, y las colocan sobre las tumbas.)

UNA MUJER.—

(anhelante:)

¡Ah!, ¡por fin estoy aquí! ¡Pero qué enojoso es haberse casado con un idólatra!

OTRA.—Las visitas a las prisiones, las conversaciones con nuestros hermanos, ¡todo les parece sospechoso a nuestros maridos! —incluso tenemos que escondernos cuando hacemos la señal de la cruz; lo tomarían por un conjuro mágico.

OTRA.—Con el mío, todos los días tenía alguna disputa: yo no quería someterme a los abusos que exigía de mi cuerpo; y para vengarse, ha mandado que me persigan por cristiana.

OTRA.—¿Os acordáis de Lucio, aquel joven tan bello que arrastraron por los talones tras un carro, como a Héctor, desde la puerta Esquilma hasta las montañas de Tíbur; y a ambos lados del camino la sangre manchaba los matorrales? Yo recogía las gotas. ¡Aquí están!

(Saca de su pecho una esponja completamente negra, la cubre de besos, luego se echa sobre las losas, gritando:)

¡Ah!, ¡amado mío!, ¡amado mío!

UN HOMBRE.—Hoy hace exactamente tres años que murió Domitila^[115]. Fue apedreada en medio del bosque de Proserpina. Recogí sus huesos que brillaban como luciérnagas en la hierba. ¡Ahora la tierra los cubre!

(Se echa sobre una tumba.)

¡Oh, esposa mía!, ¡esposa mía!

Y TODOS LOS DEMÁS.—

(por la llanura:)

¡Oh, hermana!, ¡oh, hermano!, ¡oh, hija!, ¡oh, madre!

(Están de rodillas, con las manos en la frente, o tumbados con los brazos extendidos; y los sollozos que contienen elevan su pecho hasta romperlo. Miran al cielo diciendo:)

¡Dios mío, ten piedad de su alma! Languidece en la mansión de las sombras; ¡dígnate admitirla en la Resurrección, para que goce de la luz!

(O, con la mirada fija en las losas, murmuran:)

¡Apacigúate, no sufras más! ¡Te he traído vino, alimentos!

UNA VIUDA.—¡He traído pultis hecho por mí, a su gusto, con muchos huevos y doble cantidad de harina! Lo comeremos juntos, como antes, ¿no es cierto?

(Acerca un poco a sus labios; y, de repente, se echa a reír de una forma extravagante, frenética.

Los demás, como ella, mordisquean algún trozo, beben un poco.

Se cuentan las historias de sus mártires; se exalta el dolor, las libaciones aumentan. Sus ojos empapados de lágrimas se fijan los unos en los otros. Balbucean de embriaguez y de desolación; poco a poco, sus manos se tocan, sus labios se unen, los velos se entreabren, y se mezclan sobre las tumbas entre las copas y las antorchas.

El cielo se empieza a iluminar. La niebla moja sus vestidos; y, como si no se conocieran, se alejan unos de otros por caminos diferentes, por el campo.

El sol brilla; la hierba ha crecido, la llanura se ha transformado.

Y ANTONIO ve claramente a través de los bambúes un bosque de columnas, de un gris azulado. Son troncos de árboles que provienen de un solo tronco. De cada una de sus ramas descienden otras ramas que se hunden en el suelo; y el conjunto de todas las líneas horizontales y perpendiculares, indefinidamente multiplicadas, se asemejaría a un monstruoso armazón, si no tuvieran algún higo de vez en cuando, con un follaje negruzco como el del sicomoro.

Distingue en sus horcaduras manojos de flores amarillas, flores violetas y helechos que parecen plumas de pájaro.

Bajo las ramas más bajas, aparecen aquí y allá los cuernos de un búbalo, o los ojos brillantes de un antílope; hay loros posados, mariposas que revolotean, lagartos que se arrastran, moscas que producen un zumbido; y se oye, en medio del silencio, como la palpitación de una vida profunda.

A la entrada del bosque, en una especie de hoguera, hay una cosa extraña —un hombre embadurnado de boñiga de vaca, completamente desnudo, más seco que una momia—; sus articulaciones forman nudos en el extremo de sus huesos, que parecen palos. Tiene escamas en las orejas, la cara muy larga, la nariz como el pico de un buitre. Su brazo izquierdo permanece rígido en el aire, anquilosado, tieso como una estaca; y está allí desde hace tanto tiempo que los pájaros han hecho un nido en su cabeza.

En los cuatro ángulos de su hoguera arden cuatro llamas. El sol está justo

enfrente. Lo contempla con los ojos muy abiertos; y sin mirar a ANTONIO:)

Brahmán de las orillas del Nilo, ¿qué dices?

(Salen llamas de todos los lados por los intersticios de las maderas; y)

EL GIMNOSOFISTA.—

(continúa:)

Semejante al rinoceronte, me hundí en la soledad. Vivía en el árbol que está detrás de mí.

(En efecto, la gran higuera presenta, en sus estrías, una excavación natural del tamaño de un hombre.)

Y me alimentaba de flores y de frutos, con tal observancia de los preceptos que ni siquiera un perro me vio comer.

Como la existencia proviene de la corrupción, la corrupción del deseo, el deseo de la sensación, la sensación del contacto, huí de toda acción, de todo contacto; y sin moverme más que la estela de una tumba, exhalando mi aliento por las fosas nasales, fijando mi mirada en la nariz y sintiendo el éter en mi espíritu, el mundo en mis miembros, la luna en mi corazón, meditaba sobre la esencia de la gran Alma de la que emanan continuamente, como chispas de fuego, los principios de la vida.

Por fin así el Alma suprema en todos los seres, todos los seres en el Alma suprema; y conseguí que entrara en ella mi alma, en la que había hecho entrar mis sentidos.

Recibo la ciencia directamente del cielo como el pájaro Tchataka^[116], que sólo se consuela con el agua de la lluvia.

Por eso mismo conozco las cosas, aunque las cosas no existen.

Para mí, ahora, no hay esperanza ni angustia, ni felicidad, ni virtud, ni día ni noche, ni tú ni yo, absolutamente nada.

Mi espantosa austeridad me ha hecho superior a las Potencias. Una contracción de mi pensamiento puede matar a cien hijos de reyes, destronar a los dioses, cambiar el mundo.

(Ha dicho todo eso con una voz monótona.

Las hojas a su alrededor se abarquillan. Las ratas huyen.

Baja lentamente los ojos hacia las llamas que ascienden, luego añade:)

Aborrezco la forma, la percepción, aborrezco hasta el conocimiento en sí mismo, porque el pensamiento no sobrevive al hecho transitorio que lo causa, y el espíritu sólo es una ilusión como todo lo demás.

Todo lo que es engendrado perecerá, todo lo que está muerto debe revivir; los seres actualmente desaparecidos residirán en úteros todavía no formados, y volverán a la tierra para servir con dolor a otras criaturas.

Pero, como yo he vivido una multitud infinita de existencias, bajo apariencias de dioses, de hombres y de animales, ¡renuncio al viaje, no quiero soportar por más tiempo este cansancio! Abandono el sucio albergue de mi cuerpo, hecho de carne, enrojecido de sangre, cubierto de una piel horrenda, lleno de inmundicias; y, para

recompensarme, voy a dormir al fin, en lo más profundo del absoluto, en el Aniquilamiento.

(Las llamas se elevan hasta su pecho, luego le envuelven. Su cabeza pasa a través de ellas como por el agujero de un muro. Sus ojos abiertos siguen mirando.)

ANTONIO.—

(se levanta.)

(La antorcha, en el suelo, ha prendido la leña; y las llamas le han chamuscado la barba.

Gritando, ANTONIO pateo sobre el fuego —y cuando sólo queda un montón de cenizas:)

¿Dónde está Hilarión? Estaba aquí hace un momento.

¡Le he visto!

¡No, es imposible!, ¡me equivoco!

¿Por qué?... Mi cabaña, estas piedras, la arena, quizá ya no tienen realidad. Enloquezco. ¡Calma!, ¿dónde estaba?, ¿qué ocurría?

¡Ah!, ¡el gimnosofista!... Ese tipo de muerte es común entre los sabios indios. Kalanos^[117] se quemó ante Alejandro; otro hizo lo mismo en tiempos de Augusto. ¡Cuánto odio hay que tener a la vida! ¡A menos que el orgullo les empuje!... No importa, ¡es una intrepidez de los mártires!... En lo que a ellos se refiere, ahora creo todo lo que me habían dicho sobre los desastres que provocan.

¿Y antes? ¡Sí, ya me acuerdo!, la muchedumbre de heresiarcas... ¡Qué gritos!, ¡qué ojos! ¿Pero por qué tantos excesos de la carne y aberraciones del espíritu?

¡Ellos pretenden dirigirse a Dios por todos esos caminos! ¿Con qué derecho maldecirles, yo que tropiezo en el mío? Cuando desaparecieron, yo iba quizá a aprender algo más de ellos. Pero todo daba vueltas demasiado deprisa; no tenía tiempo de contestar. En este momento, es como si hubiera en mi inteligencia más espacio y más luz. Estoy tranquilo. Me siento capaz... ¿Qué es eso?, ¡creía haber apagado el fuego!

(Una llama flamea entre las rocas; y se oye una voz entrecortada, a lo lejos, en la montaña.)

¿Será una hiena, o los quejidos de algún viajero perdido?

(ANTONIO escucha. La llama se acerca.)

(Ve venir a una mujer que llora, apoyada en el hombro de un hombre de barba blanca.

Ella se cubre con un traje de púrpura hecho jirones. Él va con la cabeza descubierta, con una túnica del mismo color, y lleva un vaso de bronce del que se eleva una pequeña llama azul.

ANTONIO tiene miedo, y quisiera saber quién es esa mujer.)

EL EXTRANJERO (Simón^[118]).—Es una muchacha, una pobre niña, que llevo conmigo a todas partes.

(Levanta el vaso de bronce.

ANTONIO *la mira, a la luz de la llama vacilante.*

Tiene en la cara señales de mordeduras, huellas de golpes en los brazos; sus cabellos en desorden se enganchan en los desgarrones de sus harapos; sus ojos parecen insensibles a la luz.)

SIMÓN.—A veces, se queda así durante mucho tiempo, sin hablar, sin comer; luego se despierta y cuenta cosas maravillosas.

ANTONIO.—¿De verdad?

SIMÓN.—¡Ennoia^[119]! ¡Ennoia! ¡Ennoia!, ¡di lo que tienes que decir!

(Mueve las pupilas como si saliera de un sueño, pasa lentamente sus dedos por las cejas, y con voz doliente:)

HELENA (Ennoia).—Recuerdo una región lejana, de color esmeralda. Un solo árbol nace en ella.

(ANTONIO se estremece.)

En cada una de sus grandes ramas hay una pareja de Espíritus. Las ramas que les rodean se entrecruzan, como las venas de un cuerpo; y miran cómo la vida eterna circula desde las raíces hundiéndose en la sombra hasta la cumbre que sobrepasa el sol. Yo, en la segunda rama, iluminaba con mi rostro las noches de verano.

ANTONIO.—

(tocándose la frente:)

¡Ah!, ¡ah!, ¡comprendo!, ¡la cabeza!

SIMÓN.—

(poniendo el dedo en la boca:)

¡Sssss!...

HELENA.—La vela estaba combada, la carena hendía la espuma. Él me decía: «¡Qué me importa enemistarme con mi patria, perder mi reino! ¡Tú me pertenecerás, en mi casa!»

¡Qué dulce era la alta estancia de su palacio! Se acostaba en el lecho de marfil, y acariciando mis cabellos, cantaba amorosamente.

Al término del día, veía los dos campamentos, los faroles que se encendían, Ulises al borde de su tienda, Aquiles, armado, conduciendo un carro por la orilla de mar.

ANTONIO.—¡Está totalmente loca! ¿Por qué...?

SIMÓN.—¡Sssss!... ¡Sssss!

HELENA.—Me untaron con ungüentos, y me vendieron al pueblo para que le divirtiera.

Una noche, de pie, y con el sistro en la mano, hice bailar a los marineros griegos. La lluvia, como una catarata, caía sobre la taberna, y las copas de vino caliente humeaban. Un hombre entró, sin que la puerta fuera abierta.

SIMÓN.—¡Era yo!, ¡yo te encontré!

¡Ésta es, Antonio, la que llaman Sigeh, Ennoia, Barbelo, Prunikos^[120]! Los Espíritus que gobiernan el mundo tuvieron celos de ella, y la ataron a un cuerpo de mujer.

Ha sido la Helena de los troyanos, cuya memoria maldijo el poeta Estesícoro^[121]. Ha sido Lucrecia, la patricia violada por los reyes. Ha sido Dalila, la que cortó los cabellos de Sansón. Ha sido la hija de Israel que se abandonaba a los machos cabríos. Amó el adulterio, la idolatría, la mentira y la estupidez. Se prostituyó a todos los pueblos. Cantó en todos los caminos. Besó todos los rostros.

En Tiro, la Siria, era la amante de los ladrones. Bebía con ellos durante las noches, y escondía a los asesinos en la miseria de su lecho tibio.

ANTONIO.—¡Ah!, ¡qué dices!...

SIMÓN.—

(furioso:)

¡Yo la rescaté, te digo —y la restablecí en su esplendor; de tal manera que Cayo César Calígula se enamoró de ella, porque quería acostarse con la Luna!

ANTONIO.—¿Y?...

SIMÓN.—¡Es que la Luna es ella! ¿No escribió el papa Clemente que fue enterrada en una torre? ¡Trescientas personas fueron a cercar la torre, y a cada una de las asesinas se le apareció la luna, al mismo tiempo —aunque no haya en el mundo varias lunas, ni varias Ennoia!

ANTONIO.—Sí... creo acordarme...

(Y se queda como pensativo.)

SIMÓN.—Tan inocente como el Cristo, que murió por los hombres, ella se consagró a las mujeres. Porque la impotencia de Jehová se demuestra por el pecado de Adán, y es preciso cambiar la vieja ley, porque es opuesta al orden de las cosas.

¡He predicado la renovación en Efraím y en Isacar^[122], a lo largo del torrente de Bizar^[123], tras el lago de Houleh^[124], en el valle de Mageddo^[125], más allá de las montañas, en Bostra^[126] y en Damasco! ¡Que vengan a mí los que están cubiertos de vino, los que están cubiertos de barro, los que están cubiertos de sangre; y yo haré desaparecer sus manchas con el Espíritu Santo, llamado Minerva por los griegos! ¡Ella es Minerva!, ¡ella es el Espíritu Santo! ¡Yo soy Júpiter, Apolo, el Cristo, el Paráclito, la: omnipotencia de Dios, encarnada en la persona de Simón!

ANTONIO.—¡Ah!, ¡eres tú!..., ¿entonces eres tú? ¡Conozco tus crímenes!

Naciste en Gittoi, cerca de Samaria. ¡Dositeo, tu primer maestro, te rechazó! ¡Detestas a san Pablo por haber convertido a una de tus mujeres; y, vencido por san Pedro, de rabia y de terror echaste a las olas el saco que contenía tus artificios!

SIMÓN.—¿Los quieres?

(ANTONIO le mira; y una voz interior murmura en su pecho: «¿Por qué no?»

SIMÓN continúa.)

El que conoce las fuerzas de la Naturaleza y la sustancia de los Espíritus puede

hacer milagros. Es el sueño de todos los sabios, y el deseo que te roe; ¡confiésalo!

En medio de los romanos, volé en el circo tan alto que no volvieron a verme. Nerón ordenó que me decapitaran; pero fue la cabeza de una oveja la que cayó al suelo, en lugar de la mía. Por fin, me enterraron vivo, pero resucité al tercer día. ¡La prueba es que estoy aquí!

(Le da sus manos para que las toque. Parecen las de un cadáver. ANTONIO se echa hacia atrás.)

Puedo hacer que se muevan serpientes de bronce, que se ríen estatuas de mármol, que hablen los perros. Te enseñaré una inmensa cantidad de oro; nombraré reyes; ¡verás pueblos enteros adorándome! Puedo andar sobre las nubes y sobre las olas, pasar a través de las montañas, convertirme en joven, en viejo, en tigre y en hormiga, tomar tu cara, darte la mía, conducir la multitud. ¿Lo entiendes?

(Retumba el trueno, los relámpagos se suceden.)

¡Es la voz del Altísimo!, «porque el Eterno, tu Dios, es un fuego», y todas las creaciones se hacen con chispas de esa hoguera.

¡Vas a recibir el bautismo —el segundo bautismo anunciado por Jesús, y que descendió sobre los apóstoles, un día de tormenta en que la ventana estaba abierta!

(Y moviendo la llama con su mano, lentamente, como para rociar a ANTONIO:)

Madre de las misericordias, tú que descubres los secretos, a fin de que nos llegue el reposo en la octava mansión...

ANTONIO.—

(grita:)

¡Ah!, ¡si tuviera agua bendita!

(La llama se apaga, produciendo mucho humo.

Ennoia y Simón han desaparecido.

Una bruma extremadamente fría, opaca y fétida llena la atmósfera.)

ANTONIO.—

(extendiendo sus brazos, como un ciego:)

¿Dónde estoy?... Tengo miedo de caer al abismo. Y la cruz, por supuesto, está demasiado lejos de mí... ¡Ah!, ¡qué noche!, ¡qué noche!

(Hay un golpe de viento y la bruma se entreabre —y distingue a dos hombres, cubiertos de largas túnicas blancas.

El primero es de alta estatura, de cara dulce, de ademán grave. Sus rubios cabellos, separados como los de Cristo, descienden regularmente sobre sus hombros. Ha lanzado una varita que llevaba en la mano y que su compañero ha recogido haciendo una reverencia a la manera de los orientales.

El otro es pequeño, gordo, chato, de aspecto recogido, el pelo rizado, cara ingenua.

Ambos tienen los pies descalzos y la cabeza descubierta, y están polvorientos como gente que llega de viaje.)

ANTONIO.—

(sobresaltado:)

¿Qué queréis? ¡Hablad! ¡Marchaos!

DAMIS.—

(Es el pequeño.)

¡Vamos, vamos!... ¡buen ermitaño!, ¿qué quiero?, ¡no lo sé! ¡He aquí al maestro!

(Se sienta; el otro sigue de pie. Silencio.)

ANTONIO.—

(continúa:)

¿Entonces venís...?

DAMIS.—¡Oh!, ¡de lejos, de muy lejos!

ANTONIO.—¿Y vais...?

DAMIS.—

(señalando al otro:)

¡A donde él quiera!

ANTONIO.—¿Quién es?

DAMIS.—¡Mírale!

ANTONIO.—

(aparte:)

¡Parece un santo! Si me atreviera...

(El humo ha desaparecido. El tiempo es muy claro. La luna brilla.)

DAMIS.—¿En qué piensas que no hablas?

ANTONIO.—Pienso... ¡Oh!, en nada.

DAMIS.—

(avanza hacia APOLONIO, y da varias vueltas a su alrededor, encorvado, sin levantar la cabeza.)

¡Maestro!, es un ermitaño galileo que quiere saber los orígenes de la sabiduría.

APOLONIO^[127].—¡Que se acerque!

(ANTONIO duda.)

DAMIS.—¡Acércate!

APOLONIO.—

(con voz de trueno:)

¡Acércate! Te gustaría conocer quién soy, lo que he hecho, lo que pienso, ¿no es cierto, hijo mío?

ANTONIO.—... Si eso puede contribuir a mi salvación.

APOLONIO.—¡Alégrate, te lo voy a decir!

DAMIS.—

(en voz baja a ANTONIO:)

¡Es posible! ¡Supongo que habrás reconocido, a la primera ojeada, su extraordinaria inclinación hacia la filosofía! ¡Yo también voy a aprovecharme de ella!

APOLONIO.—En primer lugar, te contaré el largo camino que he recorrido para alcanzar la doctrina; y si encuentras en toda mi vida una acción mala, me interrumpirás, porque deben escandalizar las palabras cuando no han sido buenas las obras.

DAMIS.—

(a ANTONIO):

¡Qué hombre tan justo!, ¿verdad?

ANTONIO.—Decididamente, creo que es sincero.

APOLONIO.—La noche de mi nacimiento, mi madre creyó que estaba cogiendo flores al borde de un lago. Apareció un relámpago, y nací arrullado por cisnes que cantaban en su sueño.

Hasta los quince años, me introducían, tres veces al día, en la fuente Asbadea, cuya agua vuelve a los perjuros hidrópicos; y me frotaban el cuerpo con hojas de coniza, para que fuera casto.

Una princesa palmiria vino una noche a verme, ofreciéndome los tesoros escondidos en las tumbas. Una hieródula^[128] del templo de Diana se degolló, desesperada, con el cuchillo de los sacrificios; y el gobernador de Cilicia gritó ante mi familia que me daría muerte; pero fue él quien murió tres días después, asesinado por los romanos.

DAMIS.—

(a ANTONIO, *dándole un codazo*):

¿Eh?, ¡ya te lo decía!, ¡qué hombre!

APOLONIO.—Durante cuatro años seguidos, guardé el completo silencio de los pitagóricos. Ni el dolor más imprevisto lograba arrancarme un solo suspiro; y en el teatro, cuando yo entraba, se apartaban de mí como de un fantasma.

DAMIS.—¿Habrías hecho eso tú?

APOLONIO.—Cuando terminó el tiempo de mi prueba, empecé a instruir a los sacerdotes que habían perdido la tradición.

ANTONIO.—¿Qué tradición?

DAMIS.—¡Déjale seguir! ¡Cállate!

APOLONIO.—¡He conversado con los samanios del Ganges^[129], con los astrólogos de Caldea, con los magos de Babilonia, con los druidas galos, con los sacerdotes de los negros! ¡He escalado los catorce Olimpos, he sondeado los lagos de Scitia, he medido la grandeza del Desierto!

DAMIS.—¡Todo eso es verdad! ¡Yo también estuve allí!

APOLONIO.—Primero llegué hasta el mar de Hircania^[130]. Lo bordeé; y por el país de los baraomatos^[131], donde está enterrado Bucéfalo^[132], descendí hacia Nínive. En las puertas de la ciudad, un hombre se acercó.

DAMIS.—¡Yo!, ¡yo!, ¡mi buen maestro! ¡En seguida te amé! ¡Eras más dulce que

una mujer y más bello que un Dios!

APOLONIO.—

(sin oírle:)

Quería acompañarme, para servirme de intérprete.

DAMIS.—Pero contestaste que comprendías todas las lenguas y que adivinabas todos los pensamientos. Entonces besé el bajo de tu manto, y me puse a andar detrás de ti.

APOLONIO.—Más allá de Ctesifonte, entramos en tierras de Babilonia.

DAMIS.—Y el sátrapa lanzó un grito, al ver a un hombre tan pálido.

ANTONIO.—

(aparte:)

Que significa...

APOLONIO.—El Rey me recibió de pie, junto a un tronco de plata, en una sala redonda, constelada de estrellas; y de la cúpula colgaban, mediante hilos imperceptibles, cuatro grandes pájaros de oro, con las alas extendidas.

ANTONIO.—

(soñando:)

¿Es que existen en la tierra cosas semejantes?

DAMIS.—¡Babilonia es una gran ciudad!, ¡allí todo el mundo es rico! Las casas, pintadas de azul, tienen puertas de bronce, con una escalera que desciende hacia el río.

(Dibujando en el suelo, con su báculo.)

Como esto, ¿ves? ¡Y además los templos, las plazas, los baños, los acueductos! ¡Los palacios están cubiertos de cobre rojo! ¡Y el interior, si supieras...!

APOLONIO.—En la muralla del septentrión se eleva una torre que soporta una segunda, una tercera, una cuarta, una quinta, ¡y hay otras tres más! La octava es una capilla con un lecho. Sólo entra en ella la mujer escogida por los sacerdotes para el dios Belus^[133]. El rey de Babilonia mandó que me alojara allí.

DAMIS.—¡Apenas me miraban a mí! Me quedé solo paseando por las calles. Me informé de las costumbres; visité los talleres; examiné las grandes máquinas que llevan el agua a los jardines. Pero me aburría estar separado del Maestro.

APOLONIO.—Por fin, salimos de Babilonia; y al claro de la luna, vimos de pronto a una empusa^[134].

DAMIS.—¡Ciertamente! Saltaba sobre su zueco de hierro; relinchaba como un asno; galopaba entre las rocas. Le gritó injurias; desapareció.

ANTONIO.—

(aparte:)

¿Adónde quieren llegar?

APOLONIO.—En Taxila^[135], capital de cinco mil fortalezas, Fraortes^[136], rey del Ganges, nos enseñó su guardia de hombres negros de cinco codos de altura, y en los

jardines de su palacio, bajo un pabellón de brocado verde, a un elefante enorme, al que las reinas perfumaban para divertirse. Era el elefante de Poros^[137], que había huido tras la muerte de Alejandro.

DAMIS.—Y que encontraron en un bosque.

ANTONIO.—Hablan fluidamente como borrachos.

APOLONIO.—Fraortes nos hizo sentar a su mesa.

DAMIS.—¡Qué país tan extraño! Los señores, cuando beben, se divierten lanzando flechas a los pies de un niño que baila. Pero no apruebo...

APOLONIO.—Cuando me disponía a partir, el Rey me dio un parasol, y me dijo: «Tengo en el Indo una monta de camellos blancos. Cuando ya no los quieras, sopla en sus orejas. Volverán».

Descendimos a lo largo del río andando de noche a la luz de las luciérnagas que brillaban en los bambúes. El esclavo silbaba una tonadilla para espantar a las serpientes; y nuestros camellos se agachaban al pasar bajo los árboles, como si fueran puertas demasiado bajas.

Un día, un niño negro que tenía un caduceo de oro en la mano nos condujo al colegio de los sabios. Iarchas^[138], su jefe, me habló de mis antepasados, de todos mis pensamientos, de todas mis acciones, de todas mis existencias. Él había sido el río Indo, y me recordó que yo había conducido barcos por el Nilo, en tiempos del rey Sesostris.

DAMIS.—A mí no me dijo nada, de forma que no sé quién he sido.

ANTONIO.—Tienen un aspecto confuso, como de sombras.

APOLONIO.—Encontramos, al borde del mar, a los cinocéfalos^[139] cebados de leche, que volvían de su expedición a la isla Taprobana^[140]. Las olas tibias empujaban ante nosotros perlas amarillas. El ámbar crujía bajo nuestros pasos. Esqueletos de ballena blanqueaban en el fondo de los acantilados. La tierra, al fin, se hizo más estrecha que una sandalia; y tras haber lanzado en dirección al sol unas gotas del Océano, dimos la vuelta hacia la derecha, para volver.

Volvimos por la Región de los Aromas, por el país de los gangáridas, el promontorio de Comaria, la comarca de los sachalitas, adramitas y homeritas^[141]; luego, a través de los montes Casanianos, el mar Rojo y la isla Topazos, penetramos en Etiopía por el país de los pigmeos^[142].

ANTONIO.—

(*aparte:*)

¡Qué grande es la tierra!

DAMIS.—Y cuando volvimos a nuestra casa, todos los que antaño habíamos conocido estaban muertos.

(ANTONIO *baja la cabeza. Silencio.*)

APOLONIO.—

(*continúa:*)

Entonces empezaron en el mundo a hablar de mí.

La peste devastó Efeso; mandé enterrar a un viejo mendigo.

DAMIS.—¡Y la peste desapareció!

ANTONIO.—¡Cómo!, ¿ahuyenta las enfermedades?

APOLONIO.—En Cnido^[143], curé al enamorado de Venus.

DAMIS.—Sí, un loco, que incluso había prometido desposarla —amar a una mujer todavía pase; pero a una estatua, ¿qué estupidez!—. El Maestro le puso la mano en el corazón; y en seguida el amor se extinguió.

ANTONIO.—¿Cómo? ¿Expulsa a los demonios?

APOLONIO.—En Tarento, llevaban a la hoguera a una joven muerta.

DAMIS.—El Maestro le tocó los labios, y se levantó llamando a su madre.

ANTONIO.—¡Cómo!, ¿resucita a los muertos?

APOLONIO.—Predije el poder a Vespasiano.

ANTONIO.—¿Cómo? ¿Adivina el porvenir?

DAMIS.—Había en Corinto...

APOLONIO.—Estando a la mesa con él junto a las aguas de Baía...

ANTONIO.—¡Disculpadme, extranjeros, es tarde!

DAMIS.—Un joven que se llamaba Menipo^[144].

ANTONIO.—¡No!, ¡no!, ¡marchaos!

APOLONIO.—Entró un perro, llevando en la boca una mano cortada.

DAMIS.—Una noche, en un suburbio, encontró a una mujer.

ANTONIO.—¿No me oís?, ¡retiraos!

APOLONIO.—Vagaba alrededor de los lechos.

ANTONIO.—¡Basta!

APOLONIO.—Querían cazarle.

DAMIS.—Entonces Menipo fue a su casa; se amaron.

APOLONIO.—Y golpeando el mosaico con su cola, puso la mano sobre las rodillas de Flavio.

DAMIS.—Pero al día siguiente, en las lecciones de la escuela, Menipo estaba pálido.

ANTONIO.—

(dando un salto:)

¡Ah!, que continúen, ya que no hay...

DAMIS.—El Maestro le dijo: «¡Oh, bello joven, acaricias a una serpiente; una serpiente te acaricia!, ¿para cuándo son las bodas?» Fuimos todos a la boda.

ANTONIO.—¡Hago mal, seguro, escuchando!

DAMIS.—En el vestíbulo, se agitaban los servidores, las puertas se abrían; sin embargo no se oía ni el ruido de los pasos, ni el ruido de las puertas. El Maestro se colocó junto a Menipo. Al instante la desposada se encolerizó contra los filósofos.

Pero la vajilla de oro, los coperos, los cocineros, los panaderos desaparecieron; el techo voló, las paredes se resquebrajaron; y Apolonio se quedó solo, de pie, con la mujer deshecha en llanto a sus pies. Era una vampira que satisfacía a los jóvenes bellos, con el fin de comer su carne, porque no existe nada mejor para ese tipo de fantasmas que la sangre de los enamorados.

APOLONIO.—Si quieres saber el arte...

ANTONIO.—¡No quiero saber nada!

APOLONIO.—La noche de nuestra llegada a las puertas de Roma.

ANTONIO.—¡Oh!, ¡sí!, ¡háblame de la ciudad de los papas!

APOLONIO.—Nos abordó un hombre borracho, que cantaba con dulce voz. Era un epitalamio de Nerón; y tenía poder para matar al que le escuchaba negligentemente. Llevaba a la espalda, en una caja, una cuerda de la cítara del Emperador. Alcé los hombros. Nos echó barro a la cara. Entonces, me quité el cinto y se lo coloqué en la mano.

DAMIS.—¡Lo que fue un error!

APOLONIO.—El Emperador, durante la noche, me mandó llamar a su casa. Jugaba a las tabas con Sporus^[145], apoyando el brazo izquierdo en una mesa de ágata. Se volvió y frunció sus rubias cejas: «¿Por qué no me temes?», me preguntó. «Porque el Dios que te ha hecho terrible me ha hecho intrépido», contesté.

ANTONIO.—

(aparte:)

Algo inexplicable me espanta.

(Silencio.)

DAMIS.—

(continúa con voz aguda:)

Por otra parte, toda Asia podrá decirte...

ANTONIO.—

(sobresaltado:)

¡Estoy enfermo! ¡Dejadme!

DAMIS.—Escucha. Él ha visto, en Éfeso, cómo mataban a Domiciano, que estaba en Roma.

ANTONIO.—

(esforzándose por reír:)

¡Es posible!

DAMIS.—Sí, en el teatro, en pleno día, en la catorce calenda de octubre, de pronto gritó: «¡Están degollando a César!», y añadía a cada momento: «¡Rueda por el suelo; oh, cómo se debate! Se levanta; trata de huir; las puertas están cerradas; ¡ah!, ¡se acabó!, ¡ya está muerto!» Y aquel día, en efecto, Tito Flavio Domiciano fue asesinado, como sabes.

ANTONIO.—Sin la ayuda del Diablo... seguramente...

APOLONIO.—¡Ese Domiciano quiso matarme! Damis huyó por orden mía, y me quedé solo en mi prisión.

DAMIS.—¡Era una osadía terrible, hay que reconocerlo!

APOLONIO.—Hacia la hora quinta, los soldados me llevaron al tribunal. Tenía un discurso preparado, que guardaba bajo mi manto.

DAMIS.—¡Nosotros estábamos en la ribera de Puzoles! Te creíamos muerto; llorábamos. Cuando, hacia la hora sexta, de pronto apareciste y nos dijiste: «¡Soy yo!»

ANTONIO.—

(aparte:)

¡Como Él!

DAMIS.—

(muy alto:)

¡Absolutamente!

ANTONIO.—¡Oh!, ¡no!, mientes, ¿verdad?, ¡mientes!

APOLONIO.—Él bajó del Cielo. ¡Yo subo, gracias a mi virtud, que me ha elevado hasta la altura del Príncipe!

DAMIS.—¡Tiana^[146], su ciudad natal, instituyó en su honor un templo con sacerdotes!

APOLONIO.—

(se acerca a ANTONIO y le grita:)

¡Conozco todos los dioses, todos los ritos, todas las oraciones, todos los oráculos! ¡Penetré en la cueva de Trofonio^[147], hijo de Apolo! ¡Amasé para las siracusanas las tortas que llevan a las montañas!, ¡pasé las ochenta pruebas de Mitra^[148]!, ¡apreté contra mi corazón a la serpiente de Sabasius^[149]!, ¡recibí la banda de los Cabiros!, ¡lavé a Cibeles^[150] en las olas de los golfos campamos y pasé tres lunas en las cavernas de Samotracia^[151]!

DAMIS.—

(riendo estúpidamente:)

¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡los misterios de la Buena Diosa!

APOLONIO.—¡Y ahora continuamos la peregrinación!

Vamos al Norte, por el lado de los cisnes y de las nieves. En la blanca llanura, los hipopodios^[152] ciegos rompen con la punta de sus pies la planta de ultramar.

DAMIS.—¡Ven!, ha llegado la aurora. El gallo ha cantado, el caballo ha relinchado, la vela está dispuesta.

ANTONIO.—¡El gallo no ha cantado! Oigo al grillo en las arenas, y veo que la luna sigue en su sitio.

APOLONIO.—Vamos al sur, detrás de las montañas y de las grandes olas, a buscar en los perfumes la razón del amor. Sentirás el olor del mirrodión que mata a los

débiles. Bañarás tu cuerpo en el lago de aceite rosa de la isla Junonia^[153]. Verás, cuando duermas sobre las primaveras, al lagarto que se despierta todos los siglos cuando cae en su madurez el carbúnculo de su frente. Las estrellas palpitan como ojos, las cascadas cantan como liras, las flores abiertas exhalan embriaguez; tu espíritu se ensanchará en el aire, tanto en tu corazón como en tu rostro.

DAMIS.—¡Maestro!, ¡ya es hora! ¡El viento va a levantarse, las golondrinas se despiertan, la hoja del mirto ha volado!

APOLONIO.—¡Sí!, ¡partamos!

ANTONIO.—¡No!, ¡yo me quedo!

APOLONIO.—¿Quieres que te enseñe dónde crece la planta Balis, que resucita a los muertos?

DAMIS.—¡Pídele más bien la andródama que atrae la plata, el hierro y el bronce!

ANTONIO.—¡Oh!, ¡cómo sufro!, ¡cómo sufro!

DAMIS.—¡Comprenderás la voz de todos los seres, los rugidos, los arrullos!

APOLONIO.—¡Te haré montar sobre los unicornios, sobre los dragones, sobre los hipocentauros y sobre los delfines!

ANTONIO.—

(llora.)

¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!

APOLONIO.—Conocerás a los demonios que viven en las cavernas, a los que hablan en los bosques, a los que mueven las olas, a los que empujan las nubes.

DAMIS.—¡Apriétate el cinto!, ¡átate las sandalias!

APOLONIO.—Te explicaré la razón de las formas divinas, por qué Apolo está de pie, Júpiter sentado, Venus es negra en Corinto^[154], cuadrada en Atenas, cónica en Pafos.

ANTONIO.—

(juntando las manos:)

¡Que se vayan!, ¡que se vayan!

APOLONIO.—¡Arrancaré ante ti las armaduras de los dioses, forzaremos los santuarios, te haré violar a la Pitia!

ANTONIO.—¡Socorro, Señor!

(Se precipita hacia la cruz.)

APOLONIO.—¿Cuál es tu deseo?, ¿tu sueño? El tiempo solamente de pensarlo...

ANTONIO.—¡Jesús, Jesús, ayúdame!

APOLONIO.—¿Quieres que haga aparecer a Jesús?

ANTONIO.—¿Qué? ¿Cómo?

APOLONIO.—¡Será Él!, ¡ningún otro! ¡Arrojará su corona, y charlaremos frente a frente!

DAMIS.—

(en voz baja:)

¡Di que sí! ¡Di que sí!

(ANTONIO, al pie de la cruz, murmura algunas oraciones. DAMIS da vueltas a su alrededor, con gestos embaucadores.)

Buen ermitaño, ¡querido san Antonio!, ¡hombre puro, hombre ilustre!, ¡hombre al que no sabría alabar bastante! No te asustes; es una forma exagerada de hablar, tomada de los orientales. Lo que no impide en absoluto...

APOLONIO.—¡Déjale, Damis!

Él cree, como un bruto, en la realidad de las cosas. El terror que tiene a los dioses le impide comprenderles; ¡y rebaja al suyo al nivel de un rey celoso!

¡Tú, hijo mío, no me abandones!

(Retrocede de espaldas hasta el borde del acantilado, sigue andando, y queda suspendido.)

¡Por encima de todas las formas, más allá de la tierra, más allá de los cielos, reside el mundo de las Ideas, todo lleno del Verbo! ¡De un salto, cruzaremos el espacio; y poseerás en su infinitud al Eterno, al Absoluto, al Ser! ¡Vamos!, ¡dame la mano! ¡En marcha!

(Ambos, uno al lado del otro, se elevan en el aire, suavemente.)

(ANTONIO, abrazando la cruz, les ve subir. Desaparecen.)

V

ANTONIO.—

(andando lentamente:)

¡Eso vale por todo el infierno!

Nabucodonosor no me alucinó tanto. La reina de Saba no me maravilló tan profundamente.

Su forma de hablar de los dioses inspira el deseo de conocerles.

Recuerdo haber visto centenares a la vez, en la isla Elefantina^[155], en tiempo de Diocleciano. El Emperador había cedido a los nómadas un gran país, a condición de que guardaran las fronteras; y el tratado se llevó a cabo en nombre de las «Potencias invisibles». Porque los dioses de cada pueblo eran ignorados por los demás pueblos.

Los bárbaros habían llevado a los suyos. Ocupaban las colinas de arena que rodean el río. Se les veía con sus ídolos entre los brazos como si se tratara de grandes niños paráliticos; o cuando navegaban en medio de las cataratas sobre un tronco de palmera, mostraban desde lejos los amuletos de sus cuellos, los tatuajes de sus pechos —¡y no es más criminal que la religión de los griegos, de los asiáticos y de los romanos!

Cuando yo vivía en el templo de Heliópolis^[156], consideraba a menudo lo que hay en las murallas: buitres que llevan cetros, cocodrilos que tocan la lira, rostros de hombres con cuerpos de serpiente, mujeres con cabeza de vaca prosternadas ante los dioses itifálicos^[157]; y sus formas sobrenaturales me arrastraban hacia otros mundos. Hubiera querido saber lo que miran esos ojos tranquilos.

Para que la materia tenga tanto poder, es preciso que contenga un espíritu. El alma de los dioses está unida a sus imágenes...

Los que poseen la belleza de las apariencias pueden seducir. Pero a los demás..., que son abyectos o terribles, ¿cómo creerles?...

(Y ve pasar a ras del suelo hojas, piedras, conchas, ramas de árboles, vagas representaciones de animales, especies de enanos hidrónicos; son los dioses. Se echa a reír.)

Se oye otra risa tras él; y se presenta HILARIÓN vestido de ermitaño, mucho más alto que antes, colosal.)

ANTONIO.—

(no está sorprendido de volver a verle.)

¡Qué bruto hay que ser para adorar estas cosas!

HILARIÓN.—¡Oh!, ¡sí, enormemente bruto!

(Entonces desfilan ante ellos ídolos de todas las naciones y de todas las edades, de madera, de metal, de granito, de plumas, de pieles cosidas.)

Los más viejos, anteriores al Diluvio, desaparecen bajo algas que cuelgan como si fueran crines. Algunos, demasiado altos para su base, crujen en sus juntas y se rompen los riñones al andar. Otros derraman arena por los agujeros de sus vientres.

ANTONIO e HILARIÓN se divierten sobremanera. Se desternillan de risa.

Luego, pasan ídolos con perfil de oveja. Titubean sobre sus piernas zambas, entreabren los párpados y balbucean como mudos: «¡Ba!, ¡ba!, ¡ba!»

A medida que se van pareciendo a tipos humanos, irritan todavía más a ANTONIO. Les da puñetazos, patadas, se ensaña con ellos.

Se hacen espantosos, con altos penachos, ojos como bolas, brazos terminados en garras, mandíbulas de tiburón.

Y ante esos dioses, degüellan hombres en altares de piedra; otros son triturados en cubas, aplastados bajo carros, clavados en árboles. Hay uno, de hierro rojo y cuernos de toro, que devora a los niños.)

ANTONIO.—¡Horror!

HILARIÓN.—Los dioses siempre están reclamando suplicios. Incluso el tuyo ha querido...

ANTONIO.—

(llorando:)

¡Oh!, ¡no sigas, cállate!

(El cerco de rocas se transforma en un valle. Un rebaño de bueyes pasta la hierba cortada.

El pastor que los conduce ve una nube; y lanza al aire, con voz aguda, palabras imperativas.)

HILARIÓN.—Como tiene necesidad de lluvia, intenta con sus cánticos obligar al Rey del Cielo a que abra el nubarrón fecundo.

ANTONIO.—

(riendo:)

¡Un orgullo demasiado simple!

HILARIÓN.—¿Por qué haces exorcismos?

(El valle se convierte en un mar de leche, inmóvil y sin límites.

En medio flota una amplia cama, formada por una serpiente cuyas cabezas, inclinándose a la vez, dan sombra a un dios que duerme sobre su cuerpo.

Es joven, imberbe, más bello que una muchacha y cubierto de velos transparentes. Las perlas de su tiara brillan suavemente como lunas, un rosario de estrellas da varias vueltas sobre su pecho —y con una mano bajo la cabeza, el otro brazo extendido, descansa, con aspecto soñador y embriagado.

Una mujer acurrucada a sus pies espera a que despierte.)

HILARIÓN.—Es la dualidad primordial de los brahmanes, pues el Absoluto no se expresa bajo ninguna forma.

(En el ombligo del dios ha crecido el tallo de un loto; y, en su cáliz, aparece otro

dios de tres caras.)

ANTONIO.—¡Mira, qué hallazgo!

HILARIÓN.—¡Padre, Hijo y Espíritu Santo son una sola persona!

(Las tres cabezas se apartan y aparecen tres grandes dioses.)

(El primero, que es rosa, se muerde el dedo del pie.

El segundo, que es azul, agita cuatro brazos.

El tercero, que es verde, lleva un collar de cráneos humanos.

Frente a ellos, surgen inmediatamente tres diosas, una envuelta en encajes, otra con una copa en la mano y la última blandiendo un arco.

Y los dioses, las diosas se decuplican, se multiplican. En sus hombros crecen brazos, al final de sus brazos manos que llevan estandartes, hachas, escudos, espadas, parasoles y tambores. Brotan fuentes de sus cabezas, crecen hierbas de sus narices.

A caballo sobre pájaros, mecidos en palanquines, pavoneándose sobre asientos de oro, de pie en hornacinas de marfil, sueñan, viajan, ordenan, beben vino, huelen flores. Las bailarinas danzan, los gigantes persiguen a los monstruos; a la entrada de las grutas los solitarios meditan. No se distinguen los ojos de las estrellas, las nubes de las banderolas; los pavos reales beben en arroyos de polvo de oro, los bordados de las banderas se mezclan con las manchas de los leopardos, rayos de colores se entrecruzan en el aire azul, con flechas que vuelan e incensarios que se balancean.

Y todo se despliega como un alto friso que apoyara su base en las rocas y subiera hasta el cielo.)

ANTONIO.—

(admirado:)

¡Cuántos!, ¿qué quieren?

HILARIÓN.—El que se rasca el abdomen con su trompa de elefante es el dios solar, inspirador de la sabiduría.

Ese otro, cuyas seis cabezas sostienen seis torres y los catorce brazos llevan venablos, es el príncipe de los ejércitos, el Fuego devorador.

El viejo que cabalga sobre un cocodrilo va a lavar a la orilla las almas de los muertos. Serán atormentadas por la mujer negra de dientes podridos, dominadora de los infiernos.

El carro tirado por caballos rojos, que conduce un cochero sin piernas, pasea en pleno cielo al soberano del sol. El Dios-luna le acompaña, en una litera tirada por tres gacelas.

De rodillas sobre un loro, la diosa de la Belleza presenta al Amor, su hijo, su pecho redondo. Allá va a lo lejos, saltando de alegría por las praderas. ¡Mira!, ¡mira! ¡Con una mitra deslumbrante en la cabeza, corre por los trigales, sobre las olas, asciende a los aires, se exhibe por todas partes!

¡Entre esos dioses habitan los genios de los vientos, de los planetas, de los meses,

de los días, cien mil más!

Y sus aspectos son múltiples, sus transformaciones rápidas. Allí hay un pez que se convierte en tortuga; tiene cabeza de jabalí, estatura de enano.

ANTONIO.—¿Para qué?

HILARIÓN.—Para restablecer el equilibrio, para combatir el mal. Pero la vida se consume, las formas se gastan; y necesitan progresar en las metamorfosis.

(De pronto aparece:)

UN HOMBRE DESNUDO.—

(Sentado en medio de la arena, con las piernas cruzadas.

Vibra un halo enorme, suspendido tras él. Los pequeños bucles de sus negros cabellos, con reflejos azulados, rodean simétricamente una protuberancia en lo alto del cráneo. Los brazos muy largos descienden ceñidos a sus flancos. Sus dos manos, con las palmas abiertas, descansan sobre los muslos. La planta de sus pies ofrece la imagen de dos soles; y está completamente inmóvil —frente a ANTONIO e HILARIÓN— con todos los dioses alrededor, escalonado en las rocas como en las gradas de un circo.

Sus labios se entreabren; y con voz profunda:)

Soy el maestro de la gran limosna, el socorro de las criaturas, y expongo la ley a los creyentes y a los profanos.

Para liberar al mundo, quise nacer entre los hombres. Los dioses lloraban cuando me fui.

Primero busqué una mujer conveniente: de casta militar, esposa de un rey, muy buena, enormemente bella, con el ombligo profundo, el cuerpo firme como el de un diamante; y al llegar la luna llena, sin la ayuda de ningún varón, entré en su vientre.

Salí de él por el flanco derecho. Las estrellas se detuvieron.

HILARIÓN.—

(murmura entre dientes:)

«¡Y cuando vieron a la estrella detenerse, tuvieron una gran alegría!»

(ANTONIO mira más atentamente.)

EL BUDA.—

(que continúa:)

Desde el fondo del Himalaya, un religioso centenario acudió a verme.

HILARIÓN.—«¡Un hombre llamado Simeón^[158], que no debía morir antes de haber visto a Cristo!»

EL BUDA.—Me llevaron a las escuelas. Pero yo sabía más que los doctores.

HILARIÓN.—«... En medio de los doctores; y todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría.»

(ANTONIO hace señas a HILARIÓN para que se calle.)

EL BUDA.—Continuamente, me ponía a meditar en los jardines. Las sombras de los árboles se movían; pero la sombra del que me cobijaba no se movía.

Nadie podía igualarme en el conocimiento de las escrituras, la enumeración de los átomos, la conducta de los elefantes, los trabajos de cera, la astronomía, la poesía, el pugilato, ¡todos los ejercicios y todas las artes!

Para confirmarme en la costumbre, tomé una esposa —y pasaba los días en mi palacio de rey, vestido de perlas, bajo una lluvia de perfumes, abanicado por treinta y tres mil mujeres, mirando mis pueblos desde lo alto de mis terrazas, adornadas con campanillas resonantes.

Pero la visión de las miserias del mundo me apartó de los placeres. Huí.

Mendigué por los caminos, cubierto de harapos que recogía en los sepulcros; y como había un ermitaño muy sabio, quise convertirme en su esclavo; vigilaba su puerta, lavaba sus pies.

Aniquilé toda sensación, toda alegría, toda languidez.

Luego, concentrando mi pensamiento en una meditación más amplia, conocí la esencia de las cosas, la ilusión de las formas.

Rechacé rápidamente la ciencia de los brahmanes. Se consumen de codicia bajo su apariencia austera, se frotan con basuras, se acuestan sobre espinas, ¡creyendo llegar a la felicidad por el camino de la muerte!

HILARIÓN.—«¡Fariseos, hipócritas, sepulcros blanqueados, raza de víboras!»

EL BUDA.—Yo también hice cosas sorprendentes —no comía al día más que un solo grano de arroz, y los granos de arroz en aquellos tiempos no eran más grandes que los de ahora—, mi pelo cayó, mi cuerpo se puso negro; mis ojos hundidos en las órbitas parecían estrellas reflejadas en el fondo de un pozo.

Durante seis años, permanecí inmóvil y expuesto a las moscas, a los leones y a las serpientes; y los grandes soles, los grandes chaparrones, la nieve, el rayo, el granizo y la tempestad, todo lo recibía, sin ni siquiera abrigarme con la mano. ¡Los viajeros que pasaban, creyéndome muerto, me echaban tierra desde lejos!

Me faltaba la tentación del Diablo.

Le llamé.

Vinieron sus hijos, horrendos, cubiertos de escamas, nauseabundos como osarios, aullando, silbando, berreando, entrechocando ligamentos y huesos de muertos. Algunos escupen llamas por la nariz, otros provocan las tinieblas con sus alas, otros llevan rosarios de dedos cortados, otros beben veneno de serpiente en el hueco de sus manos; tienen cabezas de cerdo, de rinoceronte o de sapo, toda clase de rostros que inspiran asco o terror.

ANTONIO.—

(*aparte:*)

¡Yo también soporté eso una vez!

EL BUDA.—Luego me envió a sus hijas; bellas, muy acicaladas, con cinturones de oro, dientes blancos como el jazmín, muslos redondos como la trompa del elefante. Unas extienden los brazos y los abren, para mostrar los hoyuelos de sus codos; otras guiñan los ojos, otras se echan a reír, otras entreabren sus vestidos. Hay vírgenes

sonrosadas, matronas llenas de orgullo, reinas con un gran séquito de bagajes y de esclavos.

ANTONIO.—

(aparte:)

¡Ah!, ¿él también?

EL BUDA.—Tras vencer al demonio, pasé doce años alimentándome exclusivamente de perfumes; y como había adquirido las cinco virtudes, las cinco facultades, las diez fuerzas, las dieciocho sustancias, y penetrado en las cuatro esferas del mundo invisible, ¡la Inteligencia me perteneció! ¡Me convertí en el Buda!

(Todos los dioses se inclinan; los que tienen varias cabezas las bajan a la vez.

Él levanta en el aire su gran mano y continúa:)

¡Para, lograr la libertad de los seres, hice cientos de miles de sacrificios! Di a los pobres trajes de seda, camas, carros, casas, montones de oro y de diamantes. Entregué mis manos a los mancos, mis piernas a los cojos, mis pupilas a los ciegos; corté mi cabeza para los decapitados. Durante el tiempo que fui rey, repartí provincias; durante el tiempo que fui brahmán, no desprecié a nadie. Cuando era un solitario, dije palabras tiernas al bandido que me asesinó. Cuando fui un tigre, me dejé morir de hambre.

Y en esta última existencia, después de haber predicado la ley, no tengo nada que hacer. ¡El gran período está cumplido! Los hombres, los animales, los Dioses, los bambúes, los océanos, las montañas, los granos de arena de los Ganges^[159] con los millares de millares de estrellas, todo va a morir; ¡y, hasta que haya nuevos nacimientos, una llama danzará sobre las ruinas de los mundos destruidos!

(Entonces un vértigo se apodera de los dioses. Titubean, caen entre convulsiones, y vomitan sus existencias. Sus coronas estallan, sus estandartes vuelan. Arrancan sus atributos, sus sexos, lanzan por encima del hombro las copas donde bebían la inmortalidad, se estrangulan con sus serpientes, se desvanecen como el humo, y cuando todo ha desaparecido...)

HILARIÓN.—

(lentamente:)

¡Acabas de ver la creencia de varios cientos de millones de hombres!

(ANTONIO está en el suelo, con la cara entre las manos. De pie junto a él, y dando la espalda a la cruz, HILARIÓN le mira.

Pasa bastante tiempo.

Luego, aparece un ser singular, con cabeza de hombre y cuerpo de pez. Avanza por el aire, golpeando la arena con la cola; y su cara de patriarca y sus pequeños brazos hacen reír a ANTONIO.)

OANES^[160].—

(con voz plañidera:)

¡Respétame! Soy el contemporáneo de los orígenes. He vivido en el mundo

informe donde dormían las bestias hermafroditas, bajo el peso de una atmósfera opaca, en la profundidad de las ondas tenebrosas, donde los dedos, las aletas y las alas estaban confundidos, y ojos sin cabeza flotaban como moluscos, entre toros con rostro humano y serpientes con patas de perro.

En el conjunto de esos seres, Omoroca, doblado como un arco, extendía su cuerpo de mujer. Pero Belus la cortó en dos mitades, hizo la tierra con una, el cielo con la otra; y los dos mundos semejantes se contemplan mutuamente. Yo, primera conciencia del Caos, surgí del abismo para endurecer la materia, para regular las formas; y enseñé a los humanos la pesca, la siembra, la escritura y la historia de los dioses.

Desde entonces, vivo en los estanques que quedan del Diluvio. Pero el desierto se agranda a su alrededor, el viento les echa arena, el sol los devora, y muero en mi lecho de limo, mirando las estrellas a través del agua. Allá vuelvo.

(Salta y desaparece en el Nilo.)

HILARIÓN.—¡Es un antiguo dios de los caldeos!

ANTONIO.—

(irónicamente:)

¿Quiénes eran entonces los de Babilonia?

HILARIÓN.—¡Puedes verlos!

(Se encuentran en la plataforma de una torre cuadrangular que domina otras seis torres, las cuales, más estrechas a medida que se elevan, forman una monstruosa pirámide. Abajo se distingue una gran masa negra —la ciudad, sin duda—, extendida en la llanura. El aire es frío, el cielo de un azul oscuro; enormes cantidades de estrellas palpitan.)

(En medio de la plataforma, se alza una columna de piedra blanca. Sacerdotes con trajes de lino dan vueltas alrededor, de forma que describen con sus evoluciones un círculo en movimiento; y, con la cabeza levantada, contemplan los astros.)

HILARIÓN.—

(Señala varios a SAN ANTONIO.)

Hay treinta principales. Quince miran la parte superior de la tierra, quince la inferior. A intervalos regulares, uno de ellos se lanza desde las regiones superiores hacia las más bajas, mientras otro abandona las inferiores para subir hacia las sublimes.

De los siete planetas, dos son beneficiosos, dos malos, tres ambiguos; todo depende, en el mundo, de los fuegos eternos. Según su posición y su movimiento se puede adivinar el porvenir; y tú pisas el lugar más respetable de la tierra. Pitágoras y Zoroastro^[161] se encontraron allí. Hace doce mil años que esos hombres observan el cielo, para conocer mejor a los dioses.

ANTONIO.—Los astros no son dioses.

HILARIÓN.—¡Sí!, dicen ellos; porque las cosas pasan a nuestro alrededor; ¡el cielo,

como la eternidad, permanece inmutable!

ANTONIO.—Hay un amo, sin embargo.

HILARIÓN.—

(mostrando la columna:)

¡Ése, Belus, el primer rayo, el Sol, el Macho! ¡El Otro, al que fecunda, está bajo él!

(ANTONIO ve un jardín, iluminado por lámparas.

Está en medio de la multitud, en una avenida de cipreses. A derecha y a izquierda, pequeños caminos conducen hacia cabañas instaladas en un bosque de granados, defendido por enrejados de caña.

La mayor parte de los hombres lleva gorros puntiagudos y vestidos recargados como el plumaje de los pavos reales. Hay gentes del norte vestidas con pieles de oso, nómadas con mantos de lana oscura, pálidos gangáridas^[162] con largos pendientes; y tanto los rangos como las naciones parecen confundidos, porque los marineros y los canteros se mezclan con los príncipes que llevan tiaras de carbúnculos y altos báculos de pomo labrado. Todos andan dilatando las fosas nasales, acogidos al mismo deseo.

De vez en cuando, se apartan para dejar paso a un gran carro cubierto, tirado por bueyes: o bien se trata de un asno que balancea en su lomo a una mujer llena de velos y que desaparece también entre las cabañas.

ANTONIO tiene miedo; le gustaría volver atrás. Sin embargo, una curiosidad inexplicable le arrastra.

Al pie de los apreses, hay mujeres acurrucadas en fila sobre pieles de ciervo que llevan por diadema una trenza de cuerdas. Algunas, magníficamente vestidas, llaman en alta voz a los que pasan. Las más tímidas ocultan su cara bajo el brazo, mientras que desde atrás una matrona, su madre sin duda, las exhorta. Otras, con la cabeza envuelta en un chal negro y el cuerpo totalmente desnudo, parecen desde lejos estatuas de carne. Cuando un hombre les pone dinero en las rodillas, se levantan.

Y se oyen besos en el follaje, a veces un gran grito agudo.)

Son las vírgenes de Babilonia que se prostituyen a la diosa.

ANTONIO.—¿Qué diosa?

HILARIÓN.—¡Allí está!

(Y le señala, al fondo de la avenida, en el umbral de una gruta iluminada, un bloque de piedra que representa el órgano sexual de una mujer.)

ANTONIO.—¡Ignominia!, ¡qué abominación dar un sexo a Dios!

HILARIÓN.—¡Tú lo imaginas como una persona viva!

(ANTONIO se encuentra de nuevo en las tinieblas.)

(Descubre en el aire un círculo luminoso sobre unas alas horizontales.

Esa especie de anillo rodea, como un cinturón demasiado flojo, el talle de un

hombrecito con una mitra en la cabeza, que lleva una corona en la mano, y cuya parte inferior del cuerpo desaparece bajo grandes plumas en forma de faldón.

Es)

ORMUZ^[163].—

(el dios de los persas.)

(Revolotea gritando:)

¡Tengo miedo! Vislumbro su hocico.

¡Te había vencido, Ahriman^[164]! ¡Pero vuelves a empezar!

Primero, rebelándote contra mí, hiciste perecer al primogénito de las criaturas kaiomortz^[165], el hombre-toro. Corrompiste a la primera pareja humana, Meschía y Meschiané^[166]; y sembraste las tinieblas en los corazones, llevaste al cielo tus batallones.

Yo tenía los míos, el pueblo de las estrellas; y contemplaba desde mi trono los astros escalonados.

Mitra, mi hijo, vivía en un lugar inaccesible. Allí recibía a las almas, las dejaba salir, y se levantaba cada mañana para esparcir su riqueza. La tierra reflejaba el esplendor del firmamento. El fuego brillaba en las montañas, imagen del otro fuego con el que yo había creado a todos los seres. Para protegerla de impurezas, no se quemaba a los muertos. El pico de los pájaros los llevaba hacia el cielo.

Yo había regulado los pastos, las labores, el bosque del sacrificio, la forma de las copas, las palabras que es preciso decir para el insomnio, y mis sacerdotes estaban continuamente rezando, para que la ofrenda tuviera la eternidad del Dios. Los fieles se purificaban con agua, se ofrecían panes en los altares, confesaban en voz alta sus crímenes.

Homa^[167] se dio a beber a los hombres, para comunicarles su fuerza.

Mientras los genios del cielo combatían a los demonios, los hijos del Irán^[168] perseguían a las serpientes. El Rey, al que servía arrodillada una corte innumerable, representaba mi persona, llevaba mi tocado. Sus jardines tenían la magnificencia de una tierra celestial; y su tumba le representaba degollando a un monstruo —emblema del Bien que extermina al Mal.

Porque yo debía un día, gracias al tiempo sin límites, vencer definitivamente a Ahriman.

Pero la distancia entre nosotros dos desaparece; ¡la noche sube! ¡A mí, Amschaspands, Izeds, Feruers^[169]! ¡Socorro, Mitra!, ¡coge tu espada! ¡Caosyac^[170], tú que debes venir para la liberación universal, defiéndeme! ¿Cómo?... ¡Nadie!

¡Ah!, ¡me muero! ¡Ahriman, tú eres el amo!

(HILARIÓN, detrás de ANTONIO, retiene un grito de alegría, y ORMUZ se hunde en las tinieblas.)

(Entonces aparece:)

LA GRAN DIANA DE ÉFESO^[171].—

(negra, con ojos de esmalte, los codos en los flancos, los antebrazos separados, las manos abiertas.

Unos leones trepan por sus hombros; frutos, flores y estrellas se entrecruzan en su pecho; más abajo se descubren tres filas de senos; y desde el vientre hasta los pies, está metida en una hornacina estrecha desde la que se abalanzan toros, ciervos, grillos y abejas. Se la descubre a la blanca claridad que forma un disco de plata, redondo como la luna llena, colocado detrás de su cabeza.)

¿Dónde está mi templo?

¿Dónde están mis amazonas?

¡Qué me pasa... a mí, la incorruptible, que me siento desvanecer!

(Sus flores se marchitan. Sus frutos demasiado maduros se desprenden. Los leones, los toros le cuelgan del cuello; los ciervos babean agotados; las abejas, zumbando, mueren en el suelo.

Aprieta, uno tras otro, sus senos. ¡Están vacíos! Pero tras un esfuerzo desesperado su hornacina estalla. La coge como si fuera el pliegue de un vestido, echa en ella sus animales, sus flores, luego entra en la oscuridad.

Y a lo lejos, unas voces murmuran, gruñen, rugen, braman y mugen. El espesor de la noche se ve aumentado por los alientos. Caen las gotas de una lluvia caliente.)

ANTONIO.—¡Qué bueno es el perfume de las palmeras, el temblor de las hojas verdes, la transparencia de los manantiales! ¡Quisiera acostarme boca abajo en la tierra para sentirla contra mi corazón; y mi vida se fortalecería en su juventud eterna!

(Oye un ruido de castañuelas y címbalos —y, en medio de una multitud campesina, algunos hombres, vestidos con túnicas blancas de bandas rojas, llevan un asno, ricamente enjaezado, con la cola adornada con cintas, las patas pintadas.

Una caja, cubierta por una gualdrapa de tela amarilla, se bambolea sobre su lomo entre dos cestas; una recibe las ofrendas: huevos, uvas, peras y quesos, aves, monedas; y la segunda está llena de rosas, que los conductores del asno deshojan ante él, al andar.

Llevan pendientes, grandes mantos, los cabellos trenzados, las mejillas pintadas; una corona de olivo se cierra sobre la frente por un medallón con una figurilla; llevan cuchillos en la cintura; y sacuden látigos de mango de ébano, que tienen tres correas guarnecidas de huesos.

Los últimos del cortejo colocan en el suelo, derecho como un candelabro, un gran pino que arde por la copa, y cuyas ramas más bajas dan sombra a un corderillo.

El asno se ha detenido. Retiran la gualdrapa. Debajo, hay una segunda envoltura de fieltro negro. Entonces, uno de los hombres de túnica blanca se pone a bailar, tocando los crótalos; otro, de rodillas ante la caja, toca el tamboril, y)

EL MÁS VIEJO DEL GRUPO.—

(empieza:)

¡Ésta es la Buena Diosa, la Ida de las montañas, la gran madre de Siria!

¡Acercaos, buenas gentes!

Da la felicidad, cura a los enfermos, otorga herencias y satisface a los enamorados. Nosotros la paseamos por los campos con tiempo bueno y malo.

A menudo nos acostamos al aire libre, y no todos los días tenemos una mesa bien servida. Los ladrones viven en los bosques. Las bestias salen de sus cavernas. Caminos resbaladizos bordean los precipicios. ¡Aquí está! ¡Aquí está!

(Levantán la cubierta; y se ve una caja, con pequeñas piedras incrustadas.)

Más alta que los cedros, se cierne en el éter azul. Más vasta que el viento, rodea el mundo. Las fosas nasales de los tigres exhalan su respiración; su voz retumba bajo los volcanes, su cólera es la tempestad; la palidez de su cara ha blanqueado la luna. Ella madura las cosechas, dilata la corteza de los árboles, hace crecer la barba. ¡Dadle algo, porque detesta a los avaros!

(La caja se entreabre; y se descubre, bajo un pabellón de seda azul, una pequeña imagen de Cibele, resplandeciente de lentejuelas, coronada de torres y sentada en un carro de piedra roja, tirado por dos leones con la pata levantada.)

La multitud se empuja para ver.)

EL ARCHIGALO^[172].—

(continúa:)

Le gusta el fragor de los tímpanos, el pataleo de los pies, el aullido de los lobos, las montañas sonoras y las gargantas profundas, la flor del almendro, la granada y los higos verdes, la danza que gira, las flautas que suenan, la savia azucarada, la lágrima salada, ¡sangre! ¡A ti!, ¡a ti, Madre de las montañas!

(Se flagelan con sus látigos, y los golpes resuenan en su pecho; la piel de los tambores vibra como si fuera a estallar. Cogen sus cuchillos, se rajan los brazos.)

Está triste; ¡estemos tristes! ¡Hay que sufrir para complacerla! Por ese camino, vuestros pecados serán perdonados. La sangre lo lava todo; ¡echadle las gotas, como si fueran flores! ¡Ella pide la de otro, la de un puro!

(El ARCHIGALO levanta su cuchillo sobre el cordero.)

ANTONIO.—

(Lleno de espanto:)

¡No degolléis al cordero!

(Una oleada de púrpura resplandece.)

El sacerdote rocía con ella a la multitud; y todos —comprendidos ANTONIO e HILARIÓN—, colocados en torno al árbol que arde, observan en silencio las últimas palpitaciones de la víctima.

De entre los sacerdotes sale una MUJER, exactamente igual a la imagen encerrada en la caja.

Se detiene, al ver a un JOVEN que lleva un gorro frigio.

Sus muslos están revestidos de un pantalón estrecho, abierto aquí y allá por rombos regulares cerrados con nudos de color. Apoya el codo en una de las ramas

del árbol, con una flauta en la mano, en una postura lánguida.)

CIBELES.—

(rodeándole la cintura con ambos brazos:)

Para encontrarte, he recorrido todas las regiones, y el hambre assolaba los campos. ¡Me engañaste! ¡No importa, te amo! ¡Calienta mi cuerpo!, ¡unámonos!

ATIS^[173].—¡Ya no volverá la primavera, oh Madre eterna! A pesar de mi amor, no me es posible penetrar en tu esencia. Quisiera cubrirme con un vestido teñido, como el tuyo. Deseo tus senos llenos de leche, la largura de tus cabellos, tus amplias entrañas de donde salen los seres. ¡No soy tú!, ¡no soy mujer! ¡No, jamás!, ¡vete! ¡Mi virilidad me produce horror!

(Con una piedra cortante se castra, luego se echa a correr furioso, levantando en el aire su miembro cortado.)

Los sacerdotes hacen como el dios, los fieles como los sacerdotes. Hombres y mujeres cambian sus vestidos, se abrazan; y el torbellino de carnes ensangrentadas se aleja, mientras las voces, que se oyen todavía, se vuelven más chillonas y estridentes, como las voces de los funerales.)

(Un gran catafalco cubierto de púrpura lleva en lo alto un lecho de ébano, rodeado de antorchas y cestas de filigranas de plata, donde verdean lechugas, malvas y plantas aromáticas. En las gradas, de arriba abajo, hay mujeres sentadas, vestidas de negro, el cinturón desatado, los pies descalzos, sujetando con aire melancólico grandes ramos de flores.)

En el suelo, a ambos lados del estrado, unas urnas de alabastro llenas de mirra humean, lentamente.

Se distingue en el lecho el cadáver de un hombre. Sangra por el muslo. Deja que cojan su brazo; y un perro, que ladra, lame sus uñas.

La línea de las antorchas demasiado apretadas impide ver su cara; y ANTONIO se ve apresado por la angustia. Tiene miedo de reconocer a alguien.

Los sollozos de las mujeres cesan; y tras un intervalo de silencio,)

TODAS.—

(a la vez salmodian:)

¡Bello!, ¡bello!, ¡es bello! ¡Ya has dormido bastante, levanta la cabeza! ¡De pie!

¡Aspira nuestros ramos!, son narcisos y anémonas cogidos en tus jardines para complacerte. ¡Reánimate, nos das miedo!

¡Habla!, ¿qué necesitas? ¿Quieres beber vino?, ¿quieres acostarte en nuestros lechos?, ¿quieres comer panes de miel en forma de pajaritos?

¡Apretemos sus caderas, besemos su pecho!, ¡mira!, ¡mira!, ¡sientes nuestros dedos llenos de anillos que corren por tu cuerpo, y nuestros labios que buscan tu boca, y nuestros cabellos que limpian tus muslos, dios desmayado, sordo a nuestras plegarias!

(Lanzan gritos, desgarrándose la cara con las uñas, luego se callan, y se siguen oyendo los ladridos del perro.)

¡Mirad! ¡Mirad! ¡La sangre negra corre por su carne blanquísima! Sus rodillas se doblan; sus costados se hunden. Las flores de su rostro han empapado la púrpura. ¡Está muerto! ¡Lloremos! ¡Desolémonos!

(Llegan, en fila, a depositar entre las antorchas sus largas cabelleras, parecidas de lejos a serpientes negras o rubias; y el catafalco desciende suavemente hasta el nivel de una gruta, un sepulcro tenebroso que se abre por atrás.

Entonces)

UNA MUJER.—

(se inclina sobre el cadáver.

Sus cabellos, que no ha cortado, la envuelven de la cabeza a los pies. Derrama tantas lágrimas que su dolor no debe ser como el de las demás, sino sobrehumano, infinito.

ANTONIO *piensa en la madre de Jesús.*

Ella dice:)

Te escapaste del oriente; y me tomaste en tus brazos mientras yo temblaba a causa del rocío, ¡oh, Sol! Unas palomas volaban sobre el azul de tu manto, nuestros besos agitaban el follaje; y yo me abandonaba a tu amor, gozando del placer de mi debilidad.

¡Ay de mí!, ¡ay de mí! ¿Por qué fuiste a recorrer las montañas?

¡En el equinoccio de otoño te hirió un jabalí! Estás muerto; y las fuentes lloran, los árboles se inclinan. El viento de invierno sopla entre las malezas desnudas.

Mis ojos van a cerrarse, porque las tinieblas te cubren. Ahora, vives en el otro lado del mundo, junto a mi más poderosa rival.

¡Oh, Perséfone, que todo lo bello descienda sobre ti, y no te abandone jamás!

(Mientras hablaba, sus compañeras han cogido al muerto para bajarle al sepulcro. Se les queda entre las manos. Sólo era un cadáver de cera.

ANTONIO *siente como una sensación de alivio.*

Todo se desvanece, y la cabaña, las rocas, la cruz vuelven a aparecer.)

(Sin embargo, descubre al otro lado del Nilo a una MUJER de pie en medio del desierto.

Tiene en la mano el bajo de un largo velo negro que le oculta el rostro, y lleva en el brazo izquierdo a un niño al que amamanta. A su lado, un gran mono está acurrucado en la arena.

Levanta la cabeza hacia el cielo; y a pesar de la distancia se oye su voz.)

ISIS^[174].—¡Oh, Neith^[175], principio de las cosas!

¡Ammón, señor de la eternidad, Ptah, demiurgo, Thoth, su inteligencia, dioses del Amenthi, tríadas particulares de los nomos^[176], gavilanes en el firmamento, esfinge al borde de los templos, ibis entre los cuernos de los bueyes, planetas, constelaciones,

riberas, murmullos del viento, reflejos de la luz, decidme dónde se encuentra Osiris^[177]!

Le he buscado por todos los canales y todos los lagos, más lejos todavía, hasta Biblos^[178] la fenicia. Anubis^[179], con las orejas tiesas, brincaba a mi alrededor, chillando y escarbando con su hocico las matas de tamarindos. ¡Gracias, buen cinocéfalo, gracias!

(Da al mono, amistosamente, dos o tres golpecitos en la cabeza.)

¡El horrible Tifón^[180] de pelo rojo le había matado, hecho pedazos! Encontramos todos sus miembros. ¡Pero no tengo el que me hacía fecunda!

(Lanza agudas lamentaciones.)

ANTONIO.—

(se enfurece. Le tira piedras, injuriándola.)

¡Impúdica!, ¡vete, vete!

HILARIÓN.—¡Respétala! ¡Era la religión de tus antepasados!, llevaste sus amuletos en tu cuna.

ISIS.—Antaño, cuando llegaba el verano, la inundación empujaba hacia el desierto a las bestias impuras. Los diques se abrían, los barcos entrechocaban, la tierra anhelante bebía el río con embriaguez. Dios de los cuernos de toro, te recostabas en mi pecho, ¡y oíamos el mugido de la vaca eterna!

Las siembras, las cosechas, la trilla de los granos y las vendimias se sucedían regularmente, según el orden de las estaciones. En las noches siempre puras, brillaban grandes estrellas. Los días estaban bañados de un invariable esplendor. Se veía, como una pareja real, al Sol y a la Luna a ambos lados del horizonte.

Los dos reinábamos en un mundo más sublime, monarcas-gemelos, esposos desde el seno de la eternidad, él, con un cetro de cabeza de cucufa^[181], yo con un cetro de flor de loto, los dos de pie con las manos juntas, y la ruina del imperio no cambiaba nuestra actitud.

Egipto se extendía bajo nosotros, monumental y serio, largo como el corredor de un templo, con obeliscos a la derecha, pirámides a la izquierda, el laberinto en medio, y por todas partes avenidas de monstruos, bosques de columnas, pesados pilones flanqueando puertas que mantienen en lo más alto el globo de la tierra entre dos alas.

Los animales del zodiaco se encontraban en sus pastos, llenaban con sus formas y sus colores su escritura misteriosa. Dividida en dos regiones de la misma forma que el año lo está en doce meses —cada mes, cada día tenía su dios—, reproducía el orden inmutable del cielo; y el hombre al expirar no perdía su rostro; pero, saturado de perfumes, convertido en indestructible, dormiría durante tres mil años en un Egipto silencioso.

Aquél, más grande que el otro, se extendía bajo la tierra.

Se descendía hasta él por escaleras que conducían a unas salas donde estaban reproducidas las alegrías de los buenos, las torturas de los malos, todo lo que ha

tenido lugar en el tercer mundo invisible. Colocados a lo largo de los muros, los muertos en ataúdes pintados esperaban su hora; y el alma exenta de migraciones continuaba su adormecimiento hasta el despertar de otra vida.

Osiris, sin embargo, vino a verme alguna vez. Su sombra me convirtió en madre de Harpócrates^[182].

(Contempla al niño.)

¡Es él! ¡Son sus ojos; son sus cabellos, trenzados como cuernos de carnero!, tú continuarás sus obras. Volveremos a florecer como los lotos. ¡Sigo siendo la gran Isis!, ¡todavía nadie ha levantado mi velo!, ¡mi fruto es el sol!

¡Sol de primavera, las nubes oscurecen tu rostro! El aliento de Tifón devora las pirámides. He visto, hace un momento, huir a la esfinge. Galopaba como un chacal.

Busco a mis sacerdotes —mis sacerdotes con mantos de lino, con grandes arpas, y que llevaban una barquilla mística, adornada de páteras de plata—. ¡Ya no hay fiestas en los lagos!, ¡ni iluminaciones en mi delta!, ¡ni copas de leche en Filae! Apis no aparece, desde hace mucho tiempo.

¡Egipto! ¡Egipto!, ¡tus grandes dioses inmóviles tienen los hombros blanqueados por el excremento de los pájaros, y el viento que pasa por el desierto mueve la ceniza de tus muertos! —Anubis, guardián de las sombras, ¡no me abandones!

(El cinocéfalo se ha desvanecido.)

(Zarandea a su hijo.)

Pero... ¿qué tienes?... tus manos están frías, ¡tu cabeza cuelga!

(Harpócrates acaba de morir.)

Entonces ella lanza al aire un grito tan agudo, fúnebre y desgarrador, que ANTONIO contesta con otro grito, abriendo sus brazos para sostenerla.

Pero ella ya no está. Baja la cara, lleno de vergüenza.

Todo lo que acaba de ver se confunde en su espíritu. Es como el aturdimiento de un viaje, el malestar de una borrachera. Quisiera odiar; y, sin embargo, una vaga piedad entenece su corazón. Se echa a llorar amargamente.)

HILARIÓN.—¿Por qué estás triste?

ANTONIO.—

(tras haber meditado, durante mucho rato:)

¡Pienso en todas las almas perdidas por esos falsos dioses!

HILARIÓN.—¿No encuentras que tienen... a veces... como ciertas semejanzas con el verdadero?

ANTONIO.—Es una artimaña del Diablo para seducir mejor a los fieles. Ataca a los fuertes por medio del espíritu, a los demás por la carne.

HILARIÓN.—Pero la lujuria, en sus furores, tiene el desinterés de la penitencia. El amor frenético del cuerpo le acelera su destrucción y proclama con su debilidad la

magnitud de lo imposible.

ANTONIO.—¡Qué me importa eso a mí! ¡Mi corazón se llena de repugnancia ante esos dioses brutales, ocupados siempre en matanzas o incestos!

HILARIÓN.—Recuerda en la Escritura todas las cosas que te escandalizan, porque no sabes comprenderlas. De la misma forma, esos dioses, bajo sus formas criminales, pueden contener la verdad. Sólo te falta verlos. ¡Date la vuelta!

ANTONIO.—¡No!, ¡no!, ¡es un peligro!

HILARIÓN.—Hace un momento querías conocerles.

¿Acaso tu fe puede vacilar ante la mentira? ¿Qué temes?

(Las rocas que están frente a ANTONIO se han convertido en una montaña.

Una línea de nubes la corta a media altura; y por encima aparece otra montaña, enorme, completamente verde, con hondonadas desiguales de pequeños valles, y en cuya cima, en un bosque de laureles, hay un palacio de bronce con tejas de oro y capiteles de marfil.

En el peristilo, sobre un trono, JÚPITER, colosal con el torso desnudo, tiene la victoria en una mano, el rayo en la otra; y el águila, entre sus piernas, alza la cabeza.

JUNO, a su lado, mueve sus grandes ojos, sobre los cuales lleva una diadema de donde se escapa en forma de vapor un velo que flota al viento.

Detrás, MINERVA, en un pedestal, se apoya en su lanza. La piel de la gorgona le cubre el pecho; y un peplo de lino descende en pliegues regulares hasta las uñas de sus pies. Sus ojos glaucos, que brillan bajo su corona, miran a lo lejos, atentamente.

A la derecha del palacio, el viejo NEPTUNO cabalga sobre un delfín que golpea con sus aletas un gran azur que es el cielo o el mar, porque la perspectiva del océano se desvanece en el éter azul; los dos elementos se confunden.

Al otro lado, PLUTÓN, feroz, con un manto del color de la noche, una tiara de diamantes y un cetro de ébano, está en medio de una isla rodeada por las circunvoluciones de la Estigia, y el río de sombra va a lanzarse a las tinieblas que forman en el fondo del acantilado un gran agujero negro, un abismo sin formas.

MARTE, vestido de bronce, enarbola con aire furioso su gran escudo y su espada.

HÉRCULES, más abajo, le contempla, apoyado en su maza.

APOLO, con la cara resplandeciente, conduce, con el brazo derecho extendido, cuatro caballos blancos que galopan; y CERES, en un carro tirado por bueyes, avanza hacia él con una hoz en la mano.

MARTEBACO va tras ella, en un carro más bajo, suavemente tirado por lince. Gordo, imberbe y con pámpanos en la frente, pasa llevando una cratera de la que se desborda el vino. SILENO, a su lado, se tambalea sobre un asno. PAN, con las orejas puntiagudas, sopla en la siringa; las Mimalónidas^[183] tocan tambores, las Ménades lanzan flores, las Bacantes vuelven la cabeza hacia atrás, con los cabellos al viento.

DIANA, con la túnica recogida, sale del bosque con sus ninfas.

Al fondo de una caverna, VULCANO forja el hierro entre los Cabiros; aquí y allá los viejos Ríos, apoyados en piedras verdes, vierten sus jarros; las Musas cantan en los valles.

Las Horas, de igual estatura, se dan la mano; y MERCURIO se apoya en un arco iris, con su caduceo, sus talares y su petaso.

Pero en lo alto de la escalera de los dioses, entre nubes suaves como plumas y cuyas volutas al girar dejan caer rosas VENUS ANADIÓMENE^[184], se mira en un espejo; sus pupilas se deslizan lánguidamente bajo sus párpados un poco pesados.

Tiene largos cabellos rubios que bajan por sus hombros, los senos pequeños, el talle fino, las caderas anchas como la silueta de las liras, los muslos completamente redondos, hoyuelos en las rodillas y delicados pies; no lejos de su boca una mariposa revolotea. El esplendor de su cuerpo forma a su alrededor un halo de nácar brillante; y todo el resto del Olimpo está bañado en una luz roja, que alcanza insensiblemente las alturas del cielo azul.)

ANTONIO.—¡Ah!, mi pecho se dilata. ¡Una alegría que no conocía me llega hasta el fondo del alma! ¡Qué bello! ¡Qué bello!

HILARIÓN.—Se asomaban desde lo alto de las nubes para dirigir las espadas; se les encontraba al borde de los caminos, habitaban las casas; y esa familiaridad divinizaba la vida.

Su única meta era ser libre y bella. Los amplios vestidos facilitaban la nobleza de las actitudes. La voz del orador, adiestrada por el mar, golpeaba como ondas sonoras los pórticos de mármol. El efebo, frotado con aceite, luchaba desnudo a pleno sol. La acción más religiosa era descubrir las formas puras.

Y los hombres respetaban a las esposas, a los viejos, a los suplicantes. Detrás del templo de Hércules, había un altar a la Piedad.

Inmolaban a las víctimas con flores alrededor de los dedos. Incluso el recuerdo estaba exento de la podredumbre de los muertos. Sólo quedaba de ellos un poco de ceniza. ¡El alma, mezclada con el éter sin límites, iba hacia los dioses!

(Acercándose al oído de ANTONIO:)

¡Y viven todavía! El emperador Constantino adora a Apolo. Encontrarás la Trinidad en los misterios de Samotracia, el bautismo en Isis, la redención en Mitra, el martirio de un dios en las fiestas de Baco. ¡Proserpina es la Virgen!... ¡Aristeo, Jesús!

ANTONIO.—

(permanece con los ojos bajos; luego, de pronto, repite el símbolo de Jerusalén^[185] —como lo recuerda—, lanzando a cada frase un largo suspiro:)

¡Creo en un solo Dios, Padre, y en un solo Señor, Jesucristo, hijo primogénito de Dios, que se encarnó y se hizo hombre, que fue crucificado y sepultado, que subió al cielo, que vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos, cuyo reino no tendrá fin; y en un solo Espíritu Santo, y en un solo bautismo de arrepentimiento, y en una sola santa Iglesia católica, y en la resurrección de la carne, y en la vida eterna!

(En seguida la cruz se agranda y, traspasando las nubes, proyecta una sombra en el cielo de los dioses.

Todos palidecen. El Olimpo se ha estremecido.

ANTONIO descubre en su base, medio perdidos en las cavernas, o sosteniendo piedras con los hombros, grandes cuerpos encadenados. Son los Titanes, los Gigantes, los Hecatónquiros^[186], los Cíclopes.)

UNA VOZ.—

(se eleva indeterminada y formidable, como el rumor de las olas, como el ruido de los bosques bajo la tempestad, como el zumbido del viento en los precipicios:)

¡Nosotros ya lo sabíamos! Los dioses deben acabar. Urano fue mutilado por Saturno, Saturno por Júpiter. Él también será aniquilado. Cada uno en su momento; ¡es el destino!

(y poco a poco, se hunden en la montaña, desaparecen.

Mientras tanto las tejas del palacio de oro emprenden el vuelo.)

JÚPITER.—

(ha bajado de su trono. El rayo, a sus pies, humea como un tizón a punto de apagarse; y el águila, estirando el cuello, recoge con el pico las plumas que se le caen.)

¡Ya no soy el amo de las cosas, muy-bueno, muy-grande, dios de las fraternidades^[187] y de los pueblos griegos, progenitor de todos los reyes, Agamenón del cielo!

Águila de las apoteosis, ¿qué soplo del Erebo^[188] te ha empujado hasta mí?, o, volando desde el campo de Marte, ¿acaso me traes el alma del último de los emperadores?

¡Ya no quiero las de los hombres! Que la tierra las guarde, y que se agiten al nivel de su bajeza. Ahora tienen costumbres de esclavos, olvidan las injurias, los antepasados, las blasfemias; y en todas partes triunfa la estupidez de las muchedumbres, la mediocridad del individuo, ¡el horror de las razas!

(Su respiración le agita los costados hasta romperlos, y aprieta los puños. Hebe, llorando, le presenta una copa. Él la coge.)

¡No!, ¡no! Mientras haya, no importa dónde, una cabeza que encierre un pensamiento, que odie el desorden y conciba la Ley, ¡el espíritu de Júpiter vivirá!

(Pero la copa está vacía.

La inclina lentamente sobre la uña de su dedo.)

¡Ni una gota! ¡Cuando la ambrosía falta, los Inmortales se van!

(La copa le resbala de las manos; y él se apoya contra una columna, sintiéndose morir.)

JUNO.—¡Para qué sirvió tener tantos amores! ¡Águila, toro, cisne, lluvia de oro, nube y llama, has tomado las formas, desviado tu luz a todos los elementos, perdido tus cabellos en todos los lechos! ¡El divorcio es irrevocable esta vez —y nuestra dominación, nuestra existencia acabadas!

(Se aleja por el aire.)

MINERVA.—

(ya no tiene la lanza; y unos cuervos, que anidaban en las esculturas del friso, dan vueltas a su alrededor, le muerden el casco.)

Dejadme ver si mis bajeles, surcando el mar brillante, han vuelto de mis tres puertos, por qué los campos están desiertos, y qué hacen ahora las hijas de Atenas.

En el mes de Hecatombeón^[189], mi pueblo entero se dirigía hacia mí, conducido por sus magistrados y sus sacerdotes. Luego avanzaban vestidas de blanco con jirones de oro largas filas de vírgenes que llevaban copas, cestas, parasoles; luego, los trescientos bueyes del sacrificio, viejos que agitaban ramas verdes, soldados que entrechocaban sus armaduras, efebos que cantaban himnos, músicos con sus flautas y sus liras, rapsodas, danzarinas; por fin, en el mástil de un trirreme que andaba sobre ruedas, mi gran velo bordado por vírgenes, a las que se había educado durante un año de forma especial; y cuando se había mostrado en todas las calles, y ante todos los templos, en medio del cortejo que no dejaba de salmodiar, subía paso a paso la colina de la Acrópolis, rozaba los Propileos, y entraba en el Partenón.

¡Pero me invade un estremecimiento, a mí, la habilidosa! ¡Cómo, cómo, ni una sola idea! Estoy temblando como una mujer.

(Ve una ruina tras ella, lanza un grito y, golpeada en la frente, cae al suelo de espaldas.)

HÉRCULES.—

(se ha despojado de su piel de león; y apoyándose en los pies, doblando la espalda, mordiéndose los labios, hace esfuerzos desmesurados por sostener el Olimpo que se desploma.)

He vencido a los Cércopes^[190], a las Amazonas y a los Centauros. He matado a muchos reyes. Arranqué el cuerno de Aqueloo^[191], un gran río. Corté las montañas, reuní los océanos. A los países esclavos, los liberé; a los países vacíos, los poblé. Recorrí las Galias. Atravesé el desierto donde se tiene sed. Defendí a los dioses, y me desligué de Onfalia. Pero el Olimpo pesa mucho. Mis brazos se debilitan. ¡Me muero!

(Es aplastado bajo los escombros.)

PLUTÓN.—¡Es culpa tuya, Anfitriónada^[192]! ¿Por qué descendiste a mi imperio?

El buitre que come las entrañas de Tirios^[193] levantó la cabeza, Tántalo humedeció los labios, la rueda de Ixion se detuvo.

Sin embargo, las Keres^[194] alargaban sus uñas para retener a las almas; las Furias desesperadas retorcían las serpientes de sus cabellos; y Cerbero, atado por ti con una cadena, agonizaba, babeando por sus tres hocicos.

Tú habías dejado la puerta entreabierta. Otros llegaron. ¡El día de los hombres ha penetrado en el Tártaro!

(Se hunde en las tinieblas.)

NEPTUNO.—Mi tridente ya no provoca tempestades. Los monstruos que atemorizaban están podridos en el fondo de las aguas.

¡Anfitrite, cuyos blancos pies corrían sobre la espuma, las verdes Nereidas que se veían en el horizonte, las Sirenas llenas de escamas que detenían los barcos para contar historias, y los viejos Tritones que soplaban en las rocas, todo ha muerto! ¡La alegría del mar ha desaparecido!

¡No le sobreviviré! ¡Que el vasto océano me acoja!

(Se desvanece en el mar.)

DIANA.—

(vestida de negro, y en medio de sus perros que se han convertido en lobos:)

La independencia de los grandes bosques me deslumbró, con el olor de los venados y la exhalación de los pantanos. Las mujeres, a las que protegía en sus embarazos, dan a luz niños muertos. La luna tiembla bajo el hechizo de las brujas. Tengo deseos de violencia y de inmensidad. ¡Quiero tomar venenos, perderme en los vapores, en los sueños!...

(Y una nube pasa y la lleva.)

MARTE.—

(con la cabeza descubierta, ensangrentado:)

Al principio, combatí solo, provocando por medio de injurias a todo un ejército, indiferente a las naciones y por el placer de la matanza. Luego, tuve compañeros. Andaban al son de las flautas, en buen orden, con pasos iguales, respirando por encima de sus escudos, alto el penacho, la lanza oblicua. Se lanzaban al combate con grandes gritos de águila. La guerra era maravillosa como un festín. Trescientos hombres lucharon contra toda Asia.

¡Pero vuelven los Bárbaros!, ¡y a millares, por millones! ¡Ya que el número, las máquinas y la astucia son más fuertes, es mejor acabar como un valiente!

(Se mata.)

VULCANO.—

(enjugando con una esponja sus miembros sudorosos:)

El mundo se enfría. ¡Hay que calentar las fuentes, los volcanes y los ríos subterráneos que arrastran los metales! ¡Forjad más deprisa!, ¡actividad!, ¡con todas vuestras fuerzas!

(Los Cabiros se hieren con los martillos, se ciegan con las chispas, y, andando a tientas, se pierden en la sombra.)

CERES.—

(de pie en su carro, transportado por ruedas aladas:)

¡Detente!, ¡detente!

¡Tenían razón al excluir a los extranjeros, a los ateos, a los epicúreos y a los cristianos! ¡Ha sido desvelado el misterio de la cesta^[195], profanado el santuario, todo está perdido!

(Desciende rápidamente por una pendiente, desesperada, gritando, arrancándose

los cabellos.)

¡Ah!, ¡mentira! ¡Daira^[196] no me ha sido devuelta! El bronce me llama hacia los muertos. ¡Es otro Tártaro! ¡Ya no volveré más! ¡Horror!

(El abismo la traga.)

BACO.—

(riendo, frenéticamente:)

¡Qué importa!, ¡la mujer del arconte^[197] es mi esposa! La ley también se embriaga. ¡A mí el canto nuevo y las formas múltiples!

El fuego que devoró a mi madre corre por mis venas. ¡Que arda más fuerte, si debo perecer! ¡Macho y hembra, bueno para todos, me entrego a vosotras, Bacantes!, ¡me entrego a vosotros, Bacantes!, ¡y la viña se enroscará al tronco de los árboles! ¡Gritad, danzad, retorced! ¡Desatad al tigre y al esclavo!, ¡con dientes feroces, morded la carne!

(Y Pan, Sileno, los Sátiros, las Bacantes, las Mimalónidas y las Ménades, con sus serpientes, sus antorchas, sus máscaras negras, se tiran flores, descubren un falo, lo besan —tocan los tímpanos, golpean sus tirsos, se apedrean con conchas, comen uvas, estrangulan a un carnero, y desgarran a BACO).

APOLO.—

(azotando a sus corceles, y cuyos cabellos blancos flotan al viento:)

He dejado tras de mí a Delos la pedregosa, tan pura que ahora todo parece muerto; e intento llegar a Delfos antes de que su hálito inspirador esté completamente perdido. Los mulos pastan su laurel. La Pitia descarriada no encuentra ya el camino.

¡Por una concentración más fuerte, haré poemas sublimes, monumentos eternos; y toda la materia será penetrada de las vibraciones de mi cítara!

(Puntea las cuerdas. Pero estallan, azotándole en la cara. Tira la cítara golpeando a su cuadriga con furor:)

¡No!, ¡basta de formas! ¡Más lejos todavía! ¡A la cima! ¡A la idea pura!

(Pero los caballos, al retroceder, se encabritan, rompen el carro; y enredado con los trozos del timón, la maraña de correajes, cae al abismo de cabeza.

El cielo se ha oscurecido.)

VENUS.—

(morada por el frío, tirita.)

Yo hice con mi cinturón el horizonte de Grecia.

Sus campos brillaban con las rosas de mis mejillas, sus riberas tenían la forma de mis labios; y sus montañas, más blancas que mis palomas, palpitaban bajo la mano de los estatuarios. Mi alma aparecía en la disposición de las fiestas, el arreglo de los peinados, el diálogo de los filósofos, la constitución de las repúblicas. ¡Pero he querido demasiado a los hombres! ¡El Amor me ha deshonrado!

(Se vuelve llorando.)

El mundo es abominable. ¡Le falta aire a mi pecho!

¡Oh, Mercurio, inventor de la lira y conductor de las almas, llévame!

(Se pone un dedo en la boca, y describiendo una inmensa parábola, cae al abismo.)

(Ya no se ve nada. Las tinieblas son completas.)

(Sin embargo, de las pupilas de HILARIÓN se escapan como dos flechas rojas.)

ANTONIO.—

(advierte por fin su alta estatura.)

Varias veces, mientras hablabas, me ha parecido que crecías; y no era una ilusión. ¿Cómo?, explícame... ¡Tu persona me espanta!

(Unos pasos se acercan.)

¿Qué es eso?

HILARIÓN.—

(extiende su brazo.)

¡Mira!

(Entonces, bajo un pálido rayo de luna, ANTONIO descubre una interminable caravana que desfila por encima de las rocas; y cada viajero, uno tras otro, cae del acantilado al abismo.)

Aparecen primero los tres grandes dioses de Samotracia, Axieros, Axiokeros y Axiokersa^[198], unidos en un haz, vestidos de púrpura y alzando las manos.

Esculapio avanza con aire melancólico, sin ni siquiera ver a Samos y a Telesforo^[199], que le preguntan con angustia. Sosípolis^[200], con forma de pitón, arrastra sus anillos hacia el abismo. Doesponé^[201], presa de vértigo, se lanza por sí misma. Britomartis^[202], gritando de miedo, se agarra a las mallas de su red. Los Centauros llegan a todo galope, y caen mezclados en el negro agujero.

Tras ellos, anda renqueando el grupo quejumbroso de las Ninfas. Las de las praderas están cubiertas de polvo, las de los bosques gimen y sangran, heridas por el hacha de los leñadores.

Los Geludos, los Estringes, las Empusas^[203], todas las diosas infernales, confundiendo sus garfios, sus antorchas, sus víctimas, forman una pirámide; y en lo alto, sobre una piel de buitre, Eurínome^[204], azulada como las moscas de carne, se devora los brazos.

Luego, en un torbellino desaparecen a la vez: Ortia la sanguinaria, Himnia de Orcómenes, la Lafria de los Pairéanos, Afia de Egina, Bendis de Tracia, Estinfalia con muslos de pájaro^[205]. Tríopas, en lugar de tres pupilas, sólo tiene tres órbitas. Erictonio^[206], con las piernas muertas, avanza como un lisiado sobre sus muñecas.)

HILARIÓN.—¡Qué alegría, verdad, verles a todos en la abyección y la agonía! Sube conmigo a esta piedra; y serás como Jerjes, cuando pasaba revista a su ejército.

Allí, muy lejos, en medio de las brumas, ¿ves ese gigante con barba rubia que deja caer una espada manchada de sangre?, es el escita Zalmoxis^[207], entre dos planetas: Artimpasa, Venus, y Orsiloché, la Luna.

Más lejos, emergiendo de las pálidas nubes, están los dioses que adoraban los cimerios, ¡incluso más allá de Thulé^[208]!

Sus grandes salas estaban calientes; a la luz de las espadas desnudas que tapizaban la bóveda, bebían aguamiel en cuernos de marfil. Comían hígado de ballena en platos de cobre forjado por demonios; o bien, escuchaban cómo los brujos cautivos extendían sus manos hacia las rejas de piedra.

¡Están cansados! ¡Tienen frío! La nieve hace pesadas sus pieles de oso, y sus pies asoman por los desgarrones de las sandalias.

Lloran las praderas, donde sobre cerros de hierba recobraban el aliento en las batallas, las largas naves cuya proa cortaba los montes de hielo, y los patines que llevaban para seguir la órbita de los polos, llevando en sus brazos el firmamento que daba vueltas con ellos.

(Una ráfaga de escarcha les envuelve. ANTONIO aparta su mirada hacia otro lado.

Y ve —destacándose en negro sobre un fondo rojo— extraños personajes, con barbuquejos y guanteletes, que se lanzan bolas, saltan unos por encima de los otros, hacen muecas, danzan frenéticamente.)

HILARIÓN.—Son los dioses de Etruria, los innumerables Aesars^[209].

Éste es Tages^[210], el inventor de los augurios. Con una mano intenta aumentar las divisiones del cielo, y, con la otra, se apoya en la tierra. ¡Que vuelva a ella!

Nortia^[211] mira la muralla en la que introducía clavos para señalar el número de los años. La superficie está cubierta, y el último período consumado.

Como dos viajeros sorprendidos por una tormenta, Kastur y Pulutuk^[212] se protegen temblando bajo el mismo manto.

ANTONIO.—

(cierra los ojos.)

¡Basta! ¡Basta!

(Pero pasan por el aire, con gran ruido de alas, todas las Victorias del Capitolio, ocultando la frente entre las manos, y perdiendo los trofeos que llevan suspendidos en los brazos.

Jano, señor de los crepúsculos, huye sobre un carnero negro; y, de sus dos rostros, uno ya está podrido y el otro se adormece de cansancio.

Summanus^[213], dios del cielo oscuro y que no tiene cabeza, aprieta contra su corazón un viejo pastel en forma de rueda.

Vesta, bajo una cúpula en ruinas, intenta reanimar su lámpara apagada.

Belona se saja las mejillas, sin conseguir que brote la sangre que purificaba a sus devotos.)

ANTONIO.—¡Piedad!, ¡me cansan!

HILARIÓN.—¡En otros tiempos te divertían!

(Y le enseña, en un bosquecillo de abedules, a una mujer completamente desnuda, a cuatro patas como un animal, y montada por un hombre negro que tiene

una antorcha en cada mano.)

Es la diosa de Aricia y el demonio Virbius^[214]. Su sacerdote, el rey del bosque, debía de ser un asesino; y los esclavos que huían, los desolladores de cadáveres, los salteadores del camino de Salaria, los cojos del puente Sublicius^[215], ¡toda la miseria de los tugurios de Suburre no tenía devoción más querida!

Las patricias de tiempos de Marco Antonio preferían a Libitina^[216].

(Y le enseña, bajo cipreses y rosales, a otra mujer, vestida de gasas. Sonríe, alrededor de ella hay azadas, parihuelas, paños negros, todos los utensilios de los funerales. Sus diamantes brillan desde lejos bajo las telas de araña. Las larvas como esqueletos muestran sus huesos entre las ramas y los Lemures^[217], que son fantasmas, extienden sus alas de murciélago.

En un campo, el dios Termes, desarraigado, está recostado, todo cubierto de basuras.

En medio de un surco, el gran cadáver de Vertumno^[218] es devorado por perros rojos.

Los dioses campesinos se alejan llorando, Sartor, Sarrator, Vervactor, Colina, Valona, Hostilino^[219], todos cubiertos de pequeños mantos con capuchones, y cada uno lleva, ya sea un almocafre, una horca, un cedazo, una jabalina.)

HILARIÓN.—Era su alma la que hacía prosperar la villa, con sus palomares, sus parques de lirones y de caracoles, sus corrales definidos por redes, sus cálidas cuadras perfumadas de cedro.

Protegían a todo el pueblo miserable que arrastraba los hierros de sus piernas por las piedras de la Sabina, a los que llamaban a los cerdos al son de la trompeta, a los que recogían ramilletes en lo alto de los olmos, a los que empujaban por los senderos los asnos cargados de estiércol. El labrador, jadeando sobre el arado, les rogaba que fortalecieran los brazos; y los vaqueros a la sombra de los tilos, junto a recipientes de leche, alternaban sus alabanzas con flautas de caña.

(ANTONIO suspira.)

(Y en medio de una estancia, en un estrado, se descubre un lecho de marfil, rodeado de gentes que llevan antorchas de pino.)

Son los dioses del matrimonio. ¡Esperan a la desposada!

Domiduca^[220] debía traerla, Virgo desatarle el cinturón, Subigo tenderla en el lecho y Praema apartarle los brazos, diciéndole al oído dulces palabras.

¡Pero ella no vendrá!, y ordenan a los demás que se retiren; a las enfermeras Nona y Décima, a los tres Nixii, parteros, a las dos nodrizas Educa y Potina, y a Carna^[221], la que mece, cuyo ramo de oxiacantas aleja del niño los malos sueños.

Más tarde, Ossipago^[222] le hubiera fortalecido las rodillas, Barbatus dado la barba, Stimula los primeros deseos, Volupia el primer gozo, Fabulinus enseñado a hablar, Numera a contar, Camoena a cantar, Consus a reflexionar.

(La estancia está vacía; sólo permanece al borde del lecho Nenia^[223] — centenaria—, murmurando para sí misma el lamento que gritaba a la muerte de los viejos.

Pero en seguida su voz es dominada por unos gritos agudos. Son:)

LOS LARES DOMÉSTICOS.—

(acurrucados al fondo del atrio, vestidos con pieles de perro, con flores alrededor del cuerpo, tienen sus manos apretadas contra sus mejillas, y lloran todo lo que pueden.)

¿Dónde está la porción de alimento que se nos daba en cada comida, los buenos cuidados de la sirvienta, la sonrisa de la matrona, y la alegría de los niños que jugaban a las tablas sobre los mosaicos del patio? Luego, cuando se hacían grandes suspendían en nuestro pecho su burbuja de oro o de cobre.

¡Qué felicidad cuando, la noche de un triunfo, al volver el amo dirigía hacia nosotros sus ojos húmedos! Contaba sus combates; y la estrecha casa estaba más orgullosa que un palacio y era sagrada como un templo.

¡Qué dulces eran las comidas familiares, sobre todo al día siguiente de las Feralia^[224]! Con la ternura hacia los muertos, todas las discordias se apaciguaban; y todos se abrazaban, bebiendo por las glorias del pasado y por las esperanzas del futuro.

Pero los antepasados de cera pintada, encerrados detrás de nosotros, se cubren lentamente de moho. Las nuevas razas, para castigarnos de sus decepciones, nos han roto la mandíbula; bajo los dientes de las ratas nuestros cuerpos de madera se deshacen.

(Y los innumerables dioses que velaban en las puertas, en la cocina, en la despensa, en las estufas, se dispersan por todos lados —bajo la apariencia de enormes hormigas que trotan o de grandes mariposas que emprenden el vuelo.)

CREPITUS^[225].—

(se deja oír.)

A mí también me honraron antaño. Me hacían libaciones. ¡Fui un dios!

El ateniense me saludaba como un presagio de fortuna, mientras el romano devoto me maldecía con los puños levantados y el pontífice de Egipto, absteniéndose de habas, temblaba ante mi voz y palidecía ante mi olor.

Cuando el vinagre corría por las barbas sin afeitarse, cuando se obsequiaban con bellotas, guisantes y cebollas crudas y cuando el macho cabrío se asaba en la mantequilla rancia de los pastores, sin preocuparse del vecino, entonces nadie se molestaba. Los sólidos alimentos provocaban digestiones aparatosas. Con el sol del campo, los hombres se aliviaban con lentitud. De esa forma yo pasaba sin escándalo, como las demás necesidades de la vida, como Mena, tormento de las vírgenes, y la dulce Rumina^[226], que protege el seno de la nodriza cubierto de venas azuladas. Yo era feliz. ¡Hacía reír! Y dilatándose de placer por mi causa, el convidado exhalaba toda su alegría por las aberturas de su cuerpo.

Tuve mis días de orgullo. El buen Aristófanes me paseó por la escena, y el emperador Claudio Druso^[227] me hizo sentar a su mesa. ¡En los laticlavos^[228] de los patricios circulé majestuosamente! ¡Los vasos de oro resonaban como tímpanos, y cuando, lleno de murenas, de trufas y de pasteles, el intestino del amo se descargaba con estrépito, el universo atento sabía que César había cenado!

Pero ahora estoy confinado en la plebe —¡y todos se indignan, incluso contra mi nombre!

(Y CREPITUS se aleja, lanzando un gemido. Luego un rayo.)

UNA VOZ.—¡Yo era el Dios de los ejércitos, el Señor, el Señor Dios!

Yo desplegué en las colinas las tiendas de Jacob, y alimenté en las arenas a mi pueblo que huía. ¡Fui yo quien quemó Sodoma! ¡Fui yo quien sumió la tierra bajo el Diluvio! Fui yo el que ahogó al Faraón, con los príncipes hijos de los reyes, los carros de guerra y los aurigas.

Gomo era un dios celoso, execraba a los demás dioses. Aplasté a los impuros; vencí a los soberbios —y mi desolación corría de derecha a izquierda, como un dromedario suelto en un campo de maíz.

Para libertar a Israel, escogí a los humildes. Ángeles con alas de fuego les hablaban en los zarzales.

Perfumadas de nardos, de cinamomo y de mirra, con vestidos transparentes y zapatos de tacón alto, mujeres de corazón intrépido iban a degollar a los capitanes^[229]. El viento que pasaba arrebatava a los profetas.

Yo grabé mi ley sobre tablas de piedra. Esa ley encerraba a mi pueblo como en una fortaleza. Era mi pueblo. ¡Yo era su Dios! La tierra era mía, los hombres míos, con sus pensamientos, sus obras, sus útiles de trabajo y su posteridad.

Mi arca reposaba en un triple santuario, detrás de cortinas de púrpura y candelabros encendidos. Tenía a mi servicio toda una tribu que balanceaba incensarios, y un gran sacerdote vestido de jacinto, que llevaba en su pecho piedras preciosas, dispuestas en un orden simétrico.

¡Desgracia!, ¡desgracia! El Santo de los Santos se ha abierto, el velo se ha rasgado, los perfumes del holocausto se han perdido entre los vientos. El chacal aúlla en los sepulcros; ¡mi templo está destruido, mi pueblo se ha dispersado!

¡Han estrangulado a los sacerdotes con los cordones de sus hábitos! ¡Las mujeres están cautivas, los vasos se han fundido!

(La voz, alejándose:)

¡Yo era el Dios de los ejércitos, el Señor, el Señor Dios!

(Entonces se hace un silencio enorme, una noche profunda.)

ANTONIO.—Todos han pasado.

ALGUIEN.—¡Quedo yo!

(Y ante él está HILARIÓN, pero transfigurado, bello como un arcángel, luminoso como un sol, y tan grande que para verle)

ANTONIO.—

(echa hacia atrás la cabeza.)

¿Quién eres tú?

HILARIÓN.—Mi reino es de la dimensión del universo; y mi deseo no tiene límites. Siempre voy liberando el espíritu y examinando los mundos, sin odio, sin miedo, sin piedad, sin amor y sin Dios. Me llaman la Ciencia.

ANTONIO.—

(se echa hacia atrás:)

¡Tú debes de ser... el Diablo!

HILARIÓN.—

(fijando en él sus pupilas:)

¿Quieres verlo?

ANTONIO.—

(no puede desprenderse de su mirada; está apresado por la curiosidad del Diablo. Su terror aumenta, su deseo se hace desmesurado.)

¿Y si lo viera?... ¿si lo viera?...

(Luego, en un espasmo de ira:)

El horror que siento me disculpará para siempre. ¡Sí!

(Aparece un pie hendido.

ANTONIO *está triste.*

Pero EL DIABLO le ha puesto sobre sus cuernos y le eleva.)

VI

(Vuela por debajo de él, tendido como un nadador; sus dos grandes alas abiertas, que le ocultan enteramente, parecen una nube.)

ANTONIO.—¿Adónde voy?

Hace un momento me pareció ver la forma del Maldito. ¡No!, una nube me lleva. ¿Quizá estoy muerto y subo hacia Dios?...

¡Ah!, ¡qué bien respiro! El aire immaculado me llena el alma. ¡Se acabó la pesadumbre!, ¡se acabó el sufrimiento!

Abajo, el rayo estalla, el horizonte se ensancha, los ríos se entrecruzan. Esa mancha amarilla es el desierto, esa charca de agua el océano.

Y aparecen otros océanos, inmensas regiones que no conocía. Ésos son los países negros que humean como braseros, la zona de nieves oscurecida siempre por las brumas. Intento descubrir las montañas donde el sol, cada noche, se oculta.

EL DIABLO.—¡El sol no se oculta jamás!

(A ANTONIO no le sorprende la voz. Le parece un eco de su pensamiento, una respuesta de su memoria.)

Mientras tanto la tierra toma la forma de una bola; y la ve en medio del universo que gira sobre sus polos, dando vueltas alrededor del sol.)

EL DIABLO.—¿Entonces no es el centro del mundo? Orgullo del hombre, ¡humíllate!

ANTONIO.—Ahora apenas se la distingue. Se confunde con los demás astros.

El firmamento no es sino un tejido de estrellas.

(Siguen subiendo.)

¡Ni un ruido!, ¡ni siquiera el graznido de las águilas! ¡Nada!..., y me asomo a escuchar la armonía de los planetas.

EL DIABLO.—¡No los oirás! ¡No verás, tampoco, el antíctono de Platón^[230], el fuego de Filolao^[231], las esferas de Aristóteles^[232], ni los siete cielos de los judíos con las grandes aguas sobre la bóveda de cristal!

ANTONIO.—Desde abajo parecía sólida como un muro. ¡Por el contrario, la penetro, me hundo en ella!

(Y llega ante la luna, que parece un trozo de hielo completamente redondo, lleno de una luz inmóvil.)

EL DIABLO.—Antes era la morada de las almas. El buen Pitágoras incluso la había guarnecido de pájaros y flores magníficas.

ANTONIO.—Sólo veo llanuras desoladas, cráteres apagados, bajo un cielo completamente negro.

Vamos hacia esos astros de luz más suave, para contemplar a los ángeles que los

sostienen con las manos, como si fueran antorchas.

EL DIABLO.—

(le lleva al centro de las estrellas.)

Se atraen al mismo tiempo que se rechazan. La acción de cada una proviene de la acción de las demás y a ella contribuye —sin la ayuda de un auxiliar, por la fuerza de una ley, de la sola virtud del orden.

ANTONIO.—Sí... ¡sí!, ¡mi inteligencia lo abarca! ¡Es una felicidad superior a los placeres de la ternura! ¡Suspiro estupefacto ante la enormidad de Dios!

EL DIABLO.—Como el firmamento que se eleva a medida que subes, se agrandará con la ascensión de tu pensamiento, y sentirás que tu gozo aumenta, tras tu descubrimiento del mundo, con esta expansión del infinito.

ANTONIO.—¡Ah!, ¡más alto!, ¡más alto!, ¡siempre!

(Los astros se multiplican, relampaguean. La Vía Láctea en su cénit se despliega como un inmenso cinturón, con agujeros a intervalos; en las grietas de su claridad, se extienden espacios de tinieblas. Hay lluvias de estrellas, regueros de polvo de oro, vapores luminosos que flotan y se disuelven.

A veces pasa un cometa a toda velocidad, luego la tranquilidad de las innumerables luces vuelve a empezar.

ANTONIO, con los brazos abiertos, se apoya en los dos cuernos de EL DIABLO, ocupando así toda su envergadura.

Se acuerda con desdén de la ignorancia de los días pasados, la mediocridad de sus sueños. ¡Allí están muy cerca de él esos globos luminosos que contemplaba desde abajo! Distingue el entrecruzamiento de sus líneas, la complejidad de sus direcciones. Les ve venir de lejos —y suspendidos como piedras en una honda, observa cómo describen sus órbitas, trazan sus hipérbolas.

De una sola ojeada distingue la Cruz del Sur y la Osa Mayor, el Lince y el Centauro, la nebulosa de la Dorada, los seis soles en la constelación de Orion, Júpiter con sus cuatro satélites, ¡y el triple anillo del monstruoso Saturno!, ¡todos los planetas, todos los astros que los hombres más tarde descubrirán! Se llena los ojos de sus luces, sobrecarga su pensamiento del cálculo de sus distancias; luego su cabeza vuelve a caer.)

¿Cuál es el fin de todo esto?

EL DIABLO.—¡No tiene fin!

¿Cómo Dios podría tener un fin? ¿Qué experiencia ha podido instruirle, qué reflexión determinarle?

Antes del comienzo no habría actuado, y ahora sería inútil.

ANTONIO.—¡Sin embargo, ha creado el mundo de una sola vez, con su palabra!

EL DIABLO.—Pero los seres que pueblan la tierra aparecen en ella sucesivamente. De la misma forma, en el cielo, surgen nuevos astros —efectos diferentes de causas variadas.

ANTONIO.—¡La variedad de las causas es la voluntad de Dios!

EL DIABLO.—¡Pero admitir en Dios varios actos de voluntad, es admitir varias causas y destruir su unidad! Su voluntad no es separable de su esencia.

No ha podido tener otra voluntad, no pudiendo tener otra esencia; y puesto que existe eternamente, actúa eternamente.

¡Contempla el sol! De él se escapan altas llamas que lanzan chispas, que se dispersan para convertirse en mundos; y más lejos que la última, más allá de esas profundidades donde tú sólo distingues la noche, otros soles giran, tras ellos otros, y otros más, indefinidamente...

ANTONIO.—¡Basta!, ¡basta! ¡Tengo miedo!, voy a caer al abismo.

EL DIABLO.—

(se detiene; y balanceándole blandamente:)

¡La nada no existe!, ¡el vacío no existe! Por todas partes hay cuerpos que se mueven en el fondo inmutable del Espacio, y como si estuviera rodeado por algo no sería el espacio sino un cuerpo, ¡no tiene límites!

ANTONIO.—

(con la boca abierta:)

¡No tiene límites!

EL DIABLO.—Sube al cielo mucho, mucho: ¡jamás alcanzarás la cima! Desciende bajo tierra durante miles de millones de siglos, jamás llegarás al fondo: porque no tiene fondo, ni cima, ni alto ni bajo, ni término; ¡y el Espacio se halla comprendido en Dios, que no es una porción del espacio, tal o cual dimensión, sino la inmensidad!

ANTONIO.—

(lentamente:)

¿La materia... entonces... formaría parte de Dios?

EL DIABLO.—¿Por qué no? ¿Puedes saber dónde acaba?

ANTONIO.—¡Por el contrario, yo me prosterno, me humillo ante su poder!

EL DIABLO.—¡Y pretendes doblegarle! Le hablas, le adornas con virtudes, bondad, justicia, clemencia, ¡en lugar de reconocer que posee todas las perfecciones!

Concebir algo más allá, es concebir a Dios más allá de Dios, el ser por encima del ser. Él es, pues, el único Ser, la única sustancia.

Si la Sustancia pudiera dividirse, perdería su naturaleza, no sería ella, Dios no existiría. Él es, pues, tan indivisible como infinito; y si tuviera un cuerpo, estaría compuesto de partes, ya no sería uno, ya no sería infinito. ¡No es, pues, una persona!

ANTONIO.—¿Cómo?, ¡mis oraciones, mis sollozos, los sufrimientos de mi carne, los arrebatos de mi exaltación, todo eso estaría encaminado hacia una mentira... en el espacio..., inútilmente, como el grito de un pájaro, como un remolino de hojas muertas!

(Llora:)

¡Oh!, ¡no! ¡Por encima de todo hay alguien, un alma grande, un Señor, un padre,

al que mi corazón adora y que sin duda me ama!

EL DIABLO.—Tú deseas que Dios no sea Dios; porque si sintiera amor, cólera o piedad, pasaría de su perfección a una perfección más grande, o más pequeña. No puede descender a un sentimiento, ni contenerse en una forma.

ANTONIO.—¡Sin embargo, un día le veré!

EL DIABLO.—Con los bienaventurados, ¿verdad?, ¡cuando lo finito goce de lo infinito, en un lugar reducido que encierre lo absoluto!

ANTONIO.—¡No importa, es preciso que haya un paraíso para el bien, así como un infierno para el mal!

EL DIABLO.—¿Acaso la exigencia de tu razón hace la ley de las cosas? ¡Sin duda, el mal es indiferente a Dios porque la tierra está cubierta de él!

¿Lo soporta por impotencia, o lo conserva por crueldad?

¿Crees que está continuamente arreglando el mundo como si de una obra imperfecta se tratara, y que vigila los movimientos de todos los seres, desde el vuelo de la mariposa hasta el pensamiento del hombre?

Si ha creado el universo, su providencia es superflua. Si la Providencia existe, la creación es defectuosa.

Pero el mal y el bien sólo te conciernen a ti, como el día y la noche, el placer y la pena, la muerte y el nacimiento, que pertenecen a un rincón del espacio, a un medio especial, a un interés particular. Porque sólo el infinito es permanente, existe el Infinito; ¡y eso es todo!

(EL DIABLO *ha extendido progresivamente sus largas alas; ahora cubren el espacio.*)

ANTONIO.—

(*ya no le ve. Se siente desfallecer.*)

Un frío horrible me paraliza hasta el fondo del alma. ¡Es algo que sobrepasa el alcance del dolor! Es como una muerte más profunda que la muerte. Me muevo en la inmensidad de las tinieblas. Penetran en mí. ¡Mi conciencia se agita bajo esta dilatación de la nada!

EL DIABLO.—Pero las cosas sólo te llegan a través de tu espíritu. De la misma forma que un espejo cóncavo deforma los objetos y te faltan medios para verificar su exactitud.

Nunca conocerás el universo en su plena extensión; por consiguiente, no puedes hacerte una idea de su causa, tener una noción justa de Dios, ni siquiera decir que el universo es infinito, ¡porque haría falta primero conocer el Infinito!

La Forma es quizá un error de tus sentidos, la Sustancia una imaginación de tu pensamiento. A menos que siendo el mundo un flujo perpetuo de cosas, la apariencia sea lo que hay de más verdadero, la ilusión la única realidad.

¿Pero estás seguro de ver?, ¿estás incluso seguro de vivir? ¡Quizá no haya nada!

(EL DIABLO *ha cogido a ANTONIO; y sujetándole por los brazos, le mira, con la*

boca abierta, dispuesto a devorarlo.)

¡Entonces, adórame!, ¡y maldice al fantasma que llamas Dios!

(ANTONIO levanta los ojos, en un último movimiento de esperanza. EL DIABLO le abandona.)

VII

ANTONIO.—

(se encuentra tendido de espaldas, al borde del acantilado.

El cielo empieza a clarear.)

¿Es la claridad del alba, o un reflejo de la luna?

(Intenta levantarse, luego vuelve a caer; y castañeteándole los dientes:)

¡Siento un cansancio... como si tuviera rotos los huesos!

¿Por qué?

¡Ah!, ¡es el Diablo!, ¡ya me acuerdo!, ¡y me repetía

lo que aprendí con el viejo Dídimos acerca de las opiniones de Jenófanes, de Heráclito, de Meliso, de Anaxágoras^[233], sobre el infinito, la creación, la imposibilidad de conocer!

¡Y yo que había creído poder unirme a Dios!

(Riendo amargamente:)

¡Ah!, ¡demencia!, ¡demencia! ¿Es acaso culpa mía? ¡La oración me resulta intolerable! ¡Tengo el corazón más seco que una roca! ¡Antaño se desbordaba de amor!...

La arena, por la mañana, humeaba en el horizonte como el polvo de un incensario; al caer la tarde, se abrían flores de fuego sobre la cruz; y en medio de la noche, a menudo me parecía que todos los seres y todas las cosas, recogidos en el mismo silencio, adoraban conmigo al Señor. ¡Oh, encanto de las oraciones, bienaventuranzas del éxtasis, dones del cielo, en qué os habéis convertido!

Recuerdo un viaje que hice con Ammón, en busca de soledad para fundar monasterios. Era la última noche; andábamos de prisa, susurrando himnos, uno al lado del otro, sin hablar. A medida que el sol bajaba, las dos sombras de nuestros cuerpos se alargaban como dos obeliscos que crecieran cada vez más y que caminaran ante nosotros. Con trozos de nuestros cayados, plantábamos cruces aquí y allá para señalar el lugar de las celdas. La noche tardó mucho en llegar; y negras ondulaciones se extendían por la tierra mientras un inmenso color rosa llenaba todavía el cielo.

Cuando yo era niño, me divertía construyendo ermitas de piedra. Mi madre, junto a mí, me miraba.

Ella me habrá maldecido por mi abandono, arrancándose con ambas manos sus blancos cabellos. Y su cadáver se ha quedado tendido en medio de la cabaña, bajo el techo de cañas, entre los muros que caen. ¡Por un agujero, una hiena resoplando asoma el morro!... ¡Horror!, ¡horror!

(Solloza.)

¡No, Amonaría no la habrá abandonado!

¿Dónde está ahora Amonaría?

Quizá en el fondo de una estufa va retirando sus vestidos uno tras otro, primero el manto, luego el cinturón, la primera túnica, la segunda más ligera, sus collares; y el vapor del cinamomo envuelve sus miembros desnudos. Se acuesta por fin sobre el tibio mosaico. Sus cabellos alrededor de sus caderas forman como un vellocino negro, y ahogándose un poco en la atmósfera demasiado caliente, respira, doblada la cintura, los dos senos hacia delante. ¡Qué es esto!, ¡mi carne se estremece! En medio de la desdicha la concupiscencia me tortura. ¡Dos suplicios a la vez, es demasiado!

¡Ya no puedo soportar mi persona!

(Se asoma y mira el precipicio.)

El hombre que caiga morirá. Nada más fácil, dejarse caer hacia la izquierda; ¡sólo hay que hacer un movimiento!, uno solo.

(Entonces aparece)

UNA MUJER VIEJA.—

(ANTONIO se levanta sobresaltado de terror. Cree ver a su madre resucitada.

Pero ésta es mucho más vieja, y de una delgadez prodigiosa.

Un sudario, atado alrededor de su cabeza, cuelga de sus blancos cabellos hasta las piernas, delgadas como palillos. El crujido de sus dientes, color marfil, hace más sombría su piel terrosa. Las órbitas de sus ojos están llenas de tinieblas, y dos llamas vacilan en el fondo, como lámparas de sepulcro.)

Avanza —dice—. ¿Qué te retiene?

ANTONIO.—

(balbuciendo:)

¡Me da miedo cometer un pecado!

ELLA.—

(continúa:)

¡El rey Saúl se mató! ¡Razias, un justo, se mató! ¡Santa Pelagia de Antioquía se mató! Dominino de Alep^[234] y sus dos hijas, otras tres santas, se mataron, y recuerda a todos los confesores que corrían hacia sus verdugos, impacientes ante la muerte. Para alcanzar antes el gozo, las vírgenes de Mileto^[235] se estrangulaban con sus cordones. El filósofo Hegesias^[236], en Siracusa, la predicaba de tal manera que abandonaban los lupanares para ir a ahorcarse en los campos. Los patricios de Roma se la procuran como diversión.

ANTONIO.—¡Sí, es un amor muy fuerte! Muchos anacoretas sucumben a él.

LA VIEJA.—¡Hacer algo que te iguale a Dios, piénsalo! Él te ha creado, tú vas a destruir su obra, tú, por tu arrogancia, libremente. El gozo de Erostrato no era superior. Y además, tu cuerpo se ha burlado lo bastante de tu alma como para que le vengues al final. No sufrirás. ¡Todo terminará en seguida! ¿Qué temes?, ¡un enorme agujero negro! ¿Está vacío, quizá?

(ANTONIO *escucha sin responder; y por el otro lado aparece:*)

OTRA MUJER.—

(maravillosamente joven y bella. Al principio la toma por Amonaria.

Pero es más alta, rubia como la miel, muy gruesa, con colorete en las mejillas y rosas en la cabeza. Su largo vestido está cubierto de lentejuelas con reflejos metálicos; sus labios carnosos parecen sanguinolentos, y sus párpados un poco pesados son tan inexpresivos que se diría que es ciega.

Murmura:)

¡Vive, goza! ¡Salomón recomienda la dicha! ¡Camina por donde tu corazón te lleve y según el deseo de tus ojos!

ANTONIO.—¿Qué felicidad puedo encontrar?, ¡mi corazón está cansado, mis ojos enturbiados!

ELLA.—

(continúa:)

Vete al barrio de Racotis^[237], empuja una puerta pintada de azul, y cuando estés en el atrio donde murmura un surtidor, se presentará una mujer, con un peplo de seda blanca bordado de oro, los cabellos revueltos, la risa parecida al chasquido de los crótalos. Es muy hábil. Sentirás en su caricia el orgullo de una iniciación y el aplacamiento de una necesidad.

No conoces, tampoco, la emoción de los adulterios, las escaladas, los raptos, la alegría de ver completamente desnuda a la que se respetaba vestida.

¿Has apretado contra tu pecho a una virgen que te amara? ¿Recuerdas los abandonos de su pudor, y cómo sus remordimientos se escapaban en un flujo de dulces lágrimas?

¿Puedes acaso imaginaros andando por los bosques bajo la luz de la luna? La presión de vuestras manos juntas os produce un estremecimiento; vuestros ojos muy próximos emanan como ondas inmateriales, y vuestro corazón se llena; estalla; es un suave torbellino, una embriaguez desbordante...

LA VIEJA.—¡No es necesario poseer los placeres para sentir su amargura! Sólo con verlos de lejos, desagradan. ¡Debes de estar cansado de la monotonía de las mismas acciones, la duración de los días, la fealdad del mundo, la estupidez del sol!

ANTONIO.—¡Oh, sí!, ¡todo lo que brilla me desagrada!

LA JOVEN.—¡Ermitaño! ¡Ermitaño!, encontrarás diamantes entre las piedras, fuentes bajo la arena, delectación en los azares que desprecias; y además existen en la tierra lugares tan bellos que se sienten deseos de apretarla contra el corazón.

LA VIEJA.—¡Cada noche, al dormir sobre ella, esperas que pronto te cubra!

LA JOVEN.—¡Sin embargo, crees en la resurrección de la carne, que es el paso de la vida a la eternidad!

(LA VIEJA, mientras hablaba, ha enflaquecido aún más; y por encima de su cráneo, que ya no tiene cabellos, un murciélago hace círculos en el aire.

LA JOVEN *se ha vuelto más gorda. Su vestido brilla, su nariz aletea, sus ojos se mueven lánguidamente.*)

LA PRIMERA.—

(dice, abriendo los brazos:)

¡Ven, yo soy el consuelo, el reposo, el olvido, la serenidad eterna!

(y)

LA SEGUNDA.—

(ofreciendo sus pechos:)

¡Yo soy la que adormece, la dicha, la vida, el gozo inagotable!

(ANTONIO se vuelve para emprender la huida. Las dos le ponen la mano en el hombro.

Se abre el sudario y descubre el esqueleto de LA MUERTE.

El vestido se raja y deja ver el cuerpo de LA LUJURIA, que tiene la cintura delgada, anchas caderas y largos cabellos ondulados que se mecen al viento.

ANTONIO se queda inmóvil entre las dos, mirándolas.)

LA MUERTE.—

(le dice:)

¡En este momento o más tarde, qué importa! Me perteneces de la misma forma que los soles, los pueblos, las ciudades, los reyes, la nieve de los montes, la hierba de los campos. ¡Vuelo más alto que el gavián, corro más deprisa que la gacela, puedo dar alcance incluso a la esperanza, he vencido al hijo de Dios!

LA LUJURIA.—¡No te resistas; yo soy la omnipotente! Los bosques repiten mis suspiros, las olas se mueven a causa de mi agitación. La virtud, el valor, la piedad se desvanecen ante el perfume de mi boca. Acompaño al hombre en todos sus pasos; ¡y en el umbral de la tumba se vuelve siempre hacia mí!

LA MUERTE.—Te descubriré lo que intentabas conseguir, a la luz de las antorchas, sobre la faz de los muertos, o cuando vagabundeabas más allá de las Pirámides, en esas inmensas arenas cubiertas de restos humanos. De vez en cuando, un fragmento de cráneo se movía bajo tu sandalia. Cogías polvo, lo deslizabas entre tus dedos, y tu pensamiento, confundido con él, se hundía en la nada.

LA LUJURIA.—¡Mi abismo es más profundo! Los mármoles han inspirado amores obscenos. Las gentes se precipitan a encuentros espantosos. Arrastran cadenas malditas. ¿De dónde viene el hechizo de las cortesanas, la extravagancia de los sueños, la inmensidad de mi tristeza?

LA MUERTE.—¡Mi ironía sobrepasa a todas las demás! Hay convulsiones de placer en los funerales de los reyes, en el exterminio de un pueblo; y se hace la guerra con música, penachos, banderas, arneses de oro, un despliegue de ceremonias para rendirme más homenajes.

LA LUJURIA.—Mi cólera vale por la tuya. Aúllo, muerdo. Tengo sudores de agonizante y aspecto de cadáver.

LA MUERTE.—Soy yo quien te hace severa; ¡abracémonos!

(LA MUERTE *sonríe*, *La Lujuria ruge*. *Se cogen por el talle y cantan juntas*.)

—¡Acelero la disolución de la materia!

—¡Facilito la dispersión de las semillas!

—¡Tú destruyes, para mi renovación!

—¡Tú engendras, para mi destrucción!

—¡Activa mi poder!

—¡Fecunda mi podredumbre!

(*Y su voz, cuyos ecos al extenderse llenan el horizonte, se hace tan fuerte que ANTONIO cae de espaldas.*)

(*Una conmoción, de vez en cuando, le hace entreabrir los ojos; y descubre en medio de las tinieblas a una especie de monstruo ante él.*)

Es la cabeza de un muerto, con una corona de rosas. Se alza sobre un torso de mujer de blancura nacarada. En la parte de abajo, un sudario estrellado de puntos de oro forma como una cola; y todo el cuerpo se balancea como si fuera un gusano gigante puesto de pie.

La visión se atenúa, desaparece.)

ANTONIO.—

(*se levanta.*)

Una vez más se trataba del Diablo, y bajo su doble aspecto: el espíritu de fornicación y el espíritu de destrucción.

Ninguno de los dos me espanta. Rechazo la felicidad y me siento eterno.

De esa forma la muerte no es más que una ilusión, un velo que oculta, a veces, la continuidad de la vida.

Pero si la Sustancia es única, ¿por qué las Formas son variadas?

Deben de existir, en alguna parte, figuras primordiales, cuyos cuerpos son sólo imágenes. Si se las pudiera ver se conocería la unión de la materia y el pensamiento, ¡en que consiste el Ser! Son las figuras que estaban pintadas en Babilonia en la muralla del templo de Belus y que cubrían un mosaico en el puerto de Cartago. Yo mismo, alguna vez las descubrí en el cielo como formas del espíritu. Los que atraviesan el desierto encuentran animales que sobrepasan toda concepción...

(*Y enfrente, al otro lado del Nilo, aparece LA ESFINGE*)

(*Alarga sus patas, mueve las bandas de su frente y se tumba boca abajo.*)

Saltando, volando, escupiendo fuego por la nariz y golpeándole las alas con su cola de dragón, LA QUIMERA de ojos verdes da vueltas, ladra.

Los anillos de su cabellera, de un lado y del otro, se mezclan con los pelos de sus lomos, cuelgan hasta la arena y se mueven con el balanceo de su cuerpo.)

LA ESFINGE.—

(*está inmóvil y mira a LA QUIMERA*.)

¡Aquí, Quimera; deténte!

LA QUIMERA.—¡No, jamás!

LA ESFINGE.—¡No corras tan deprisa, no vuelas tan alto, no ladres tan fuerte!

LA QUIMERA.—¡No me llames, no me llames, tú que siempre estás muda!

LA ESFINGE.—Deja de dirigirme tus llamas a la cara y de lanzarme tus aullidos al oído; ¡no fundirás mi granito!

LA QUIMERA.—¡No me cogerás, esfinge terrible!

LA ESFINGE.—¡Para vivir conmigo, estás demasiado loca!

LA QUIMERA.—¡Para seguirme, eres demasiado pesada!

LA ESFINGE.—¿Adónde vas que corres tan deprisa?

LA QUIMERA.—Galopo por los pasadizos del laberinto, observo desde los montes, rozo las olas, chilló al fondo de los precipicios, me cuelgo de las nubes; con mi cola borro las playas, y las colinas tienen la forma de mis hombros. Pero a ti, te encuentro perpetuamente inmóvil, o bien dibujando con tu zarpa alfabetos en la arena.

LA ESFINGE.—¡Yo guardo mi secreto! Pienso y calculo.

El mar vuelve a su lecho, los trigales se balancean con el viento, las caravanas pasan, el polvo se levanta, las ciudades se desmoronan, y mi mirada, que nada puede desviar, permanece tensa a través de las cosas en un horizonte inaccesible.

LA QUIMERA.—¡Yo soy ligera y feliz! Descubro a los hombres perspectivas deslumbrantes, paraísos en las nubes y dichas lejanas. Derramo en sus almas eternas demencias, proyectos de felicidad, planes para el futuro, sueños de gloria, juramentos de amor y resoluciones virtuosas.

Les empujo a peligrosos viajes y a grandes empresas. He labrado con mis patas las maravillas de la arquitectura. Fui yo quien puso campanillas en la tumba de Porsena^[238], y rodeé de un muro de oricalco los muelles de la Atlántida.

Busco perfumes nuevos, flores más grandes, placeres que no han sido probados. Si veo en alguna parte a un hombre cuyo espíritu descansa en la sabiduría, caigo sobre él y le estrangulo.

LA ESFINGE.—A todos los que el deseo de Dios atormenta, he devorado.

Los más fuertes, para trepar hasta mi frente real, suben por las estrías de mis bandas como si fueran peldaños de una escalera. El cansancio se apodera de ellos; y caen de espaldas.

(ANTONIO empieza a temblar.

Ya no está ante su cabaña, sino en el desierto, y tiene a ambos lados a esas dos bestias monstruosas cuyas fauces le rozan el hombro.)

LA ESFINGE.—¡Oh, Fantasía, llévame en tus alas para disipar mi tristeza!

LA QUIMERA.—¡Oh, Desconocido, estoy enamorada de tus ojos! Como una hiena en celo doy vueltas a tu alrededor, solicitando la fecundación cuya necesidad me devora.

¡Abre la boca, levanta los pies, sube a mi espalda!

LA ESFINGE.—Mis pies, desde que están inmóviles, no pueden levantarse. El

liquen, como un herpes, ha crecido en mi boca. A fuerza de pensar, ya no tengo nada que decir.

LA QUIMERA.—¡Mientes, hipócrita esfinge! ¿Por qué siempre me llamas y me rechazas?

LA ESFINGE.—¡Eres tú, capricho indomable, la que pasas y das vueltas!

LA QUIMERA.—¿Es culpa mía? ¿Cómo?, ¡déjame!

(Ladra.)

LA ESFINGE.—¡Te mueves, te escapas!

(Gruñe.)

LA QUIMERA.—¡Intentémoslo!, ¡me aplastas!

LA ESFINGE.—¡No!, ¡imposible!

(Y hundiéndose poco a poco, desaparece en la arena, mientras LA QUIMERA, que se arrastra, con la lengua fuera, se aleja describiendo círculos.

El aliento de su boca ha producido una bruma.

En ella, ANTONIO descubre nubes que se cruzan, curvas indecisas.

Por fin, ve como apariencias de cuerpo humano.

Y en primer lugar avanza)

EL GRUPO DE LOS ASTOMI^[239].—

(semejantes a bolas de aire que atraviesan el sol:)

¡No soples demasiado fuerte! Las gotas de lluvia nos lastiman, los falsos sonidos nos destrozan, las tinieblas nos ciegan. Compuestos de brisas y perfumes, andamos, flotamos, un poco más que sueños, no somos seres del todo...

LOS NISNAS^[240].—

(sólo tienen un ojo, una mejilla, una mano, una pierna, la mitad del cuerpo, la mitad del corazón. Y dicen muy alto:)

Vivimos muy contentos en nuestras mitades de casas, con nuestras mitades de mujeres y nuestras mitades de niños.

LOS BLEMIOS^[241].—

(sin cabeza:)

Nuestros hombros son los más anchos del mundo, y no existe buey, rinoceronte ni elefante que sea capaz de llevar lo que nosotros llevamos. Apariencias de rasgos, y como un vago rostro grabado en nuestros pechos, ¡eso es todo! Pensamos digestiones, sutilizamos secreciones. Dios, para nosotros, flota en paz en kilos interiores.

Andamos en línea recta por nuestro camino, atravesando todos los fangos, flanqueando todos los abismos; y somos la gente más laboriosa, más feliz, más virtuosa.

LOS PIGMEOS.—Como pequeños hombrecillos, nos movemos en el mundo como los piojos en la joroba de un dromedario.

Nos queman, nos ahogan, nos aplastan —y siempre reaparecemos, más vivaces y más numerosos, ¡terribles por la cantidad!

LOS ESCIÁPODOS^[242].—Atados a la tierra por nuestros cabellos, largos como lianas, vegetamos al abrigo de nuestros pies, anchos como parasoles; y la luz nos llega a través de la espesura de nuestros talones. ¡Ni desorden ni trabajo! —¡el secreto de la felicidad está en mantener la cabeza lo más baja posible!

(Sus muslos levantados parecidos a troncos de árboles se multiplican.

Y aparece un bosque. Grandes monos corren por él a cuatro patas; son hombres con cabeza de perro.)

LOS CINOCÉFALOS.—Saltamos de rama en rama para chupar los huevos, y desplumamos los pajarillos; luego nos ponemos sus nidos en la cabeza, a guisa de gorros.

No dudamos en arrancar las ubres de las vacas; y saltamos los ojos de los lince, lanzamos nuestros excrementos desde lo alto de los árboles, exponemos nuestra indecencia a pleno sol.

Desgarrando las flores, machacando los frutos, enturbiando los manantiales, violando a las mujeres, somos los amos, por la fuerza de nuestros brazos y la ferocidad de nuestro corazón. ¡Valor, compañeros! ¡Haced crujir vuestras mandíbulas!

(De sus labios sale sangre y leche. La lluvia resbala por sus espaldas velludas.

ANTONIO aspira el frescor de las hojas verdes.)

(Se agitan, las ramas se entrechocan; y de pronto aparece un gran ciervo negro, con cabeza de toro, que lleva entre las orejas un matorral de cuernos blancos.)

EL SADHUZAG.—Mis setenta y cuatro cuernos están vacíos como flautas.

Cuando me vuelvo hacia el viento del sur, emiten sonidos que atraen hacia mí a las bestias embelesadas. Las serpientes se enrollan a mis piernas, las avispas se cuelan en mis fosas nasales, y los loros, las palomas y los ibis se posan entre mis ramas. ¡Escucha!

(Gira su cornamenta, de la que se escapa una música inefablemente dulce.

ANTONIO se aprieta el corazón con las dos manos. Le parece que esa melodía le va a arrebatarse el alma.)

EL SADHUZAG.—Pero cuando me vuelvo hacia el viento del norte, mi cornamenta, más frondosa que un batallón de lanzas, exhala un aullido; los bosques se estremecen, los ríos se desbordan, las frutas se rompen y las hierbas se erizan como el pelo de una liebre.

¡Escucha!

(Inclina sus ramas, de las que salen gritos discordantes; ANTONIO está como destrozado.

Y su horror aumenta al ver:)

EL MARTICORAS^[243].—

(gigantesco león rojo, con cara humana y tres filas de dientes.)

El luaré de mi pelaje escarlata se mezcla con el reflejo de las grandes arenas. Soplo por mis fosas nasales el horror de las soledades. Escupo la peste. Me como los ejércitos, cuando se aventuran en el desierto.

Mis uñas tienen forma de tijeras, mis dientes están tallados en forma de sierra; y mi cola, que da vueltas, está erizada de dardos que lanzo a la derecha, a la izquierda, hacia delante, hacia atrás. ¡Mira!, ¡mira!

(EL MARTICORAS lanza espinas por su cola, que se esparcen como flechas en todas direcciones. Llueven gotas de sangre, que caen en el follaje.)

EL CATOBLEPO^[244].—

(búfalo negro, con cabeza de cerdo que cae hasta el suelo, y que está unida a sus hombros por un cuello fino, largo y flaco como un intestino vacío.

Está tumbado boca abajo; y sus pies desaparecen bajo la enorme melena de pelos duros que le cubre el rostro.)

Gordo, melancólico, huraño, estoy sintiendo continuamente bajo mi vientre el calor del fango. Mi cráneo es tan pesado que me es imposible llevarlo. Lo giro en torno a mí, lentamente; y con la mandíbula entreabierto, arranco con mi lengua las hierbas venenosas regadas por mi aliento. Una vez, me devoré las patas sin darme cuenta.

Nadie, Antonio, nadie ha visto jamás mis ojos, o aquellos que los han visto han muerto. Si levantara mis párpados —mis párpados rosas e hinchados—, en seguida morirías.

ANTONIO.—¡Oh!, a..., a... ¿Y si lo deseara?... Su estupidez me atrae. ¡No!, ¡no!, ¡no quiero!

(Mira fijamente al suelo.)

(Pero las hierbas se prenden, y en los movimientos de las llamas se alza)

EL BASILISCO^[245].—

(gran serpiente violeta de cresta trilobada, con dos dientes, uno arriba, otro abajo.)

¡Ten cuidado; vas a caer en mi boca! Bebo fuego. El fuego soy yo; y lo aspiro de todas partes, de las nubes, de las piedras, de los árboles muertos, de la piel de los animales, de la superficie de los pantanos. Mi temperatura mantiene a los volcanes; yo proporciono el brillo a las piedras preciosas y el color a los metales.

EL GRIFO^[246].—

(león con pico de buitre y alas blancas, las patas rojas y el cuello azul.)

Yo soy el amo de los esplendores profundos. Yo conozco el secreto de las tumbas donde duermen los viejos reyes.

Una cadena, que sale de la pared, les mantiene la cabeza erguida. Junto a ellos, en estanques de púrpura, flotan en líquidos negros las mujeres que amaron. Sus tesoros están colocados en salas, formando rombos, montículos, pirámides; y más abajo, muy por debajo de las tumbas, tras largos trayectos en medio de tinieblas sofocantes, hay

ríos de oro con bosques de diamantes, praderas de carbúnculos, lagos de mercurio.

Adosado contra la puerta del subterráneo y con las garras al viento, espío con mis pupilas llameantes a los que quisieran venir. La inmensa llanura, hasta el fondo del horizonte, está totalmente desnuda y blanqueada por los huesos de los viajeros. Para ti se abrirán las puertas de bronce, y sentirás el vapor de las minas, bajarás a las cavernas... ¡Rápido!, ¡rápido!

(Cava la tierra con sus patas, gritando como un gallo.)

(Mil voces le contestan. El bosque tiembla.)

Y surgen toda clase de animales espantosos: el Tragelafus, mitad ciervo y mitad buey; el Myrmecoleo, león por delante, velludo por atrás, y cuyos genitales están al revés; la pitón Aksar, de sesenta codos, que espantó a Moisés; la gran comadreja Pastinaca, que mata a los árboles con su olor; el Presteros, cuyo contacto entontece; el Mirag, liebre cornuda, habitante de las islas del mar. El leopardo Falmant se rompe el vientre a fuerza de aullar; el Senad, oso de tres cabezas, destroza a sus pequeños con la lengua; el perro Cepus derrama en las rocas la leche azul de sus pechos. Los mosquitos se ponen a zumbar, los sapos a saltar, las serpientes a silbar. Aparecen relámpagos. Graniza.

Se suceden ráfagas, llenas de anatomías maravillosas. Son cabezas de caimanes sobre pies de corzo, búhos con cola de serpiente, cerdos con hocico de tigre, cabras con grupa de asno, ranas velludas como osos, camaleones grandes como hipopótamos, becerros con dos cabezas, una que llora y otra que muge, fetos cuádruples sujetos por el ombligo y que bailan como peonzas, vientres alados que giran como mosquitos.

Llueven del cielo, salen de la tierra, bajan por las rocas. Por todas partes arden pupilas, rugen hocicos; los pechos se sacan, las garras se extienden, los dientes rechinan, las carnes se agitan. Hay unos que paren, otros copulan, o, de un solo bocado, se devoran mutuamente.

Ahogándose por su número, multiplicándose por medio del contacto, se arrastran unos sobre otros y todos se mueven alrededor de ANTONIO con un balanceo regular, como si el suelo fuera el puente de un barco. Siente babosas arrastrándose por sus piernas, en sus manos el frío de las víboras; y las arañas tejen su tela encerrándole en su red.

Pero el círculo de monstruos se entreabre, de pronto el cielo se vuelve azul, y)

EL UNICORNIO^[247].—

(se presenta.)

¡Al galope!, ¡al galope!

Tengo cascos de marfil, dientes de acero, la cabeza color de púrpura, el cuerpo color de nieve y el cuerno de mi frente lleva los colores del arco iris.

Viajo desde Caldea al desierto tártaro, por las orillas del Ganges y a través de Mesopotamia. Adelanto a las avestruces. Corro tan deprisa que arrastro el viento.

Froto mi espalda contra las palmeras. Me enrosco en las cañas de bambú. De un salto atravieso los ríos. Las palomas vuelan por encima de mí. Sólo una virgen puede contenerme. ¡Al galope!, ¡al galope!

(ANTONIO le ve huir.

Y con los ojos fijos, ve a los pájaros que se alimentan de viento: el Gouith^[248], el Ahuti, el Alfaim, el lukneth de las montañas de Caff, los Homai de los árabes, que son las almas de los hombres asesinados. Oye cómo los loros pronuncian palabras humanas, luego a los grandes palmípedos pelásgicos^[249] que sollozan como niños o ríen como viejas.

Un aire salado le golpea en la nariz. Ahora hay una playa ante él.)

(A lo lejos se elevan chorros de agua, lanzados por las ballenas; y desde el fondo del horizonte

LAS BESTIAS DEL MAR.—

(redondas como odres, planas como láminas, dentadas como sierras, avanzan arrastrándose por la arena.)

¡Vendrás con nosotras, a nuestras inmensidades, donde todavía nadie ha descendido!

Diversos pueblos habitan los países del océano. Unos viven en las tempestades, otros nadan en la transparencia de las olas frías, pastan como bueyes los campos de coral, aspiran por su trompa el reflujó de las mareas, o llevan sobre sus hombros el peso de los orígenes del mar.

(Brillan fosforescencias en el bigote de las focas, en las escamas de los peces. Los erizos dan vueltas como si fueran ruedas, los cuernos de Ammán^[250] se desenrollan como cables, las ostras hacen gritar a sus conchas, los pólipos despliegan sus tentáculos, las medusas se agitan parecidas a bolas de cristal, las esponjas flotan, las anémonas escupen agua; brotan musgos y algas.

Y toda clase de plantas extienden sus ramas, se retuercen, se alargan, se redondean en forma de abanico. Las calabazas parecen pechos, las lianas se enlazan como serpientes.

Los Dedaims de Babilonia^[251], que son árboles, tienen por frutos cabezas humanas; las Mandrágoras^[252] cantan, la raíz Baaras^[253] corre por la hierba.)

(Los vegetales ya no se distinguen de los animales. Los políperos, que parecen sicómoros, tienen brazos en las ramas. ANTONIO cree ver una oruga entre dos hojas; es una mariposa que se echa a volar. Empieza a andar por las piedras; una langosta gris da un salto. Insectos semejantes a pétalos de rosas cubren un arbusto; restos de efímeras forman en el suelo una capa blancuzca.)

(Y las plantas se confunden con las piedras.)

(Los guijarros parecen cerebros, las estalactitas pechos, las flores de hierro tapices adornados con figuras.)

(En fragmentos de hielo, descubre florescencias, rastros de matorrales y de conchas, y no sabe si son restos de esas cosas, o esas mismas cosas. Los diamantes brillan como ojos, palpitan los minerales. ¡Y él ya no tiene miedo!

Se tumba boca abajo, se apoya en los codos; y reteniendo el aliento, mira.)

(Unos insectos que ya no tienen estómago siguen comiendo; helechos disecados empiezan a florecer; crecen los miembros que faltaban.

Por fin, distingue pequeñas masas globulosas, gruesas como cabezas de alfileres y llenas de pestañas. Una vibración las agita.)

ANTONIO.—

(delirando:) ¡Oh, felicidad!, ¡felicidad!, he visto nacer la vida, he visto comenzar el movimiento. La sangre de mis venas late tan fuerte que va a romperlas. Tengo ganas de volar, de nadar, de ladrar, de mugir, de aullar. Quisiera tener alas, un caparazón, una corteza, exhalar vapores, tener una trompa, retorcer mi cuerpo, dividirme en muchas partes, estar en todo, diluirme con los olores, desarrollarme como las plantas, correr como el agua, vibrar como el sonido, brillar como la luz, adoptar todas las formas, penetrar en cada átomo, descender hasta el fondo de la materia —¡ser la materia!

(El día aparece por fin; y como las cortinas de un tabernáculo que se levantan, nubes de oro enrollándose en anchas volutas descubren el cielo.

En el centro, y en el disco mismo del sol, brilla el rostro de Jesucristo.

ANTONIO hace la señal de la cruz y se pone a rezar.)



GUSTAVE FLAUBERT (Ruan, Alta Normandía, 12 de diciembre de 1821 – Croisset, Baja Normandía, 8 de mayo de 1880). Es uno de los grandes escritores europeos del siglo XIX y destaca por su escrupulosa devoción a su arte y su estilo, cuyo mejor ejemplo fue su interminable búsqueda de *le mot juste* («la palabra exacta»).

Nacido en Ruán (Francia) en el año 1821. Algunas de sus obras, como *Madame Bovary* o *La educación sentimental*, son consideradas por la crítica novelas de referencia de la literatura universal. Preocupado por el realismo y la estética de sus obras, Flaubert hizo en 1858 un largo viaje hasta las ruinas arqueológicas de Cartago para poder documentar *Salambó*. La novela apareció publicada cuatro años después. El libro es largo, sensual, violento y cargado de exotismo. Siguiendo el éxito de *Madame Bovary*, fue otro *bestseller*, que selló la reputación de Flaubert. Hay que destacar de la obra las minuciosas descripciones de los atavíos cartagineses, acordes con las modas de la época. La principal fuente de Flaubert fue el *Libro I de las Historias de Polibio*. Éste no era un periodo de la historia bien documentado, por lo que requirió mucho trabajo por parte del autor, quien dejó atrás el triste y deprimente tema de *Madame Bovary* para hacer esta espeluznante historia de sangre y acción. Flaubert se desvió del relato de Polibio en algunos detalles.

La ironía y el pesimismo del autor lo convirtieron en un gran moralista. Falleció en Croisset, en la Baja Normandía, el 8 de mayo de 1880, a los 59 años.

Notas

[a] Gracias a los destacados estudios de Jean Seznec sobre la bibliografía y la iconografía de La Tentación. Cfr., particularmente, *Nouvelles études sur «La Tentation de saint Antoine»*, Londres, 1949. <<

[b] El joven dios de su cuna flotando y que debe expresar la «dualidad primordial de los brahmanes» describe con mucha exactitud un grabado que se encuentra en el tomo IV de la traducción de Creuzer (plancha 9); el dios rosa que se muerde el dedo gordo del pie, y el otro (azul) que agita sus cuatro brazos, proceden probablemente de Burnouf (*L'Inde française*, t. i). El Fuego devorador, príncipe de los ejércitos, se encuentra en Creuzer, tomo IV, plancha 8. Se podrían citar otros muchos ejemplos.

<<

[c] *Actas de los Apóstoles*, 10, 11; *Daniel*, 2, 46; *Libro de los Reyes (II)*, 20, 13; *(I)*, 10, 1. <<

[1] «Dídimo», que murió hacia el 395, estaba ciego; muy sabio en las ciencias sagradas, dirigió la escuela de Alejandría durante sesenta años. <<

[2] «El Paneum», que era el nombre de una montaña de Palestina, junto a la que nace el Jordán, designa también una colina artificial, llena de jardines, en Alejandría. <<

[3] «Cimerios». Este pueblo vivía en las dos orillas del Dniéper, en la región que es hoy Crimea. <<

[4] «Los gimnosofistas del Ganges», literalmente «los sabios desnudos», secta de solitarios, de la que hablan Plinio, Apuleyo, san Agustín, etc., y que vivían en la *India intra Gangem*, según Tolomeo. Se les puede considerar como los antepasados de los brahmanes. <<

[5] «Manes», fundador de la secta herética de los Maniqueos. Vivió en el siglo III. De origen persa, añadió a la religión de Zoroastro la dualidad de los dos principios, el bien y el mal, la luz y las tinieblas; Valentín, heresiarca alejandrino del siglo II, que no admitía la divinidad de Cristo y enseñaba que Dios se manifiesta por emanaciones sucesivas; Basílides, en la misma época, predicaba en Alejandría que el mundo había sido creado por inteligencias sucesivas emanadas de Dios, que Jesús había tomado la figura de Simón Cireneo crucificado en su lugar y que el alma humana se purificaba al pasar por sucesivos cuerpos; Arrio, fundador del arrianismo, vivió en el siglo III; los arrianos niegan la igualdad perfecta de las tres personas de la Trinidad, dicen que el Hijo, al ser una creación del Padre, está subordinado a Él. <<

[6] «Colzim», en el emplazamiento actual de Suez. <<

[7] «La gnosis», ciencia de interpretación que se eleva por encima de las creencias vulgares; los gnósticos pretendían poseer un conocimiento particular de la naturaleza y atributos de Dios. <<

[8] «El templo de Serapis», el *Serapeum*, construido en Alejandría por Tolomeo, contenía una rica biblioteca. Serapis era al principio el emblema del Sol; su culto se extendió por todo el imperio romano. <<

[9] «Atanasio», nacido en Alejandría en el 296, fue discípulo de san Antonio; luchó contra Arrio en el concilio de Nicea, llegó a ser obispo de Alejandría en el 328 y murió en el 373. <<

[10] «Hilarión», nacido en Palestina, vivió en el siglo III, se convirtió en Alejandría, visitó a san Antonio en el desierto y se retiró a la isla de Chipre. <<

[11] «Ammón», anacoreta de Egipto, muerto en el 320; fundó el monasterio de Nitrea.

<<

[12] «Nitrea», comarca del Bajo Egipto, entre Menfis y Alejandría. En los primeros tiempos del cristianismo, fue un lugar de refugio para los cristianos perseguidos. <<

[13] «Pisperi», o Pispir, monasterio de san Antonio, al sur de Menfis; «Pabena», o Tabena, monasterio fundado en Egipto por san Pacomio. <<

[14] «La ribera de Canope», brazo occidental del Nilo, cerca de su embocadura; en una isla se elevaba la ciudad de Canope, en el emplazamiento actual de Abukir. <<

[15] «Dáricos», monedas persas, primitivamente con la efigie de Darío; eran de oro.

<<

[16] «Balacius», prefecto del emperador Constancio, en el siglo III, y persecuidor de los cristianos; san Antonio le predijo su fin. <<

[17] «Eusebio», obispo de Cesarea en Palestina (265-340). <<

[18] «Macario»; san Macario (300-390), perseguido por Valens, desterrado a una isla del Nilo, murió en el desierto. <<

[19] «Pacomio»; san Pacomio (292-348), fundador de la regla de los cenobitas; tuvo cerca de 5.000 discípulos. <<

[20] «Los Padres de Nicea», miembros del famoso concilio que tuvo lugar en Nicea, Bitinia, y que condenó a Arrio. <<

[21] «Pafnucio», obispo del Alto Egipto, que fue martirizado bajo Diocleciano. <<

[22] «Teófilo», nacido en la fe pagana; «Espiridión», obispo de Tremithonte, en la isla de Chipre. <<

[23] El *stater* era una moneda griega, que valía alrededor de cuatro francos de oro; el *ciclo* o *siclo*, una moneda babilónica o judía; el *dárico*, una moneda persa; el *ariándico*, una moneda persa grabada bajo Ariandes, gobernador de Egipto.<<

[24] «El lago Mareotis», lago de Egipto, al sur de Alejandría; comunicaba el Nilo con el mar por medio de canales.<<

[25] «El Gran Puerto y el Eunosto». Estos dos puertos de Alejandría estaban situados uno en la península de Faros, y otro en el lago Mareotis. <<

[26] «El palacio de los Tolomeos», etc. Estos diferentes monumentos de Alejandría databan de épocas muy variadas: el *Museum* era una especie de Academia, consagrada a las Musas, que comprendía una biblioteca y un museo; el *Posidium*, nombre llevado por varios cabos de la Grecia antigua, era un templo consagrado a Poseidón; el *Cesareum*, un templo de César; el *Timonium*, un palacio de Antonio, en el extremo del cabo Posidium; el *Soma*, el mausoleo de Alejandro y de los Tolomeos.

<<

[27] «Los novacianos», discípulos del obispo africano Novaciano, en el siglo III, negaban la absolución a los apóstatas, asesinos y adúlteros. <<

[28] «Melecianos», discípulos de Melecio, obispo de Licópolis, que se unieron al arrianismo. <<

[29] «Crispus», hijo del emperador Constantino, envenenado por su padre. <<

[30] «Assur», ciudad de Asiría; «Elisa», sin duda, Cartago. <<

[31] «Chalibon», o más bien Chalybon, del nombre de una ciudad de Siria famosa por su excelente vino, según Estrabón. <<

[32] «Baasa», ciudad de Etiopía. <<

[33] «Casitéridos de Tartessos», del estaño procedente de las minas de Tartessos, isla de la costa de España; «madera azul de Pandio», región del sur de la India; «pieles blancas de Isedonia», región de Scitis, al borde del mar Caspio. <<

[34] «Isla Palaesimonde», según unos, Taprobana, isla de Ceilán; según Plinio, nombre de un río y de una isla en Taprobana. <<

[35] «El tachas», especie de puercoespín fabuloso. <<

[36] «Emath», ciudad de Siria, en el Orontes. <<

[37] «La Bactriana», comarca situada al oeste de Pamir. <<

[38] «El escudo de Dgian-ben-Dgian». Una leyenda oriental atribuía a este héroe hazañas parecidas a las de Heracles o de Teseo. <<

[39] «Simorganka», pájaro fabuloso de las leyendas persas.<<

[40] «Los Cabiros» eran divinidades de fuego, adoradas en Grecia, especialmente en Samotracia y en Lemnos. <<

[41] «El ermitaño Pablo», anacoreta del siglo III que, para escapar a la persecución del emperador Decio, se refugió en Tebaida, donde murió a los noventa y ocho años. <<

[42] «El mes de Schebar...» Este mes del año caldeo y judío corresponde a febrero.

<<

[43] «Eustato», heresiarca del siglo IV, que condenaba el matrimonio y los ágapes cristianos. <<

[44] «La casa de Arsenio». San Arsenio, nacido en Roma, en el 350, había sido preceptor del emperador Teodosio; murió en el desierto de Tebaida, adonde se había retirado. <<

[45] «Los montañistas», discípulos de Montano que, en el siglo II, anunciaban el próximo fin del mundo y el juicio final. <<

[46] «Dionisio, Cipriano y Gregorio», los tres obispos durante la persecución de Decio, el primero en Alejandría, el segundo en Cartago, el tercero en Neocesarea, en el Ponto. <<

[47] «Pedro de Alejandría», obispo de Alejandría, que aconsejaba a los cristianos perseguidos que compraran su vida con dinero; sin embargo, fue martirizado en el 312. <<

[48] «Elvira», en España, en el emplazamiento actual de Granada, fue el lugar de un concilio que se llevó a cabo hacia el año 300, y que condenó la búsqueda del martirio.

<<

[49] «El hechicero Balaam». El rey de Moab había enviado al mago Balaam para maldecir al pueblo de Israel; pero un ángel cambió en bendiciones sus palabras de maldición. <<

[50] «San Clemente» de Alejandría, uno de los primeros papas. <<

[51] «Hermas», Padre de los primeros tiempos de la Iglesia que trató de conciliar la filosofía platónica con la moral cristiana. <<

[52] «Orígenes», el célebre doctor de la Iglesia que dio una interpretación simbólica de la Biblia. <<

[53] «Prócula», la esposa de Pilatos. Este nombre no responde a ninguna fuente segura. <<

[54] «Popea», la concubina de Nerón. Popea Sabina era la mujer de Otón, a quien Nerón quitó y luego se casó con ella, tras haber repudiado a Octavia. <<

[55] «El Splenditenens y el Omóforo», dos de los cinco Seres superiores, según la doctrina de Manes. <<

[56] «Saturnino», filósofo del siglo I, discípulo de Simón el Mago; enseñaba que la materia es mala en sí misma. <<

[57] «Cerdón», heresiarca del siglo II que predicaba la existencia de dos principios: el malo, representado por el Antiguo Testamento, y el bueno, del que Cristo sólo era el símbolo. <<

[58] «Marción», filósofo del siglo II que sostenía la doctrina de los dos principios del Bien y del Mal. <<

[59] «Bardesanes», filósofo sirio del siglo II; predicaba que Jesucristo no tomó un cuerpo humano y que el hombre resucitará con otro cuerpo sutil y celestial, que el alma poseía antes del pecado. <<

[60] «Los hermianos» se unieron a los gnósticos; pretendían que las almas habían sido creadas por los ángeles con el fuego. <<

[61] «Los priscilianistas», herejes españoles del siglo IV, discípulos de Prisciliano. Según ellos, el alma, al caer del cielo a la tierra, era recogida por el diablo, que la unía al cuerpo. <<

[62] «Teodas», discípulo de san Pablo, de quien el heresiarca Valentín pretendía sacar su doctrina. <<

[63] «Valentín», heresiarca alejandrino del siglo II que no admitía ni la encarnación ni la divinidad de Cristo. <<

[64] «Eones», las emanaciones sucesivas de Dios. <<

[65] «Acharamoth», o Achamoth, palabra hebrea que significa «sabiduría», representa uno de los eones de Valentín. <<

[66] «Kaulakau», nombre que da Basíledes a Cristo, según el texto de Isaías. <<

[67] «Los carpocratianos», discípulos del heresiarca alejandrino Carpócrates, del siglo II, que negaba la divinidad de Cristo y enseñaba que el mundo había sido creado por ángeles. <<

[68] «Los nicolaístas», así llamados por el apodo, Nicolás, dado a san Pablo. <<

[69] «Prunikos», de un adjetivo griego que significa «lascivo», era el nombre dado a la hemorroísa del Evangelio, considerada como una divinidad. <<

[70] «Los marcositas», discípulos de Marcos; admitían cuatro personas en lugar de la Trinidad, creían en el poder de las palabras para entrar en comunicación con la divinidad y aceptaban las mujeres en el sacerdocio. <<

[71] «Los helvidianos», discípulos de Helvidio, que sostenía que María había tenido hijos de José. <<

[72] «Los adamitas», secta del siglo II que ponía al hombre en estado de inocencia, tal como era en el momento de la creación. Los adamitas vivían sin vestidos. <<

[73] «Mesalianos», secta gnóstica del siglo III.<<

[74] «Paternianos», herejes del siglo IV que enseñaban que la carne es obra del demonio. <<

[75] «Tertuliano», el célebre Padre de la Iglesia (160-230), nacido en Cartago, que cayó en la herejía montañista. <<

[76] «Priscila», una de las profetisas del montañismo. <<

[77] «Maximila», una de las profetisas del montañismo. <<

[78] «Leoncio», sacerdote que llegó a ser obispo de Antioquía. <<

[79] «Sotas», obispo de Tracia, que intentó exorcizar a Priscila. <<

[80] «Pepuza», ciudad del norte de Frigia que fue en el siglo II la ciudad santa de los Montañistas. <<

[81] «Los arcónticos», secta gnóstica del siglo IV, según la cual el mundo está compuesto de siete cielos, cada uno gobernado por un arconte. <<

[82] «Los tatianianos», discípulos de Tatiano, herejes del siglo II que se distinguían por una gran austeridad. <<

[83] «Los cainitas» se ponían de parte de Caín y de Judas contra Jehová, causa de todo mal. <<

[84] «Circonceliones», fanáticos que, en África, ponían en libertad a los esclavos, anulaban las deudas y se ofrecían al martirio. <<

[85] «Los audianos», miembros de la secta fundada en el siglo IV por Audio, en Mesopotamia. Atribuían a Dios la forma humana. <<

[86] «Los coliridianos», herejes del siglo IV que rendían a la Virgen un culto inspirado en el paganismo. <<

[87] «Los ascitas», herejes del siglo II que rechazaban los sacramentos; para ellos, el odre representaba los jarros llenos del vino nuevo del que Cristo habló. <<

[88] «Apeles», heresiarca del siglo II que prohibía el matrimonio, negaba la resurrección y rechazaba el Antiguo Testamento. <<

[89] «Los sampseanos», secta que vivía a orillas del mar Muerto, en el siglo I, y cuyos adeptos profesaban una religión hecha de dogmas cristianos, judaicos y paganos mezclados. <<

[90] «La falsa profetisa de Capadocia». En el primer tercio del siglo III, una mujer iluminada recorrió Capadocia, soliviantando a los pueblos porque anunciaba el fin del mundo. <<

[91] «Sabelio», sacerdote libio del siglo III, fundador de la secta de los sabelianos, que consideraban al Hijo y al Espíritu Santo no como personas divinas, sino como simples manifestaciones del Padre. <<

[92] «El concilio de Antioquía». Dos concilios tuvieron lugar sucesivamente en Antioquía, en el año 264 y en el 268, para juzgar al obispo de Antioquía, Pablo de Samosata. Fue definitivamente condenado en el 268 por sus ideas heréticas y por los desórdenes de su vida escandalosa. <<

[93] «Los setianos», sectarios del siglo II que adoraban a Set, hijo de Adán, creado de una semilla, tras la muerte de Caín y Abel. <<

[94] «Los teodosianos», discípulos de Teodosio de Bizancio, según el cual Jesucristo sólo poseyó la divinidad a partir de su nacimiento. <<

[95] «Los merintianos», o cerintianos, discípulos de Merinto o Cerinto, heresiarca de finales del siglo I; creían que el espíritu de Dios no entró en Cristo hasta el momento del bautismo; Cristo, insensible por naturaleza, se había separado de nuevo de Jesús antes de la Pasión. <<

[96] «Los apolinaristas» creían en la existencia de dos hijos de Dios, uno nacido de Dios, otro de la Virgen. <<

[97] «Marcelo de Ancira», obispo de Ancira, en Asia Menor (Angora), que luchó contra los arrianos (300-374). <<

[98] «El papa Calixto» (217-222); fue martirizado bajo el emperador Alejandro Severo. <<

[99] «Metodio», obispo de Olimpo, en Asia Menor, combatió a Orígenes y fue martirizado en el 311. <<

[100] «Hermógenes», heresiarca del siglo II, sostenía que la materia era coeterna con Dios. <<

[101] «La enfermedad belerofontiana». Belerofonte es el héroe legendario que, en la mitología griega, montado en el caballo Pegaso, mató a la Quimera. La tradición le representa víctima de la hostilidad de los dioses, que se ensañan contra él. <<

[102] «Los encratitas» rechazaban el matrimonio por inmoral y se abstenían de comer carne; incluso en la celebración de la misa, prohibían el vino. <<

[103] «La profecía de Barcouf» es un escrito de Basílides, que éste atribuía a un autor apócrifo del que invocaba su autoridad. <<

[104] «Los viejos ebionitas», arraigados a la Ley de Moisés, negaban la divinidad de Cristo. <<

[105] «Eusebio de Cesarea», obispo de Cesarea en Palestina (265-340). <<

[106] «Paneades», ciudad de Siria, en el camino de Tiro a Damasco. La ciudad de Cesarea se llamaba también *Cesarea Paneas*. <<

[107] «Marcelina» parece haber vivido hacia el 160. Adoraba las imágenes, mezclando el paganismo con el cristianismo. <<

[108] «Elohim, Iao». Todos éstos son los diferentes nombres del dios de Israel. <<

[109] «Sofía», el último de los Eones, personifica la Sabiduría divina en la teoría de Valentín. <<

[110] «Iabdalaoth», o Ialdabaoth, nombre dado por los gnósticos a Jehová. <<

[111] «Ezequías», rey de Judá que destruyó la serpiente de bronce a la que su pueblo rendía culto. <<

[112] «Los ofitas», herejes del siglo II, adoradores de serpientes. <<

[113] «Pionio», sacerdote de Esmirna, martirizado en el 250. <<

[114] «Policarpo», san Policarpo, obispo de Esmirna, martirizado en el 166. <<

[115] «Domitila», patricia romana que se convirtió al cristianismo y fue martirizada bajo Domiciano (95). <<

[116] «El pájaro Tchataka», nombre sánscrito del cuco. <<

[117] «Kalanos». Cicerón, en la *De Divinatione*, contó la historia de este filósofo indio, Callanus, que, viejo y enfermo, se dio muerte en tiempos de Alejandro el Grande. Subió voluntariamente a la hoguera en presencia del rey al que predijo su muerte próxima. <<

[118] «El Extranjero (Simón)». Simón el Mago, judío que quiso comprar a los apóstoles el poder de hacer milagros. Decía ser el Mesías, fue a Roma, donde le erigieron una estatua. Llevaba con él a una mujer llamada Helena. <<

[119] «Ennoia», nombre griego que significa «el pensamiento»; con este nombre era designada Helena, la compañera de Simón. <<

[120] «Sigeh», del griego *Sige*, significa «el silencio», uno de los treinta Eones de Valentín. «Barbelo», otro Eón de la doctrina agnóstica, madre de Sabaoth y de Ialdabaoth. <<

[121] «Estesícoro», poeta lírico griego de Himera, en Sicilia (632-553 a. de J.C.). <<

[122] «Efraim e Isacar», tribus de Israel. <<

[123] «El torrente de Bizar», al sur de Palestina. <<

[124] «El lago de Houleh», lago de Palestina que atraviesa el Jordán. <<

[125] «Mageddo», valle situado entre el Tabor y el Carmelo. <<

[126] «Bostra», ciudad de Siria, a 90 kilómetros de Damasco; antigua capital de Idumea, luego de Arabia, bajo el imperio romano. <<

[127] «Apolonio». Apolonio de Tiana, que había vivido en el primer siglo de nuestra era, dejó el recuerdo de un filósofo pitagórico y de un mago; esta reputación tan confusa se transformó en el siglo III: el mago fue celebrado como un taumaturgo y, más tarde, venerado como un semidiós. <<

[128] «Una hieródula», esclava de la divinidad, mujer dedicada al culto de ciertas divinidades griegas u orientales. <<

[129] «Los samanianos del Ganges», filósofos hindúes que llevaban una vida de anacoretas. <<

[130] «El mar de Hicarnia», el mar Caspio. <<

[131] «El país de los baraomatos», región de la India. <<

[132] «Bucéfalo», el caballo de Alejandro el Grande; una ciudad de la India antigua llevaba ese nombre. <<

[133] «Belus» era un antiguo rey de Asiría a quien su hijo Ninus hizo rendir honores divinos y que se convirtió en el dios supremo de los caldeos. <<

[134] «Una empusa», del nombre griego *Empousa*, espectro enviado por Hécate, diosa lunar, que fue confundida con Artemis. La creencia popular hacía de Hécate una divinidad infernal, temible, especie de hechicera, diosa de los espectros y de los terrores nocturnos. <<

[135] «Taxila», ciudad de la India. <<

[136] «Fraortes»; este nombre, que fue llevado por varios reyes de Medes, es también el nombre de un rey indio, filósofo. <<

[137] «El elefante de Poros». Poros, rey de la India vencido por Alejandro. <<

[138] «Iarchas», sabio hindú, al que Apolonio adjudicaba el origen de su doctrina y de su poder mágico. <<

[139] «Los cinocéfalos», especie de monos de África de los que habla a menudo Plinio el Viejo. Deben su nombre a que tienen el morro alargado como el de un perro. Los egipcios creían que adoraban al Sol. <<

[140] «Isla Taprobana», Ceilán. <<

[141] «La Región de los Aromas», sin duda la Costa de los Somalis; «el país de los gangáridas», el delta del Ganges; «el promontorio de Gomaría», el cabo Comorín, al sur de la India; «la comarca de los sachalitas», la Arabia meridional; «los adramitas», pueblo de Hadramaut, en el sur de Arabia; «los homeritas», pueblo del Yemen. <<

[142] «Los montes Casanianos», cadena de Arabia; «la isla Topazos», en el mar Rojo; «el país de los pigmeos», región del Alto Nilo, cerca de Etiopía, habitada por una raza fabulosa de enanos. <<

[143] «Cnido». Esta ciudad, situada en Caria, Asia Menor, era famosa por un templo de Venus, en el que había una estatua de la diosa, obra de Praxíteles. La estatua fue transportada a Constantinopla y destruida en un incendio, pero existen varias copias de ella, una muy famosa, en el museo del Vaticano. <<

[144] «Menipo», joven corintio, amado por una empusa que había tomado la forma de una mujer. <<

[145] «Sporus», nombre de un eunuco, favorito de Nerón. <<

[146] «Tiana», ciudad de Asia Menor. <<

[147] «La cueva de Trofonio». Trofonio era el hijo, no de Apolo, sino de Ergino, rey de Orcómenes. <<

[148] «Mitra», divinidad oriental, de origen persa, y cuyo culto fue introducido en Roma; es una especie de dios solar. Las prácticas secretas de su culto comprendían una iniciación progresiva, con pruebas muy largas y muy rudas. San Jerónimo describió esa iniciación. <<

[149] «La serpiente de Sabasius». Sabasius era una divinidad de origen tracio, emparentada con Dionisos. Su culto se extendió por Asia Menor y fue asimilado al Yahvé Sabaoth de los hebreos. La serpiente figuraba entre sus atributos. <<

[150] «Cibeles», o la Madre de los Dioses, o la Diosa Buena, divinidad frigia, introducida en Roma en el siglo III. Sus atribuciones son muy variadas; especialmente es la diosa de las cosechas y las vendimias. <<

[151] «Samotracia», isla del mar Egeo, cerca de la costa de Tracia; era el centro de un culto a Cibele. <<

[152] «Los hipopodios», pueblo fabuloso que vivía en Scitis y al que la imaginación popular atribuía pies de caballo. <<

[153] «La isla Junonia». Situada al oeste de la Mauritania Tingitana, esta isla formaba parte de las islas Afortunadas, hoy Palma, en las Canarias. <<

[154] «Venus negra en Corinto...» En realidad, Afrodita sólo tenía en Corinto un pequeño santuario, con una comunidad de 1.000 sacerdotisas dedicadas a la prostitución sagrada; en Atenas, la estatua de Afrodita en la Acrópolis sólo tenía en parte apariencia humana; en Pafos, la estatua del culto de Afrodita era un tronco de cono. <<

[155] «La isla Elefantina», isla del Nilo, en el Alto Egipto. <<

[156] «Heliópolis», ciudad del Bajo Egipto. <<

[157] «Dioses itifálicos», símbolos de la fecundidad. <<

[158] «Simeón». Se trata del personaje del que habla el Evangelio, «hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, que vivía esperando la salvación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él... Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no moriría sin haber visto al Señor». <<

[159] «Los granos de arena de los Ganges». El plural se refiere a los nueve brazos por los que el Ganges llega hasta el golfo de Bengala. <<

[160] «Oanes», dios de los caldeos, considerado como el portador de la civilización a los hombres. <<

[161] «Zoroastro», profeta y legislador de Medes. <<

[162] «Gangáridas», tribu india extendida por las orillas del Ganges, en la Bengala actual. <<

[163] «Ormuz», el dios del Bien para los persas. <<

[164] «Ahriman», el dios del Mal para los persas. <<

[165] «Kaiomortz», los persas lo consideraban como el primer rey que había reinado sobre la Tierra. <<

[166] «Meschia y Meschiané». Ahriman, después de matar a Keiamers, hizo nacer de su sangre el árbol Reiva, del que salieron Meschia y Meschiané; escucharon los consejos del genio del mal y deben sufrir la pena por su desobediencia hasta la resurrección. <<

[167] «Homa», genio de la religión de los parsis que se identificaba con el árbol de la vida. <<

[168] «Los hijos del Irán», los persas. <<

[169] «Amschaspands, Izeds, Feruers», genios de la religión persa; los primeros, en número de siete, eran genios benefactores, servidores de Ormuz; los Izeds, una especie de ángeles guardianes; los Feruers asistían a los moribundos. <<

[170] «Caosyac», salvador del género humano que combate los demonios y devuelve la vida a los muertos. <<

[171] «La gran Diana de Éfeso». Asimilada a la Gran Diosa y a la Artemis griega, reinaba sobre los elementos y presidía la fecundación de la tierra y de los animales.

<<

[172] «El archigalo», gran sacerdote de Cibeles. Los galos eran especies de charlatanes que explotaban la credulidad popular. Pero el archigalo, instituido por el emperador Claudio, era un ciudadano romano, muy considerado, jefe oficial del culto de la Madre de los Dioses. <<

[173] «Atis», joven pastor por el que la Madre de los Dioses sentía un amor insensato. Como se resistía a su amor, le volvió loco. En un acceso de furor, Atis se despojó de su virilidad y murió de sus heridas. Cibele le resucitó y le llevó en un carro arrastrado por leones para reinar en el mundo. Atis se convirtió a la vez en un símbolo de la procreación y de la resurrección. <<

[174] «Isis», la gran divinidad egipcia, cuyo culto se extendió por todo el mundo grecorromano; era al mismo tiempo esposa y hermana de Osiris. Es la divinidad civilizadora por excelencia. Más tarde encarnó el sacrificio conyugal y maternal.<<

[175] «Neith», diosa adorada en Sais, en el delta; «Ammón», adorado en Tebas; «Ptah», dios de Menfis, dios Creador; «Thot», dios que tenía las mismas atribuciones que Hermes; «dios del Amenthi», el Amenthi era el lugar adonde se dirigían las almas para el juicio, después de la muerte. <<

[176] «Tríadas de nomos», grupos de tres divinidades adoradas en cada nomo o distrito del antiguo Egipto. <<

[177] «Osiris», el gran dios de los egipcios, representaba los principios beneficiosos. En el año veintiocho de su reino, fue asesinado por su hermano Set, y su cuerpo fue abandonado en un arca en el Nilo. <<

[178] «Biblos», puerto de la costa fenicia, cerca de Beirut. <<

[179] «Anubis», dios egipcio, comparado por los griegos a Hermes. Asistía a Osiris en los infiernos, donde se encargaba de examinar las almas. Se le representaba con cabeza de chacal. <<

[180] «Tifón», divinidad del Mal, identificado con Set; asesinó a su hermano Osiris.

<<

[181] «Cucufa», cabeza de galgo o de chacal colocado en el cetro de los reyes de Egipto. <<

[182] «Harpócrates», u Horas, hijo póstumo de Osiris, vengó a su padre asesinado por Set-Tifón. Se le representaba al lado de su madre Isis, con aspecto de niño, un dedo en los labios, en la frente una flor de loto o una media luna. <<

[183] «Las Mimalónidas», nombre dado a las Bacantes, a causa quizá del nombre Mimalis, dado por algunos poetas a la isla de Melos. <<

[184] «Venus Anadiómene»; Anadiómene, epíteto de Afrodita, significa «surgida de las olas», por alusión al nacimiento de la diosa, nacida de la espuma del mar que se había formado en torno a los restos de Urano (el Cielo), mutilado por Cronos. <<

[185] «El símbolo de Jerusalén», se convirtió en el símbolo de Nicea, el *Credo*. <<

[186] «Los Hecátónquiros», gigantes de cien manos, hijos de la Tierra y del Cielo, según Hesíodo; personificaban los vientos. <<

[187] «Dios de las fratrías». Las fratrías eran las divisiones de la tribu entre los griegos jónicos o dóricos. <<

[188] «El Erebo», dios de las Tinieblas, hijo del Caos y de la Noche; por extensión, su nombre fue dado al Infierno griego y romano. <<

[189] «Hecatombeón», el primer mes del calendario griego, así llamado porque era la época de los grandes sacrificios públicos (hecatombes); correspondía al mes de julio.

<<

[190] «Los Cércopes», pueblo pérfido, metamorfoseado en monos por Zeus; fueron encadenados por Heracles. <<

[191] «Aqueloo», el mayor río de Grecia, que nace en el Pindó y desemboca en el mar Jónico; hoy, Aspropótamo. Hijo del Océano y de Tetis, era el rey de los ríos. Como todos los ríos, Aqueloo estaba representado con la frente llena de cuernos: una pintura griega muestra a Heracles arrancando el cuerno de Aqueloo. <<

[192] «Anfitriónada», literalmente «hijo de Anfitrión», aunque Heracles fue en realidad hijo de Zeus y de Alcmena, mujer de Anfitrión. <<

[193] «Titios..., etc.», aquí son recordados algunos suplicios célebres sufridos por los culpables en los infiernos: Titios era un gigante que había violentado a Latona; Tántalo, rey de Lidia, fue condenado a sufrir eternamente el hambre y la sed; Ixión, que había ultrajado a Hera, fue atado a una rueda en llamas que daba vueltas sin parar. <<

[194] «Las Keres», hijas de la Noche y genios de la Muerte. <<

[195] «El misterio de la cesta ha sido desvelado». Alusión a uno de los ritos de los misterios de Eleusis. <<

[196] «Daira», uno de los nombres de la diosa Perséfone; presidía con este nombre los misterios de Eleusis. <<

[197] «La mujer del arconte...». Cada año, en el transcurso de una fiesta simbólica, la mujer del arconte-rey se casaba con Dionisos. <<

[198] «Axieros, Axiokeros y Axiokersa», nombre de tres Cabiros. <<

[199] «Samos y Telesforo», divinidades secundarias asociadas al culto de Esculapio y que presidían los sueños saludables y la convalecencia. <<

[200] «Sosípolis», divinidad protectora de los habitantes de la Elide. <<

[201] «Doesponé», divinidad titular de los arcádicos. <<

[202] «Britomartis», literalmente «rica en bendiciones»; ninfa de Creta que inventó las redes de caza y que, perseguida por Minos, se echó al mar. <<

[203] «Los Geludos», especie de vampiros de la isla de Lesbos; «los Estringes», genios nocturnos maléficos. <<

[204] «Eurínome», hija del Océano y de Tetis, personificación de la Aurora. <<

[205] «Ortia la sanguinaria», epíteto de Artemis, en Lacedemonia y Tracia, literalmente: que se mantiene derecha, rígida; «Himnia de Orcómenes», epíteto de Artemis, en Orcómenes, Beocia; «Lafria», sobrenombre de Atenea en Patras; «Afia», sobrenombre de Artemis, así como Bendis; «Estinfalia», divinidad arcádica comparada con Artemis. <<

[206] «Triopas», dios solar de Cnido, en Asia Menor; «Erictonio», literalmente «el que entreabre la tierra», divinidad agrícola. <<

[207] «Zalmoxis», legislador y filósofo que enseñó a los tracios la creencia en la inmortalidad del alma. <<

[208] «Thule», el país más septentrional para los griegos, sin duda Islandia o la isla de Mainland. <<

[209] «Aesars», nombre genérico de los dioses, en Etruria; era también el nombre de un río en Etruria. <<

[210] «Tages», genio etrusco que reveló la ciencia de la adivinación a los habitantes de Tarquinia; dejó libros sagrados llamados *tagetici libri*. <<

[211] «Nortia», la diosa de la Fortuna para los Etruscos, según Tito Livio. <<

[212] «Kastur y Pulutuk», nombres etruscos de los Dioscuros, Castor y Pólux. <<

[213] «Summanus», divinidad popular, representó al principio el rayo, luego se convirtió en el dios de los ladrones; tenía un santuario junto al gran Circo, en Roma.

<<

[214] «El demonio Virbius» es Hipólito resucitado y admitido en la categoría de las divinidades inferiores; es también el nombre del hijo de Hipólito y de Aricia. Un pueblo cercano a Roma llevaba el nombre de Aricia. <<

[215] «El camino de Salaria», ruta que partía de Roma y conducía hasta los Sabinos; «el puente Sublicius», puente de madera sobre estacas, construido en Roma por el rey Anco Marcio. <<

[216] «Libitina», antigua divinidad romana, primero agraria, luego fue la diosa de los funerales. <<

[217] «Los Lemures», almas de los muertos, que volvían a la tierra para atormentar a los vivos. <<

[218] «Vertumno», dios de los árboles frutales. <<

[219] «Sartor», el dios escardador; «Sarrator» tiene el mismo sentido y las mismas atribuciones; «Vervactor», dios que preside el trabajo del barbecho; «Colina», o Colatina, diosa de las colinas; «Valona», o Valonia, diosa de los valles; «Hostilinus», o más bien Hostilina, diosa que vuelve las espigas iguales. <<

[220] «Domiduca» es en realidad el nombre dado a Juno, cuando presidía las bodas — las otras divinidades están suficientemente definidas por su nombre y por la explicación que da Flaubert. <<

[221] «Nona y Décima», divinidades del noveno y décimo mes; «Nixii», dioses de los partos; sus estatuas arrodilladas se encontraban en el Capitolio, ante la capilla de Minerva; «Educa, Potina», la que educa al niño y la que le hace beber; «Cama» es en realidad la diosa protectora de los órganos del cuerpo. <<

[222] «Ossipago», o más bien Ossipagina, diosa que presidía la consolidación de los huesos del niño en el seno de su madre. <<

[223] «Nenia», diosa de los cantos fúnebres. <<

[224] «Las Feralia», fiestas en honor de los dioses Manes. <<

[225] «Crepitus», dios que se definió a sí mismo haciéndose oír. <<

[226] «Mena», diosa que presidía la menstruación y las enfermedades de las mujeres; «Rumina», o Rumia, presidía la lactancia. <<

[227] «Claudio Druso», el emperador Nerón. <<

[228] «Los laticlavos», togas de los patricios adornadas con bandas de púrpura. <<

[229] Alusión a Judith y a Holofernes. <<

[230] «El antíctono de Platón», planeta imaginario que, según Pitágoras y Platón, giraba alrededor del sol en oposición con el nuestro y como consecuencia era invisible. <<

[231] «Filolao», filósofo griego, discípulo de Pitágoras; unía todos los planetas a un fuego central. <<

[232] «Las esferas de Aristóteles», sistema planetario de Aristóteles. <<

[233] «Jenófanes», filósofo griego del siglo VI a. de J.C., discípulo de Arquelaos; «Heráclito», de Efeso, filósofo del siglo VI cuya enseñanza era oscura y desencantada; «Meliso», filósofo de Samos que pertenecía a la escuela de Elea; «Anaxágoras» de Clazomene, nacido en el año 500. <<

[234] «Razias», judío célebre por su fin heroico, en tiempos de los Macabeos, en el 162 a. de J.C.; «Santa Pelagia de Antioquía», virgen y mártir del siglo IV; «Dominino de Alep», mártir del siglo IV. <<

[235] «Las vírgenes de Mileto», cansadas de la vida, habían resuelto darse muerte; las amenazaron con exponerlas desnudas en público si llevaban a cabo su proyecto. <<

[236] «Hegesias», filósofo griego del siglo IV a. de J.C.; pertenecía a la escuela de Cirene y enseñaba el desprecio por la vida y la imposibilidad de la dicha. <<

[237] «El barrio de Racotis», barrio de cortesanas, en Alejandría. <<

[238] «Porsena», rey de Etruria. Su tumba estaba rodeada de pirámides con campanillas en la cúspide. <<

[239] «El grupo de los Astomi», pueblo fabuloso de la India; los Astomi no tenían boca, como su nombre indica. <<

[240] «Los Nisnas», nombre que parece inventado por Flaubert. <<

[241] «Los Blemios». Los blemi eran un pueblo de Etiopía del que habla Plinio. La imaginación popular hizo de ellos monstruos entre el mono y el hombre. <<

[242] «Los Esciápodos». El nombre griego significa «oscurecidos por su pie»; Plinio mencionó a este pueblo. <<

[243] «El Marticoras», otra creación fabulosa de Flaubert. <<

[244] «El Catoblepo», en griego, «que mira hacia abajo». Animal fabuloso de Egipto, al que se atribuía el poder de matar a las personas con la mirada. <<

[245] «El Basilisco», el *basiliscus* de Plinio, especie de serpiente venenosa. Los antiguos creían que ejercía por los ojos una fascinación mortal. <<

[246] «El Grifo», animal fabuloso, mitad águila, mitad león. <<

[247] «El Unicornio», animal fantástico que tenía el cuerpo de caballo, la cabeza de ciervo y un largo cuerno en la frente. <<

[248] «El Gouith», este pájaro y los que siguen parecen creaciones de Flaubert. <<

[249] «Los palmípedos pelágicos» son los pájaros de mar. <<

[250] «Los cuernos de Ammón», o amonitas, conchas fósiles que recuerdan las volutas de los cuernos de carnero. <<

[251] «Los Dedaims de Babilonia», nombre hebreo de la mandrágora. <<

[252] «Las Mandrágoras», planta cuya raíz tenía propiedades afrodisíacas y que era empleada en los sortilegios. <<

[253] «La raíz Baaras», planta del Líbano, empleada en los conjuros. <<